SERGIO PITOL

El viaje

Introducción

Y un día, de repente, me hice la pregunta: ¿Por qué has omitido a Praga en tus escritos? ¿No te fastidia volver siempre a temas tan manidos: tu niñez en el ingenio de Potrero, el estupor de la llegada a Roma, la ceguera en Venecia? ¿Te agrada, acaso, sentirte capturado en ese círculo estrecho? ¿Por pura manía o por empobrecimiento de visiones, de lenguaje? ¿Te habrás vuelto una momia, un fiambre, sin siquiera haberte dado cuenta?

Un tratamiento de choque puede lograr resultados inmejorables. Estimula fibras que languidecían, rescata energías que estaban a punto de perderse. Aveces es divertido provocarse. Claro, sin abusar; jamás me encarnizo en los reproches; alterno con cuidado la severidad con el ditirambo. En vez de ensañarme contra mis limitaciones he aprendido a contemplarlas con condescendencia y aun con cierta complicidad. De ese juego nace mi escritura; al menos así me lo parece.

Un cronista de lo real, un novelista, y si talentoso mejor, Dickens, por ejemplo, concibe la comedia humana no como una mera feria de vanidades, sino que a partir de ella, nos la muestra como un complejo mecanismo de relojería donde la extrema generosidad convive y participa con crímenes inmundos, donde los mejores ideales que ha concebido y realizado el ser humano no logran apartarlo de sus infinitas torpezas, sus mezquindades y sus perennes demostraciones de desamor a la vida, al mundo, a sí mismo; creará con su pluma personajes y situaciones admirables. Con la inmensa suma de imperfecciones humanas y la más reducida, y grisácea hay que decirlo, de sus virtudes, Tolstoi o Dostoievski, Stendhal o Faulkner, Rulfo o Guimarāes Rosa han obtenido resultados de suprema perfección. El mal es el gran personaje, y aunque por lo general resulte derrotado, no lo está del todo. La perfección extrema en la novela es fruto de la imperfección de nuestra especie.

¿De qué alquimia delirante habrán surgido los libros más perfectos que conozco: La cruzada de los niños, de Schwob; La metamorfosis, de Kafka; El Aleph, de Jorge Luis Borges, Movimiento perpetuo, de Monterroso?

Entre burlas y veras, me logré convencer de que mi deuda con Praga tenía algo de escandaloso. Permanecí seis años en esa ciudad con un cargo diplomático. Viví en ella desde mayo de 1983 hasta septiembre de 1988: un periodo determinante en la historia del mundo. Pensé escribir algunas reflexiones sobre esa época. No un ensayo de politólogo, lo que en mí sería grotesco, sino una crónica literaria en clave menor. Mis conversaciones con profesores de literatura, mis paseos en los balnearios imperiales: Marienbad, Karlsbad, en donde por varios siglos se encontraron durante los veranos las tres cortes augustas de la región en torno a sus respectivas majestades, el emperador de Austria, el zar de Rusia y el rey de Prusia, por las hermosas avenidas donde el tiempo parecía detenido a partir del fin de la primera guerra. Son los dos grandes spas de la región. Pasear por las calles entre los fastuosos sanatorios, los viejos hoteles construidos en épocas en que el turismo aún no era de masas, las villas elegantes de la nobleza y de los magnates financieros. Abundan las placas: en el lujoso palacete, al lado de mi hotel, donde Wagner compuso Tristán e Isolda, en la posada Los Tres Moros donde Goethe veraneó durante muchos años, en el pequeño

teatro donde Mozart estrenó Don Giovanni, en el hotel donde se alojó Liszt, en la sala donde tocó Chopin, el departamento donde convaleció Brahms de sus males, y muchas veces Franz Kafka. Hay placas que indican por dónde desfilaron Nicolás Gógol, Marina Tsvietáieva, Iván Turguéniev, Thomas Mann, el duque de Windsor y la señora Simpson, entre otros. O describir en Praga el recorrido kafkiano, desde la casa donde nació hasta la tumba, o las características específicas del barroco praguense, o las riquísimas colecciones de arte existentes en Praga, o la energía cultural y social típica de la primera república checoslovaca en la literatura, en el teatro, en la pintura, en lo social, o uno especial sobre la arquitectura de aquel tiempo: las casas cúbicas de Adolf Loos, las del Bauhaus construidas por Mies van der Rhoes, y Gropius, en Praga, en Brno, en Karlovy Vary, la grisura y frustración del presente, los esfuerzos de los intelectuales para no enmohecerse, para no dejar de pensar, para impedir que sus estudiantes se convirtieran en robots, en fin, hacer un ensayo largo no especializado en nada, pero que se aproximara a una historia de las mentalidades. Debería revisar mis diarios de todo ese tiempo, como lo hago siempre antes de iniciar cualquier cosa, para revivir la experiencia inicial, la huella primigenia, la reacción del instinto, el primer día de la creación. Leí varios cuadernos, centenares de páginas y para mi estupor no encontré nada sobre Praga. Nada, sí, nada que pudiera servirme de pie para escribir un artículo, mucho menos un texto literario.

Me resultó —me lo sigue siendo— incomprensible. Como si por la mañana me acercara al espejo para afeitarme y no lograse contemplar mi rostro, no por falta de vista, sino por inexistencia de la cara. Una de esas noches tuve un sueño. Llegaba yo a un hotel de Veracruz, al Mocambo me parece. Me había instalado allí para terminar de escribir un libro. Había trabajado mucho tiempo en él, quizás años, me faltaba sólo la conclusión. En el restaurante, en la piscina, en los jardines encontraba amigos, mejor dicho conocidos de otros tiempos, parlanchines, bobalicones, siempre risueños, con frases siempre agradables en los labios. Yo estaba harto, me comían el tiempo; entonces los snobeaba, les hablaba a toda hora de mi novela, les decía que por primera vez me sentía satisfecho con lo que escribía, su elaboración me había llevado mucho tiempo, demasiado, pero que al fin sentía que me había vuelto un escritor, un buen escritor, un gran escritor, tal vez. Por eso no podía quedarme con ellos, tenía que apresurarme a darle fin a la obra maestra en la que me afanaba, les quedaría muy agradecido si me dejaban en paz durante esos días; les recalqué que perder tiempo era peor que si me robaran dinero. Unos me miraban con rencor, otros con sonrisitas de sorna. Llegó el día en que pude escribir la palabra: fin. ¡Qué dicha! Hice un viaje para entrevistarme con mis editores, con Neus Espresate en México o con Jorge Herralde en Barcelona, o con ambos. No quise llevar el manuscrito, pues necesitaba precisar algunas cosas; los contratos; el anticipo; la fecha de aparición, me imagino. Al regreso a Veracruz le daría la última lectura, mandaría a sacar fotocopias y las enviaría a las editoriales. Despviés: la gloria, los festejos, las medallas, los halagos, todo lo que en la vida real me perturba, pero con lo que mi inconsciente por lo visto sueña. De pronto se presenta una borrasca, una estática en el sueño, un apagón: no sé si regresé del aeropuerto a recoger alguna cosa olvidada, lo cierto es que no había salido de Veracruz, no del todo, sino que sólo estuve fuera unas horas, y luego volví al hotel; entré en mi cuarto y corrí, ¡liróforo celeste!, a abrir la maleta, acariciar el manuscrito, besarlo. Sólo que no había cuadernos ni papel alguno en la maleta, sino unos huevos enormes que al instante empezaron a resquebrajarse y de cuyo interior salían picos horribles y luego cuerpos, de aspecto aún más repugnante, de unos pájaros cartilaginosos, y supe, de la rara manera

como sabe uno las cosas en los sueños, que eran avestruces: un nacimiento quíntuple de avestruces. Desesperado, abrí otra maleta y otra más y de ellas salían avestruces de distintos tamaños, y las primeras, las que había visto salir del huevo, eran ya de mi tamaño y algunas escondían las cabezas debajo de la cama, tras una puerta, en la taza del excusado, en donde podían, sin dejar de caer sus excrementos en el suelo y de poner huevos en cualquier lugar que les apeteciera. Podría haber perecido de desolación en aquel trance. Había perdido el fruto de muchos años de esfuerzo, la obra que me iba a redimir profesionalmente, la que me sacaría del medio pelo en donde siempre había reptado para llevarme a la cúspide. No entendía nada, no deseaba nada sino que sacaran aquellos grotescos pajarracos de mi cuarto para poder acostarme y dormir tranquilo. El mismo vacío producido al final del sueño, cuando por una desconcertante metamorfosis, mi supuesta obra maestra se convirtió en una parvada de avestruces, se repitió en la vida real cuando descubrí la inexistencia total de Praga, como ciudad, en mis cuadernos. Había vivido cautivo —¡felizmente cautivo!—, consciente de que se producía un milagro cada vez que me aventuraba a salir a la calle y me perdía en la red de senderos inextricables que componen la Praga medieval y el antiguo barrio judío, o el asombro ante las amplias perspectivas que de pronto se abrían a la mirada al acercarse al río o al cruzar cualquiera de sus puentes, o también cuando me deslizaba a la sombra de amplios muros, hechos y rehechos a través de siglos, como palimpsestos de piedra y de diversos barros que guardaran mensajes relacionados con el culto de Osiris, de Mantra, del mismo Belcebú. De todas las ciencias que en Praga tienen cabida la de más prestigio es la alquimia. Por algo Ripellino tituló Praga mágica al mejor de sus libros. Durante seis años visité sus santuarios, los que conoce todo el mundo, pero también otros, los secretos; recorrí avenidas espléndidas que son parques y se vuelven bosques, y también callejuelas escuálidas, pasajes ramplones, sin forma ni sentido. Caminé acompasadamente una y otra vez sobre losas que conocieron las pisadas del Golem, de Joseph K. y de Gregorio Samsa, de Elena Marti-Makropulos, del soldado Schveijk, del rabino Levy, con coro de ocultistas, de salamandras, de robots y de algunos miembros más de la variopinta familia literaria de Bohemia. Praga: observatorio y compendio del universo: Imago mundi absoluto: Praga.

Tuve la fortuna de que mi llegada a Praga coincidiera con una exposición de Matyas Braun, el gran escultor barroco de Bohemia, quien transformó la piedra, la sometió a una tensión desconocida, extrajo de su seno ángeles y santos, los descoyuntó y colocó en posiciones corporales imposibles, y quien, en plena posesión de su libertad, logró que lo sacro tocara lo caricaturesco, lo delirante, lo que distingue el barroco de Bohemia de los de Roma, Baviera y Viena. Braun no es un desacralizador, de ninguna manera, en todo caso sería un angustiado. Me da vergüenza decirlo, pero ni siquiera había conocido hasta entonces el nombre de aquel inmenso artista. Después de ver la exposición recorrí los caminos de Bohemia y Moravia para ver el resto de su obra.

Estoy casi seguro de que el mismo día en que me deslumbró la muestra de Braun, auxiliado por un plano de la ciudad logré encontrar el Café Arco, uno de los recintos sagrados de la literatura de entreguerras, el lugar donde Franz Kafka se reunía con sus mejores amigos: Franz Werfel, Max Brod, Johannes Urzidil, el adolescente Leo Perutz. Todos ellos jóvenes judíos de familias más o menos pudientes, escritores en lengua alemana, formaban el segmento praguense de la escuela de Viena. Se consideraban a sí mismos provincianos, desconectados del idioma vivo, ajenos a la contemporaneidad, al prestigio de la metrópoli, y la verdad es que su sola existencia significaba, aunque entonces ni ellos ni el mundo lo

supieran, la zona de máxima tensión de la lengua alemana. Visto desde la calle y sobre todo en el interior, el local no podía ser más deleznable. Se parecía a todos los locales de quinta clase, sucios y desapacibles que Hasek crea para su soldado Shveijk. El mismo barrio donde estaba situado parecía haber perdido un pasado prestigio que, por otra parte, debía de haber sido modesto. Imaginar a aquellos jóvenes geniales conversando alrededor de vina mesa en ese espacio gris, desprovisto de atmósfera, con un suelo lleno de colillas de cigarros, de papeles grasosos, de mugre, para cambiar ideas y discutirlas, o leerse sus textos recientes, tenía algo de obsceno.

En otra ocasión, en mi primer verano de Praga, una tarde de bochorno imposible salí con mi guía en la mano a buscar un par de sinagogas de difícil locación y la llamada casa de Fausto. Me dirigí primero a ésta, en el corazón de la ciudad nueva. Nueva, en Praga, significa cualquier zona edificada a partir del siglo XVII. La casa de Fausto era un palacio grande, solemne, neutro. Ni siquiera la luz enceguecedora del sol veraniego mitigaba su aspecto funeral. La casa se encuentra frente a una plaza con altos y frondosos castaños, que, a saber por qué, no contribuyen a embellecer el lugar. Una plaza bien arbolada, con prados amplios y variados macizos de flores, sin gracia. Supe luego que en tiempos pasados se le conocía como la plaza de las brujas. Ya en la Edad Media era sabido que en algunos locales de los alrededores se reunían los hechiceros, las brujas, los espiritistas, los alquimistas, ¡y también las amantes y los hijos de Satán! Cada treinta o cincuenta años, en ese barrio se calentaban los ánimos. Alguien esparcía el rumor de que los cadáveres de unos niños desaparecidos habían sido encontrados a orillas del río con marcas en el cuerpo parecidas a ciertos signos utilizados en los ritos satánicos, o cosas por ese estilo, que nadie podía probar porque sencillamente no habían existido, pero los ánimos se enturbiaban, se exaltaban y luego ocurría lo de siempre: puertas de tugurios y escondrijos derribadas, captura con sevicia extrema de brujas y demás visionarios; luego el fuego que, por racimos, carboniza durante varios días a esa gentuza maldita y desvariada. En 1583 Rodolfo II, el emperador, transfirió de Viena a Praga la capital de los Habsburgo. Su credulidad parecía infinita y ninguno de los múltiples desengaños sufridos pudo mitigarla. Estaba convencido de que encontraría la fórmula de la piedra filosofal, aquella que podía prolongar la vida hasta trescientos o cuatrocientos años y que había ya, existían pruebas de eso, convertido a algunos seres humanos en inmortales. Estaba convencido también de que había un procedimiento alquímico con el que unas cuantas gotas podían transformar los metales en oro. Sostenía haberlo visto. Durante su reinado, centenares de alquimistas de distinto plumaje cayeron sobre Praga. Los más eminentes tuvieron acceso al castillo real, el monarca los enriquecía y trataba como a iguales. Sin embargo, después de cierto tiempo todos conocieron el mismo destino: torturas atroces, la horca, la hoguera, el descuartizamiento. Uno de ellos, Edward Kelley, irlandés de nacimiento, fue por varios años el favorito del monarca. Rodolfo lo reverenciaba como a un segundo Fausto. Por esa razón le regaló el palacio, construido siglos atrás por un tal Johannes Faust, a quien la tradición popular atribuía fabulosas facultades adivinatorias, cualidades recibidas, según la voz del vulgo, del propio demonio por haberle vendido su alma. En fin, llegué esa tarde ardiente de agosto de 1983, y encontré que la ilustre casa se había convertido en hospital. No entré; la fachada poco acogedora no inspiraba visitarlo, tampoco me detuve en la desabrida plaza vecina, continuidad lóbrega del inmueble. Caminé por una calle que bajaba hacia el río. En agosto, los praguenses salen de vacaciones, o si se han visto presionados a quedarse en la ciudad suelen encerrarse en sus casas a beber cerveza hasta

que amaina el calor. Era un barrio no visitado por los turistas. Di vuelta a un callejón modesto en exceso, con empedrado deficiente. De repente, mientras caminaba, vislumbré a la distancia un bulto informe en la acera de enfrente. Al acercarme lo vi moverse. Era un viejo decrépito, de cabellos hirsutos, evidentemente borracho. No supe si trataba de levantarse o de ponerse en cuclillas. Tenía caídos los pantalones a la altura de las rodillas, una escena tan áspera y grotesca como las de Goya. Pienso que al bajarse los pantalones para defecar se había derrumbado y batido en sus propios excrementos. Chillaba imprecaciones con un tono siniestro. Nadie pasaba por el callejón salvo el suscrito. Lo rebasé, con cautela, siempre desde la otra acera, y después de andar unos metros no resistí volver la cabeza para mirar hacia atrás. Era patético, cada esfuerzo por levantarse volvía a tirar de espaldas al anciano; los pantalones y calzoncillos a media pierna le servían de atadura, le entorpecían los movimientos. Todavía ahora me aturde aquella repetida caída sobre sus excrementos, y sus berridos como de cerdo en el matadero. Y hoy, mientras escribo, vuelvo a asociar esa imagen a una mascarada dirigida por alguien, oculto en la casa de aquel que había vendido su alma al diablo. Y al pensar en el Doctor Fausto, me viene a la mente el libro de Thomas Mann sobre el personaje, y también que por algunos años, los del exilio, Mann fue ciudadano checo.

Con regocijo, con esfuerzo, con desbordada curiosidad llegué en un momento de exuberante optimismo a sentirme una partícula de Praga, pariente pobre de las lajas que empedraban sus calles, de sus erguidos estípites barrocos, de su pasión, sus luces, sus derrotas, su fango. ¿Por qué entonces —me pregunto— en los varios centenares de páginas de que constan los diarios de esa época, no aparecía ninguna mención a tales paseos, ni al permanente deslumbramiento con que yo deseaba integrar mi persona a su entorno?... ¿Sería por humildad? ¿Con qué palabras podía describir aquel milagro permanente? ¿Qué tono hubiera sido necesario para traducir a una lengua comprensible los murmullos que sentía a mi alrededor y qué me inclinaba a creer que muy pronto lograría traspasar una barrera mágica? Pero, ¿cuál barrera, carajo? En un ensayo ejemplar, Borges discurre que en El Corán los camellos no aparecen por ninguna parte, por la sencilla razón de ser presencias tan cotidianas que uno da ya por segura su existencia. Mencionarlos sería un pleonasmo. La verdad es que ninguna respuesta me reconforta. Leí página tras página los varios cuadernos que contienen mi diario, y con la mayor consternación advertí que en ninguna describía yo la ciudad. Parecía obedecer a una orden secreta de eludirla, omitirla, borrarla. A lo más que llegaba era a mencionar sin la menor trascendencia un restaurante, un teatro, una plaza: "hoy comí en el restaurante del Alkron con tales y tales personajes. Los hors d'oeuvre son allí deliciosos. Me atrevo a sostener que se cuentan entre los mejores que haya probado en esta ciudad", o "anoche en el teatro Smetana oí a Obrazova en la adivina de Un baile de máscaras. Le aplaudimos hasta morir. Mucho más que a la soprano que cantaba la Amelia, que por cierto también era perfecta", o bien "acabo de llegar del aeropuerto. Fui a recibir a Carmen, quien me dijo que le parecía pequeño en relación con la importancia de esta antigua ciudad". Un restaurante, un teatro, el aeropuerto. Nada, a fin de cuentas: boberías. En cambio, en los diarios a que me refiero me extiendo ampliamente en a) la mefítica atmósfera que respiraba en la cancillería, b) las visitas que frecuentemente recibía de México, España, Polonia y otros lugares, qué comentan los amigos, qué hacen, qué temas discutimos, c) mis males físicos, medicamentos, doctores, clínicas, convalecencias en spas fantásticos, d) mis lecturas; tal vez la mayor parte del espacio está dedicado a ellas. En esos años volví de lleno a las literaturas eslavas y

germánicas, acorde con la historia y conformación de Checoslovaquia. Repasé con voracidad maniática los autores admirados desde adolescente y los años de Praga potenciaron de modo extraño, huidizo pero persistente, mi conocimiento de los checos. Leí todo Ripellino, sus libros sobre literatura rusa, la antología checa, sus ensayos todos podrían estar comprendidos en el título de uno de sus libros extraordinarios: Ensayos en forma de baladas; a los formalistas rusos, comenzando por Sklovski, cuya Teoría de la prosa estudié con constancia; al Bajtín de La cultura popular a finales de la Edad Media y a inicios del Renacimiento, que tuvo amplia participación en las novelas que escribí en Praga, y masivamente a Chéjov y Gógol, leídos y releídos a toda hora y en cualquier lugar. En esos seis años hice también un extenso recorrido del medievo al presente de la literatura en lengua alemana, la más influyente históricamente en las tierras de Bohemia y Moravia, en especial su variante austríaca. Estuve más cerca de Kafka que en ninguna lectura anterior. Me sentía, al frecuentar sus lugares cotidianos, más cerca de sus visiones. En la juventud, mi entusiasmo por Kafka se había transformado, como le ocurrió a toda mi generación, en una auténtica pasión, con todo lo que eso implica de excluyente, visceral e intransigente; equivalió al primer momento en que uno se siente subyugado por un espíritu al que reconoce como indudablemente superior, el único capaz de explicar en profundidad una época, aquel que nunca nos defraudará. En Praga su función creció inmensamente. No se trataba sólo de dar los alcances de una época, sino de conocer el Universo entero, sus reglas, sus secretos, sus caminos, la meta. En su escritura se esconden los signos para conocer la respuesta; hay que buscarlos denodadamente. Lancé anclas junto a otras dos figuras fascinantes: Thomas Bernhard e Ingeborg Bachmann, ambos austríacos.

El odio hacia los rusos era intenso, monolítico, visceral; y no se permitía ninguna fisura, ni el menor matiz. Se extendía, aunque con menos intensidad, a los otros países socialistas por haber colaborado en la ocupación militar que truncó de tajo el experimento conocido como el "socialismo con rostro humano" en Praga en 1968. Cuando llegué a ocupar mi puesto en la embajada se habían cumplido ya quince años de esa infamia, pero el recuerdo de los tanques en la calle, los días de humillación e impotencia, el argumento absurdo de que los checos y eslovacos pidieron esa ayuda para acabar con los enemigos del socialismo reconcentraba la cólera de la población en vez de amainarla. En el centro de la ciudad había dos espaciosas librerías soviéticas siempre atestadas de público. Pero ningún checo o eslovaco ponía un pie en ellas. La multitud febril que se arremolinaba en el interior para llegar a las estanterías antes que los demás las vaciaran en exorbitantes compras estaba formada por turistas rusos o por excursionistas de las demás repúblicas soviéticas, quienes tan pronto como llegaban a la ciudad se lanzaban a las librerías para hacerse de libros de arte y ediciones literarias que en su país se agotaban de inmediato, debido al reducido tiraje editorial para las obras que diferían del canon oficial, o aquellas que rozaban temas "peligrosos", que en Moscú se podían comprar sólo con moneda fuerte, divisas del mundo occidental, y que en Praga pagadas en coronas checas les resultaban casi un regalo. En esas colecciones estaban Ana Ajmátova, Marina Tsvietáieva, Mijaíl Bulgákov, Alekséi Remizov, Andréi Platónov, Isaak Babel, Osip Mándelstam, Boris Pasternak, Iván Bunin, Borís Pílniak, Andréi Bely y otros más de los escritores perseguidos por el estalinismo, los enemigos del pueblo, los cosmopolitas que dieron la espalda a la nación, los burgueses recalcitrantes, los que fueron ejecutados, los que pasaron largos años en campos de castigo; otros, los mejor tratados, que en largos periodos de su vida no tuvieron derecho a publicar su obra, los que comenzaron a resucitar después de la muerte de Stalin, fueron

reivindicados y a lo largo del tiempo se convirtieron en los más grandes creadores de su siglo, en clásicos de la literatura y ejemplos notables de la dignidad humana. Había rusos que llegaban por la mañana a Praga y regresaban por la tarde a Moscú, sólo para comprar docenas de esos libros que venderían en Moscú o en Leningrado a precios tan exorbitantes que aun viajando por avión resultaba un negocio. Cerca de las oficinas de mi embajada había un local de prensa exclusivamente soviética, al que nadie se asomaba. Me detenía a veces ante los escaparates y jamás vi a ninguna persona comprar un periódico o una revista. En la televisión se podía ver perfectamente un canal soviético con programas menos banales que los nacionales y hasta me aventuraría a decir que también menos rígidos ideológicamente pues, como sucede siempre, para ganar la confianza del superior había que rebasarlo en celo ideológico, ser más papista que el Papa. Una vez por semana, los sábados, veía en ese canal obras teatrales a veces magistralmente dirigidas y actuadas, a lo que me acostumbré desde la época en que viví en Moscú. Pero si mencionaba eso en presencia de mis amigos checos ellos solían quedarse mudos, fingiendo no haber escuchado mis comentarios, como si de repente sospecharan alguna trampa.

La carencia de referencias escritas sobre mi contacto cotidiano con Praga me desalentó. En cambio, en uno de mis cuadernos encontré un sobre con apuntes relativos a un breve viaje que hice a la Unión Soviética durante el experimento de Gorbachov. Al leer esas notas recordé los momentos de irritación pero también los de emoción purísima constantemente entreverados en las dos semanas transcurridas en el seno de aquel Imperio formado a través de varios siglos, del que ni yo ni nadie podía sospechar cuan cerca estaba del derrumbe final. Se me ocurrió trabajar esos apuntes, dejar los textos del diario y mencionar levemente, a manera de antecedente, algunas situaciones sobre mi experiencia en el periodo en que trabajé como consejero cultural en Moscú.

Al llegar a Praga busqué una maestra de ruso, y me recomendaron a una señora checa formidable, leía textos literarios, conversaba con ella en esa lengua y hacíamos ejercicios de traducción. Estaba jubilada, lo que le daba una libertad de movimientos de la que otros carecían. Nadie la podía expulsar de ningún lado por acercarse a un diplomático, ni le podían suprimir su pensión. Como todos los checos, sentía en la médula la herida de la historia; no creía ya en ninguna posibilidad de regeneración del socialismo. Cuando comenzaron a circular noticias de que un dirigente comunista relativamente joven intentaba en Moscú aliviar las tensiones internacionales e introducir en su propio país medidas liberales, entre otras una disminución de la censura literaria y cinematográfica, ella reía con sarcasmo. Había oído eso tantas veces, y todo quedaba en lo mismo si no peor. "Con toda seguridad se trata de una estratagema —decía— para engañar a los americanos y tratar de sacar ventajas de ellos." Pasó algún tiempo, casi un par de años, me parece, y un día llegó a la clase bastante alterada con un ejemplar de Ogoniok, una revista moscovita que todos mis conocidos en Moscú detestaban. "Una amiga mía, maestra también —me dijo—, me llevó esta revista; la he leído de la primera a la última página, y casi no he podido dormir estas noches. Todavía no puedo creerlo, pero lo cierto es que algo serio está pasando en el otro lado de nuestra frontera. ¡La revolución! Ni en el 68 se escribían aquí cosas como éstas." Nos pusimos a trabajar ese día sobre un artículo muy bien escrito en torno a los últimos días de libertad de Méyerhold y el hostigamiento monstruoso al que lo sometieron al final. La ayuda de Eisenstein, uno de sus mejores amigos, para salvar su archivo y algunos documentos, por si llegaba a pasar lo peor. El artículo terminaba con la

crónica de su detención y las distintas versiones sobre su muerte y el campo de castigo al que había sido enviado.
Para entonces, veía el canal soviético de televisión ya no sólo el sábado por los programas de teatro, sino seguía todos los días el noticiero. Y cada semana pasaba por el expendio de prensa rusa, que ya no era, para nada, el espacio desolado de otros tiempos, para recoger Ogoniok. La pagaba con anticipación, porque por lo general se agotaba a las pocas horas de haber llegado. ¡Ogoniokl ¡Que Ogoniok se hubiese transformado, que se hubiera vuelto decente me resultaba inconcebible! Era un semanario de muchos años. En el periodo de Jruschov, se convirtió en un órgano monstruoso de intolerancia, de mentalidad represora, policiaca sobre todo. Lo dirigía entonces Vsiévolod Kochetov, uno de los escritores orgánicos del estalinismo, un novelista mediocre, primitivo hasta la exageración. Tras esa sanguijuela se encontraban fuerzas reaccionarias aún muy poderosas, ligadas al aparato represivo. Kochetov insultó con ferocidad a los intelectuales del deshielo, a los viejos porque se atrevían a decir lo que habían callado durante tantos años, a los jóvenes porque se expresaban irrespetuosamente y sin temores. El blanco en el que vaciaba casi todo su encono era la revista Novy Mir, y su director Alexander Tvardovski, quien se atrevió a publicar algo de la literatura que estuvo prohibida durante mucho tiempo, entre otras cosas Un día en la vida de Iván Denísovich, de Solzhenitsin, relato que fue auténticamente una conmoción. Kochetov desapareció poco después, hundido en el desprestigio personal y literario. Su primitivismo y su vileza lo perdieron. Cuando hablaba de los judíos lo hacía con un lenguaje de progrom; los duros requerían de gente más sibilina, que sostuviera lo mismo que decía aquel bárbaro, pero con más eficacia. El Ogoniok que leía yo en Praga era una publicación valiente, fresca, moderna, bien escrita. Se había echado la tarea de limpiar el pasado estalinista pero también el reciente, el de la parálisis económica y política y la corrupción del pasado inmediato. Cuando leía un número sentía una bocanada de oxígeno y me producía una enorme simpatía por lo que ocurría en el mundo soviético. Comparado a la planicie checa, a su letargo, a su pasivo fatalismo, aquello era una invitación a la vida y, en mi caso, un estímulo a la creatividad.
Más tarde, pasado lo que pasó y de la manera en que pasó, encontré en Efectos retardados, de Elias Canetti, unas líneas a las que me siento absolutamente integrado:
"Niños huérfanos —todos los que apostamos por Gorbachov, medio mundo, el mundo entero. En décadas, nunca creí tan firmemente en alguien, todas mis esperanzas se cifraron en él, por él hubiera orado —me habría negado a mí mismo. Pero no me avergüenzo de ello en lo absoluto."
A final de cuentas no escribo de Praga, lo haré más tarde, pero esa ciudad mágica me condujo a otros fragmentos de mi diario: al país de las grandes realizaciones y los horribles sobresaltos.
Fue un viaje inesperado. A principios de 1986, cuatro años después de mi llegada a Praga, recibí sorpresivamente una invitación de la Unión de Escritores de Georgia para visitar esa república el mes de mayo. Georgia se había hecho célebre de pronto por el tono subversivo de su cine, y se la consideraba como una de las plazas fuertes de la Perestroika, palabra que denotaba la transformación iniciada por Mijaíl Gorbachov en la URSS. Me invitaban a pasar unos días en la capital: Tbilisi y sus alrededores en calidad de escritor y no como miembro del Servicio Exterior. No se trataba de participar en ningún congreso ni celebrar el centenario de ninguna gloria nacional. Acepté, por supuesto. Empecé a recordar cosas. Una franja de la Georgia actual fue en otro tiempo la Cólquide famosa, la patria de Medea,

el lugar perdido hasta donde llegó Jasón con los argonautas para apoderarse del Vellocino de Oro. Unos cuantos días más tarde, la Secretaría de Relaciones Exteriores me informaba que el Ministerio de Cultura de la URSS me transmitía una invitación para ir a Moscú del 20 al 30 de mayo de aquel año. Me solicitaban una conferencia sobre algún aspecto de la literatura mexicana, el que yo eligiera. La invitación era generada por la Asociación de Escritores Soviéticos. Di por hecho que era un alcance a la carta de Georgia, para que el mundo supiera que la metrópoli seguía siendo quien decidía enviar las invitaciones y lo demás un vago y amplio espacio periférico.
Desde que llegué a Moscú, comencé a preguntar por la fecha de salida a Tbilisi, pero los burócratas que me recibieron se desentendían de la cuestión, cambiaban de tema, y a lo más que llegaban era a decir que mantenían contacto con los colegas georgianos para establecer mi programa de viaje. "Usted que ha vivido aquí ya sabrá cómo son los caucasianos, gente del sur, amigos del mar, del sol, pero mucho más del vino y de la fiesta, en eso se les va el tiempo, los conocemos muy bien y por eso no nos preocupamos. Al final todo lo resuelven", y añadían que entre tanto ellos serían mis anfitriones, y estaban complacidos por atenderme en Moscú y en Leningrado, ciudad que no habían mencionado sino hasta ese momento. Luego, en Leningrado, me informaron que los georgianos estaban desolados por no poder recibirme, pues como siempre sucede en primavera, el turismo excede todas las posibilidades. Deberían de saberlo porque ya habían tenido incidentes tan penosos como éste, pero así eran ellos, sibaritas, gente de playa, de sol, de vino. Nunca se descomponían, gente alegre, sí, pagana, buenos para bailar y cantar, en eso nadie los superaba, con una fantasía desbordada, un folclor ancestral y refinado, pero eso sí, descuidados, caóticos, irresponsables, hasta peligrosos en algunas cosas, se podría decir... Me propusieron ir a Ucrania en vez de Georgia. Al lado de la antiquísima Kiev, Tbilisi no era sino un lugar pintoresco, decían. Sabía que Ucrania, y Kiev su capital, eran lugares hermosísimos, pero también que en las últimas décadas sus organismos culturales eran los más refractarios a cualquier cambio social, político o estético, y que en esa república las artes seguían sometidas a las consignas del realismo socialista de 1933, dirigidas por burócratas rutinarios, adocenados e inescrupulosos.
Estuve a punto de suspender el viaje. Por lo visto se había suscitado un juego de equivocaciones, al que no quería seguir prestándome. Tenía todo el equipaje listo, de tal manera que salí para el aeropuerto, convencido de que iría a Praga pero llegué a Tbilisi. Y a pesar de los malos auspicios, el viaje fue maravilloso. Presencié algo único: los primeros pasos de un dinosaurio por mucho tiempo congelado. Por todas partes había brotes de vida. Era una consagración de la primavera, celebrada entre miles de obstáculos, de trampas, de rostros marcados por el odio. Algo de eso, espero, se traducirá en los apuntes que pude borronear en aviones, autobuses, cafés y cuartos de hotel.

19 de mayo

Dos horas de vuelo y la sensación de haber olvidado, como ocurre siempre, cosas que me van a ser necesarias durante el viaje. La señora A., funcionaría de la televisión, a quien encuentro con frecuencia en los aeropuertos y en los aviones mismos, y también en recepciones diplomáticas, cambió de pronto de sitio y fue a sentarse a mi lado. Desde entonces no deja de hablar un solo instante. Todas las veces que la he visto ha sido igual, y sea cual sea el tema de que se trate, ella se las ingenia para introducir el suyo que, por lo

visto, la domina. Se mueve mucho, asiste a festivales de cine y televisión en España y en Latinoamérica. Le encanta hablar de sus viajes y de lo que le ocurre; en ellos casi siempre se ve asediada por machos broncos e impacientes, que desprenden olor a sudor, a sangre ardiente, de quienes logra sacudirse con serias dificultades. En el final del episodio se turba siempre un poco, se contradice, se sonroja, para que los demás imaginen una conclusión menos púdica. Estoy seguro de que si uno le diera alas llegaría hasta el fondo del pozo, reptaría gozosa en él, confidente íntima de sí misma, relamiéndose con episodios pútridos. Son confesiones sexuales seguramente repetidas muchas veces, desagradables y tediosas, porque su discurso es mecánico, sin pasión, ni libido verdadera. Después de varias semanas de salud ejemplar me ha vuelto la rinitis. Dormí mal. No acabé de hacer anoche las maletas y hoy tuve que despertarme a primera hora para terminar. En el avión tuve un sueño: estaba yo en la Posada de San Ángel a punto de salir, despidiéndome de algunos amigos. De pronto pasó a mi lado Mauricio Serrano, un antiguo compañero universitario, y se detuvo a hablar conmigo. Le dije: "Leí hace poco que te habías muerto en un accidente, ¿es cierto?" (y sí, claro que lo era, había yo leído que el personaje real, al cual llamo aquí Mauricio Serrano, había muerto en un accidente aéreo. Su avión particular se derrumbó en un desierto de Chihuahua o de Sonora, no recuerdo. Fuimos compañeros en la Facultad de Leyes. Era entonces muy delgado e inmensamente alto. Lo recuerdo como uno de los primeros alumnos que asistía a las aulas sin corbata y con ropa muy elegante pero deportiva, lo que en aquella época constituía casi una provocación. Habré hablado con él sólo cuatro o cinco veces en la vida, y de nada, del tiempo, menos que eso. Pertenecíamos a ámbitos distintos. Sabía que había hecho mucho dinero, pero no recuerdo en qué). El muerto, sin responderme, se dirigió hacia otro grupo. Al pasar, minutos después, frente a los baños lo volví a ver recargado en un árbol, un pino creo. Me propuso que fuéramos a tomar una copa en otra parte. Recorrimos varios bares, pero en ningún lugar nos permitían entrar, como si intuyeran algo irregular. En los pocos locales que nos admitieron, el muerto pedía limones por docenas y los sorbía con desesperación. Me imagino que le eran indispensables para mantener su simulacro de vida, y los sorbía angustiadamente, como si temiera desintegrarse. Llegamos a la colonia Juárez, a la calle de Londres, a un edificio en donde viví varios años en mi juventud, de modo que el recorrido había sido kilométrico. El interior de mi departamento era el mismo, salvo que las paredes estaban desnudas, sin ninguno de los cuadros estupendos de otro tiempo. El muerto me comenzó a aburrir, me fastidiaba, se defendía para no irse. Pensé que tenía que decirme algo, que no sabía de qué manera hacerlo, que me traía un mensaje, tal vez que me moriría pronto, un saludo del otro mundo, algo, cualquier cosa, pero lo único que decía eran trivialidades. Su vocabulario era limitadísimo, sus temas nimios. Sentí la misma irritación que me ha producido siempre la nube de termitas con la que he luchado toda la vida para defender mi tiempo. Al final, cuando logré que se fuera, su mal color era espantoso. "No podré ya durar sin descomponerme, por más limones que tome", me dijo al despedirse. Desperté de golpe, sentí el sueño como algo real. Dejar de ver la chimenea de mi antiguo estudio y sentirme en cambio sentado en un asiento de avión me produjo una perturbación atroz. Sólo por un momento. ¿Habría sido Serrano un mensajero del otro mundo? ¿Me habría transmitido su mensaje en forma tan hermética que yo, por distracción, por sólo pensar en cómo deshacerme de él, no logré captar? Mi sueño debió de haber transcurrido en un instante, pues la funcionaria ni siquiera lo había advertido. Embriagada de sí misma, contaba cómo los tres actores brasileños que la acompañaban en San Salvador de Bahía,

más un boxeador cubano, se sacaban el pene en un jardín al unísono, delante, atrás y a ambos lados de ella, y se ponían a orinar sin que ni una sola gota, le interesaba poner eso en claro, le llegara a tocar su falda, como mascarones que lanzaran sus chorros a la estatua central de una fuente.

Horas después

En Moscú, y cerca del centro. La ciudad me impone su concepción urbanística, su espectacularidad y su poder. "Moscú es la tercera Roma, y no habrá una cuarta", es uno de los lemas eslavófilos procedente del siglo XVI, y que ha regido el inconsciente de los rusos a partir de entonces. ¡Qué maravilla recorrer en coche la calle Gorki! Bastó llegar para percibir ya el cambio. Se discute sobre el nuevo momento político, las nuevas piezas teatrales, el nuevo cine y los nuevos problemas a los que todo el mundo se enfrenta: lo nuevo, lo nuevo, lo nuevo contra lo viejo parece presidir el momento actual. Poco antes de aterrizar, la señora A. me manifestó la repulsión que le causan los cambios en el cine soviético. "La irresponsabilidad puede producir desastres —dijo—, y esta gente no está preparada para cambios de este tipo; tendrían que educarse primero, si no crearán transtornos. Los georgianos son los peores, los menos confiables. Han dado un viraje de ciento ochenta grados, lo que significa dar la espalda a su rica tradición cultural; la maldecirían si pudieran, la borrarían. Su crítica social es demasiado estridente, ridicula, grosera. Nada bueno podrá salir de eso, ya usted lo verá." Recibo esas señales de encono con absoluta felicidad. Luego, desde aquí, del hotel, comencé a telefonear a mis amigos, los sentí entusiasmados. Es tan fuerte el encuentro con la ciudad que no puedo escribir nada coherente sobre ella. Caminé más de tres horas sin detenerme en algún sitio. Mañana por la tarde leeré mi conferencia sobre Fernández de Lizardi y El Periquillo Sarniento en la Biblioteca de Lenguas Extranjeras. Me siento bastante aturdido. Peor que eso: quiero ordenar imágenes del pasado y no lo logro del todo. Por la noche, veo en la televisión a Nikita Mijalkov, el cineasta, dialogar libremente con el público. ¡Así es, señores, el mundo comenzó a moverse! Son las doce de la noche. Lo único que se me antoja es volver a salir, recorrer bares que conozco bien. Pero no lo haré. Me daré en cambio un baño muy caliente y me meteré a la cama con el Miguel Strogof, o el correo del zar, de Julio Verne. Vuelvo a sus páginas después de cuarenta años. Lo sé, es una extravagancia llegar a Moscú con Julio Verne, pero no pude evitarlo.

20 de mayo

Desperté resfriado; la cabeza a ratos me duele a morir. Me he defendido con aspirinas, y eso me ha permitido hacer hoy muchas cosas. Me acuerdo de mi primera visita a Moscú, a finales de 1962 con un invierno inclemente, el invierno del siglo lo llamaron y yo lo creí. Después he oído hablar por lo menos de una docena de inviernos más fríos del siglo en la Europa del Este. Eran los tiempos de Jruschov. Vuelvo a oír el mismo tipo de conversaciones esperanzadas de entonces y a sentir igual temor de que el aparato, el ejército, los órganos policiacos, la nomenklatura, vamos, y la abulia de la población aniquilen lo que ya se ha hecho y clausuren para largo tiempo el futuro. El Arbat, el antiguo y pintoresco barrio, donde existe aún la casa de Pushkin, a un paso de nuestra embajada, es una muestra activa de que han soplado vientos diferentes: cafés, restaurantes,

jóvenes vestidos con ropa vivamente colorida, con guitarras y libros bajo el brazo. Me dicen que aquí se celebró el primer carnaval moscovita desde los años veinte. Lo organizaron los jóvenes, se disfrazaron, inventaron máscaras y vestuario; la fiesta resultó tan divertida que la gente del barrio se quedó estupefacta, nadie imaginaba que aquello pudiera ser posible. Parece una nadería, pero desde hace cincuenta años los jóvenes carecían de posibilidades tan sencillas como ésa, salvo los miembros de la juventud comunista, quienes en sus diferentes niveles, geográficos o gremiales, organizaban las actividades públicas, siempre con un objetivo social, día del maestro, de la mujer, del deportista, cincuentenarios o centenarios del nacimiento o la muerte de un procer del movimiento obrero, de un héroe o de un acontecimiento histórico. A los jóvenes les quedaban otras posibilidades de evasión: la amistad como culto, el sexo para algunos, la religión para otros, la cultura para muchos, pero en general la excentricidad. Ante la crueldad de siglos y una historia implacable, frente al robot contemporáneo lo único que les queda es el alma. Y en el alma del ruso incluyo su energía, su identificación con la naturaleza y su excentricidad. El logro de ser uno mismo sin depender gran cosa de los demás y deslizarse por ese camino hasta donde sea posible, sencillamente dejarse llevar. Las preocupaciones del excéntrico son diferentes a las de los demás, sus gestos tienden a la diferenciación, a la autonomía hasta donde sea posible de un entorno pesadamente gregario. Su mundo real es el interior. Desde los años de la Russ incipiente, un milenio atrás, los pobladores de esta tierra infinita han sido conducidos con mano fuerte y conocido castigos de violencia exacerbada, tanto por los invasores asiáticos como por los propios: Iván el Terrible, Pedro el Grande, Nicolás I, Stalin, y de entre la gleba, entre el rebaño sufriente, surge, no sé si paulatinamente o en torrente, el excéntrico, el chiflado, el bufón, el que ve visiones, el chalado, el bueno para nada, el que está a un paso del manicomio, el desvariado, el que es la desesperación de sus superiores. Hay un vaso comunicante secreto entre el papanatas que tañe las campanas de la iglesia y el pintor excelso, que en una capilla de esa misma iglesia da vida a una Virgen majestuosa superior a todos los iconos con que cuenta ese lugar santo. El excéntrico aligera la novela europea desde el siglo XVIII hasta hoy, le da mayor respiración. En algunas novelas todos los personajes son excéntricos, y no sólo ellos sino también los propios autores. Laurence Sterne, Nicolás Gógol, los irlandeses Samuel Beckett y Flann O'Brien son excéntricos ejemplares, como todos y cada uno de los personajes de sus libros y por ende las historias de esos libros. Hay autores que se empobrecerían sin la participación de un elenco con abundancia de excéntricos: Jane Austen, Dickens, Galdós, Valle-Inclán, Gadda, Landolfi, Cortázar, Pombo, Torneo, Vila-Matas. Pueden ser trágicos o bufonescos, demoniacos o angelicales, geniales o bobos; el común denominador en ellos es el triunfo de la manía sobre la propia voluntad, al grado de que entre ambas no hubiese frontera visible. Julio Cortázar crea una especie con la que juega constantemente: los piantados, personajes ajenos a las coerciones del mundo, con un doble registro, uno del genio y otro del papanatas. Hay autores y personajes cuya excentricidad los hubiera conducido en esta época de yuppies a la celda de un manicomio, o a una casa de reposo con tratamiento médico si su economía se lo permite. El mundo de los excéntricos y familias anexas los libera de las inconveniencias del entorno. La vulgaridad, la torpeza, los caprichos de la moda, y aun las exigencias del Poder no los tocan, o al menos no demasiado, y no les importa. La especie no se caracteriza por sólo actitudes de negación, sino que sus miembros han desarrollado cualidades notables, zonas del saber amplísimas organizadas de manera extremadamente original. Tratar a amigos de

esta clase puede al inicio resultar irritante, pero paulatinamente se va transformando en una necesidad imprescindible. Al excéntrico la otra gente, la ajena a su círculo, le resulta dura, pomposa, cursi e insoportable por mil razones; por lo mismo prefiere no advertirla. Hace unos cincuenta años, durante nuestros primeros años universitarios, Luis Prieto y yo frecuentábamos una red de círculos cosmopolitas ganados, a veces en exceso, por la excentricidad; muchos de ellos eran europeos llegados a México durante la guerra, quienes encontraron aquí el cielo prometido y no volvieron a sus países de origen. Nos movíamos entre ellos con una facilidad notable. Cuando en esos espacios caía algún cuerdo sin redención, un pariente cercano, por ejemplo, que llegara del extranjero, una madre, un hermano, a quienes era imposible no hospedar y atender, aquel cuerdo con piel de cuerdo nos resultaba intolerable; aun a nosotros que no formábamos parte de esa cofradía, sino éramos apenas compañeros de ruta, nos parecía una locura su presencia en ese medio, aunque era necesario tratarlo con todo tipo de concesiones, las mismas que ellos, los cuerdos de toda cordura, cuando son generosos y bien educados harían con alguien que tuviera un problema mental. De los lugares donde he vivido, sólo en Varsovia, pero sobre todo en Moscú, volví a incorporarme a esos espacios encantados, esas colmenas de "inocentes" donde la razón y el sentido común se adelgazan y un temperamento "raro" o una leve demencia puede ser la mejor barrera para defenderse de la brutalidad del mundo. La mera presencia del excéntrico crea un desasosiego en los demás; a veces he pensado que ellos lo detectan y eso los complace. Son "raros" de segunda clase. Mis estancias en esas ciudades consideradas por casi todo el mundo difíciles fueron para mí cálidos refugios de felicidad indecible, propicios siempre a la escritura. Todo me sorprende aquí. ¿Habrá llegado el momento en que la verdad comience a abrirse paso o será otro espejismo? Me parece que no estaría nada mal pasar una temporada larga aquí dentro de cuatro o cinco años, si para entonces este fenómeno florece y la senectud no me ha vencido. Desayuno con mi amigo Kyrim. Me reseña el Congreso de los Cineastas, que tuvo lugar la semana pasada: la dirección de la Asociación fue absolutamente renovada. Ha sido un estallido de dimensiones nacionales. Ninguno de los carcamales de la vieja guardia quedó en su puesto, y había figuras poderosísimas y eminentes desde el punto de vista profesional como Serguéi Bondarchuk, el director de La guerra y la paz, un auténtico clásico contemporáneo del cine ruso. Perdió el puesto debido a su sectarismo, su desprecio a las tendencias de los jóvenes y a las formas contemporáneas, y por tratar de mantener vivo ese apotegma aborrecible acuñado por Siqueiros, nada menos: "No hay más ruta que la nuestra". Entendí mejor las preocupaciones de mi vecina de avión; si lo sucedido aquí tuviera lugar en Praga, los estudios cinematográficos se cerrarían y ella saldría disparada de su puesto. ¡Ya no más festivales de San Sebastián ni en América Latina! Desaparecerían de sus ensoñaciones los machos tropicales, los mulatos, las vergas estelares, y se vería constreñida a experiencias locales. Debí haber comenzado esta entrada con Kyrim Kostakovsky, matemático, pero fundamentalmente hombre de cine. En la escuela de cine de Lodz coincidió con Juan Manuel Torres, y estuvo casado con una mexicana, una de mis mejores amigas. Hace años viajé con ellos a Tashkent, Bujara y Samarcanda; sobre ese viaje escribí uno de los pocos cuentos que me gustan. Teníamos cinco o seis años de no vernos, pero desde el primer instante comenzamos a hablar como siempre, como si el tiempo no hubiera pasado. Con Kyrim, como con todos los amigos rusos, discutía hasta las madrugadas sobre cine, literatura, ópera, gente y, desde luego, política. Con frecuencia decidía no volver a tolerar sus atrabiliarias embestidas. Nuestros diálogos se parecían a los de Nafta y Settembrini:

cada uno comenzaba a defender una obra, una corriente literaria, un tipo de cine, el de Bergman, el de Fellini, el de Clair o de Pabst, y el otro a detractarlo hasta que a deshoras de la noche y con los nervios hechos polvo cada uno terminaba defendiendo la posición que antes denostaba y rebatiendo la originalmente defendida. Por otra parte, la discusión por horas, por días, es un deporte ruso. La pasión de Kyrim por Gógol, inmensa y sin fisuras, es quizás lo que más nos une. Con los años y la distancia el diálogo ha llegado a ser mucho menos estridente. Después de narrarme las circunstancias del congreso de cine, me contó que había acompañado a Víktor Sklovski a Inglaterra. La Universidad de Essex le había otorgado un doctorado honoris causa. Después de la ceremonia regresaron a Londres donde les reservaron habitaciones en un hotel bastante mediocre. Los actos públicos, los banquetes, toda la actividad social había sido dispendiosa, pero en el alojamiento los ingleses no se midieron con el ahorro. Habían previsto hacer una visita al Museo Británico por la tarde. Iba a salir el escritor de su mínimo cubículo cuando, por hacer un movimiento brusco al abrir una puerta, un alto armario se le cayó encima. Rodó al suelo bajo el mueble; el golpe le produjo un desmayo. Llegó un doctor, le aplicó yodo y árnica, le puso una inyección y con dificultades lo acostaron en la cama. Sklovski es un hombre de ochenta y cinco años si no más. Kyrim pensó que debido a su edad no sobreviviría al golpe. Regresó desolado a descansar un momento, en espera de que llegara otro doctor, un especialista al que habían telefoneado. Media hora después, oyó el teléfono; temió que fuera el gerente del hotel o el nuevo médico para comunicarle una mala noticia. Pero no, era el propio Sklovski, listo para dirigirse al museo. Pasaron en él el resto del día, recorrieron muchas salas, viéndolo todo, recabando datos, tomando notas, teorizando. Sólo en el avión de regreso a Moscú comenzó a quejarse de algunas molestias, y le enseñó a Kyrim los tobillos muy hinchados y de un color azul morado. El abuelo de Kyrim conoció a Sklovski en su juventud, allá por los años veinte. Era matemático y entusiasta de la revolución de octubre. En 1937 unos hombres uniformados llegaron a su casa y se lo llevaron; poco tiempo después tres de sus hijos fueron secuestrados. Eran judíos y trotskistas, por ende, enemigos de la revolución, agentes al servicio del espionaje extranjero. El padre de Kyrim fue el único sobreviviente por ser apenas un niño. En 1957 el honor de todos los miembros de la familia fue reivindicado, pero ninguno de ellos regresó vivo de Siberia. Él y su familia han sido bastante escépticos. Pero esta vez, Kyrim está feliz por lo que ocurre en el país, sobre todo en el cine, y me cuenta que se han filmado maravillas y de lo que se está preparando para muy pronto: Abuladze y Paradjanov en Georgia, me dice, son fabulosos, y me habla de una película rusa de Guelman, para él la mejor que se haya filmado en toda la historia del cine soviético: Mi amigo Iván Lapschin, "la película más triste, el adiós a una épica, la historia sentimental de todas las generaciones desdichadas que han vivido en Rusia en este siglo". Trata de verla aquí, me dice, porque en Praga con toda seguridad no lo podrás hacer nunca. El público, claro, se ha dividido; la inteligencia, los estudiantes, los científicos están todos a favor de ese cine, pero somos un país de masas, inmensas masas manipuladas desde arriba, dirigidas emotivamente, y ellas con toda seguridad pensarán que es un insulto a nuestra historia. Por la tarde dicté mi conferencia en la Biblioteca de Lenguas Extranjeras: Fernández de Lizardi y El Periquillo Sarniento, la primera novela mexicana. Poco público, algunos hispanoamericanistas, por lo general amigos o conocidos de mi estancia anterior; uno de ellos, en un español muy perturbado, me echó muchas flores en su presentación, pero dijo que le alegraba verme de nuevo en Moscú más liberado de las taras que tanto me atormentaban en el pasado. ¡A saber lo que habrá querido decir! Ya iniciada

la lectura, se abrió con ruido la puerta y una mujer de edad avanzada, pero difícil de determinar, alta, maciza de carnes, vestida elegantemente de negro, entró con paso marcial y se sentó en la primera fila, exactamente frente a mí. Me oía con displicencia, como una matrona romana que por alguna oscura razón tuviera que aguantar la lectura de uno de sus esclavos. Y así se mantuvo durante toda la conferencia: altiva, escénica, protagónica, salvo al final, al terminar yo de leer un fragmento escatológico que expuse como ejemplo de un lenguaje que acaba de romper sus ataduras con el idioma jurídico y eclesiástico usado hasta entonces en los libros. Un esfuerzo por buscar el lenguaje adecuado a las circunstancias de la nueva nación. Ese episodio ocurre en una casa de juego de ínfima categoría donde el protagonista encuentra refugio por una noche:

Otros cuatro o cinco pelagatos, todos encuerados, y, a mi parecer medio borrachos, estaban tirados como cochinos por la banca, mesa y suelo del billarcito. Como el cuarto era pequeño, y los compañeros gente que cena sucio y frío y bebe pulque y chinguirito, estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes ecos, sin tener por donde salir, remataban en mis pobres narices; y en un instante estaba yo con una jaqueca que no la aguantaba; de modo que no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojó todo cuanto había cenado pocas horas antes. A la ruidera de la evacuación de mi estómago despertó uno de aquellos léperos, y así como nos vio comenzó a echar sapos y culebras por aquella boca del demonio —¡Qué rotos tales de mierda! —decía—. ¿Por qué no irán a vomitarse sobre la tal que los parió, ya que vienen borrachos, en vez de venir a quitarle a uno el sueño a estas horas?

Januario me hizo seña de que me callara la boca, y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que me infundieron aquellos encuerados a quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de las frazadas, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormían, los estornudos traseros que disparaban y el pestífero sahumerio que resultaba de ellos me hicieron pasar una noche de perros.

La mujer de la primera fila perdió su actitud marmórea. Cuando me referí a "los estornudos traseros y el pestífero sahumerio que resultaba de ellos", gritó enardecida: "¡Ese, señores, es el México que adoro!", y después cuando pregunté si alguien deseaba hacer una pregunta o un comentario, ella se anticipó a todos. "¡Coincidencia de coincidencias! —dijo—. Vine a la biblioteca para buscar unos folletos escritos por mi marido, Adam Karapetián, el antropólogo, occiso por desgracia desde hace veinticinco años en Medellín, Colombia, donde yo vivo, armenio de nacimiento, claro, el nombre lo dice. Son estudios inspirados siempre a cielo abierto sobre el país de usted escritos primero en 1908 y luego en 1924. En esa última fecha yo lo acompañé a la selva. Estaba por salir de la biblioteca hace un momento cuando vi el anuncio de una conferencia sobre México, la de usted, maestro. Si mi marido viviera se hubiera puesto de pie para abrazarlo, porque ustedes trabajan en la misma dirección, de eso me he dado cuenta. Busco esos opúsculos, algunos son muy raros de encontrar, en esta biblioteca no los tienen, pero estoy segura de que los hallaré en donde menos lo piense. El más importante se refiere a una fiesta del trópico, una fiesta religiosa con final pagano. A Karapetián sólo le interesaba como tema antropológico la fiesta, la fiesta en México, en Bahía, en la Puglia, en Nueva Guinea, en Anatolia. La que más le interesó fue una a mitad de la selva mexicana en honor a un santo niño cagón. (Risas.) No, no es para asustarse de las palabras, lo que hay que pensar es en qué circunstancias se celebró el festín. ¡Estaba allí, lo vi todo! ¡El sol a plomo y la tierra con

vertida en mierda! ¡En veinte días no me quité de la nariz esa hediondez!" Y en ese momento se levantó, puso en mi mano una tarjeta y salió con aires de alta dignidad del salón. Al cerrarse la puerta todos soltamos una carcajada. La tarjeta decía: Marietta Karapetián, y abajo del nombre la inscripción: "Se pinta porcelana fina". No conozco aún a la traductora de mis Juegos florales. Esperaba conversar con ella después de la conferencia, pero no se presentó. Me encantaría salir a pasear un rato, pero le temo a la humedad. No me gustaría despertar mañana de nuevo resfriado. Esta noche acabaré Miguel Strogof, y luego a dormir.

21 de mayo
Antenoche, al llegar al hotel un joven me esperaba para entregarme de propia mano una invitación muy formal del presidente de la Asociación de Escritores de la URSS, Gueorgui Markov, para almorzar con él y otros miembros distinguidos de esa institución el 21 de mayo, es decir hoy. Por la mañana al desayunar me encontré a la misma persona. Lo primero que dijo era que había pasado algo terrible. El embajador mexicano había aceptado desde hacía días la invitación, pero de golpe se ha excusado, mandó decir que tenía otro compromiso a esa hora. Me pidió que tratara de convencerlo; con su presencia, la ceremonia adquiriría mayor relieve. Le dije, con muy buen ánimo, que nada de eso tenía importancia. "Ustedes en la invitación enviada a México señalaron que la visita no tenía carácter oficial; no me trajeron como embajador ni funcionario sino en calidad de escritor. Y les agradezco mucho ese detalle. Lo que más me interesa es la literatura." "Permítame usted que le informe —me interrumpió—, el presidente Markov es el anfitrión. Asiste en muy pocas ocasiones a estos actos. Su puesto, como usted sabrá, tiene el mismo nivel que el del ministro de Cultura, seguramente lo recuerda. Tendrá que venir el embajador. Puedo llevarlo a usted a la embajada..." "Pero, ¿cómo voy a pedirle eso? ¿No me ha dicho que tiene otro compromiso a esa hora?" "Eso mandó decir él, pero sabemos que no tiene ningún compromiso. A usted no va a decirle..." "No, mire, no los puedo ayudar. Sería una impertinencia imperdonable. Es un hombre muy ocupado, ocupadísimo, uno de los más ocupados que conozco y no quiero interrumpirlo. A mí lo que me interesa es hablar con los escritores; mejor dicho, que me cuenten qué ocurre, qué se escribe ahora, qué piensan los lectores. En Praga hay un entusiasmo enorme por este proceso. El gobierno se hace autocrítica todos los días y cada día se ven nuevos resultados. Una Resurrección, eso gracias a ustedes." Por supuesto no era cierto, en Praga las autoridades estaban desesperadas. Ya casi no mencionaban a la URSS en la prensa ni en la televisión, pero no resistí la tentación de mentir paródicamente. Su cara se frunció. Volvió a la carga. "Lo que usted me pide es imposible. Yo soy embajador, pero ésta no es mi plaza, y el embajador en Moscú podrá reportarme a México por intervenir en el espacio que sólo le corresponde a él. ¿Hacen cosas como éstas los diplomáticos soviéticos? Ustedes son quienes pueden convencerlo. Háblenle con dulzura, con tacto, ¿por qué no intenta que la agregada cultural intervenga y lo convenza?" Salió, mientras yo terminaba el desayuno, luego volvió y me dijo: "El ministro de su embajada representará, como encargado de negocios, al embajador. Gracias por sugerírmelo." Nos despedimos. Al mediodía llegaría alguien para recogerme. Salí a caminar por la Gorki durante un rato. Leí interesado las carteleras de los varios teatros de la zona. Compré periódicos en el Inturist, sobre todo los italianos, que cubren esta área mejor que ningún otro, y volví a mi cuarto a hacer algunas notas. Nunca conocí a ninguno de los altos jerarcas de la Asociación de Escritores. Ni siquiera cuando

llegó alguna delegación importante, Juan José Bremer como director de Bellas Artes, Fernando Solana como secretario de Educación, Markov estuvo presente. Fui varias veces al restaurante de la Asociación, con el embajador, amigo mío de muchos años, Rogelio Martínez Aguilar, interesado en todos los aspectos de aquella sociedad, y por fortuna en particular del mundo cultural. Rogelio, como embajador, tenía derecho de reservar mesa allí e invitar a escritores, músicos o cineastas. Recuerdo una ocasión en que él y su esposa invitaron a cenar a un matrimonio de especialistas en cultura mexicana: Vera Kuteshikova, investigadora en literatura, y su esposo, Lev Ospovat, quien acababa de publicar una biografía de Diego Rivera, y a mí. La sala del restaurante estaba más animada que otras veces, en las mesas no se conversaba normalmente sino que parecían recorridas por una electricidad poco usual. Hacía una o dos semanas había explotado un escándalo literario. Eso era lo que ocurría. Un grupo de escritores prestigiosos, los más importantes si mal no recuerdo fueron los poetas Andréi Voznisievski y Bella Ajmadulina y los novelistas Vasili Axionov, tal vez Farzil Iskander y Bulat Okudzaba, editaron un almanaque literario. Cuando apareció el volumen estalló una tormenta. A los ideólogos del partido les pareció repugnante. Mijaíl Súslov, el Torquemada del Comité Central, expresó su rechazo: de ninguna manera esa literatura correspondía a la imagen soviética; era todo lo contrario, retrataba un mundo decadente y pervertido. Sobre la Asociación de Escritores, por descuidar el aspecto ideológico, cayó el golpe, y su dirección lo remitió con ferocidad a los escritores impugnados. Amenazaron a los más jóvenes con juzgarlos como pornógrafos. En todos los periódicos y revistas aparecían artículos con la consabida vileza, cartas a la redacción, escritas todas sobre un mismo modelo, expresando estupefacción, horror, ira, asco, ante los frutos venenosos de aquel nido de apatridas y degenerados que editaban sus escritos malignos a costa del dinero del pueblo trabajador. Eran mínimas (o ninguna) las diferencias de una pensionista de Arkangelsk, un militar pensionado de Le-ningrado, un ingeniero en Bakú, un grupo de trabajadores de la construcción en la zona norte de Moscú, un club de fotografía formado por viudas en la isla de Sajalín, unos maestros de Odesa, un club de cazadores de Omsk, una célula de pioneros de una isla del Ártico, todos exigían a las autoridades tomar cartas en el asunto e imponer el debido castigo al grupo descastado. Hubo castigos desde luego, dos de los más jóvenes, los calificados como pornógrafos, si mal no recuerdo fueron expulsados de la Unión de Escritores. Vasili Axionov renunció a su membresía en la Asociación y se marchó al exilio. Esa noche de marras en que los Martínez Aguilar nos invitaron a cenar, entró de repente una pareja, una mujer de cierta edad aún guapa, con una sonrisa muy hermosa, del brazo de un hombre joven que parecía más un galán de Hollywood o un deportista famoso que un escritor; todos fui mos susceptibles al asombro que causó la presencia de aquella pareja en el local. Hubo un minuto de silencio, y luego la bulla y un movimiento frenético. Vera Kuteshikova nos dijo que la mujer era Bella Ajmadulina, la ex esposa de Evtuchenko. La poetisa se detuvo a saludar a unos cuantos amigos, y de varias mesas se levantaron los asistentes para rendir homenaje a la pareja. Me imagino que debió haber rostros cargados de odio pero no recuerdo haberlos visto, no era ésa la tónica. "¿No era ella uno de los inculpados en ese reciente escándalo literario?", preguntó Rogelio: "Parece no estar preocupada, ¿no es cierto?", y Vera respondió: "¿Cómo va a estar preocupada si va de la mano del ministro de Cultura de Georgia?" Luego ella y su esposo explicaron que Georgia se estaba convirtiendo en un asilo para la gente de Moscú o de Leningrado. "Un pintor, un argumentista de cine, un dramaturgo, cualquiera que valga la pena encontrará protección en Georgia. Pero eso de que llegue aquí

a la casa de los escritores el propio ministro de Cultura para apoyar a una mujer en desgracia, es cosa que no se había visto. Me parece que Ajmadulina tiene raíces en el Cáucaso, en Georgia seguramente; es una manera de protegerla." "Pero, ¿por qué en Georgia?", pregunté. "Porque los georgianos son la gente más formidable del mundo —me respondió—, aunque también pueden ser peores que el diablo, eso los rusos lo sabemos muy bien." Yo disfrutaba inmensamente del lugar. Era el antiguo Palacio de los Rostov, sí, de esos mismos, los Rostov de La guerra y la paz. Una de las escenas mejores de El maestro y Margarita, de Bulgákov, sucede también allí, precisamente en el restaurante; Walter Benjamin cenaba en ese sitio con frecuencia durante su estancia moscovita. En otras ocasiones fui invitado por escritores y traductores, o empleados de quienes me hice amigo, como Iuri Greyding, de la sección hispanoamericana, quien en varias ocasiones me llevó a recorrer barrios del Moscú antiguo poco conocidos, o a visitar a escritores que suponía me interesaban. En una ocasión, pasamos una mañana, que recuerdo como una de las más portentosas de mi vida, en casa de Víktor Sklovski, donde él, con sus más de ochenta años, nos habló apasionadamente del libro que escribía en esos días, La energía del error, "el que más me ha interesado escribir, y más placer me ha dado", nos dijo, y luego nos habló largamente de la mañana del día en que murió Tolstoi, cuando él era estudiante en Petersburgo. Se había dado órdenes a la prensa de no publicar nada, ni una sola línea, de esa muerte en los periódicos. Sklovski salió del portal de su casa y de pronto vio desaparecer a la gente, los negocios se cerraron en cosa de segundos, los coches de caballos se detuvieron. Hubo un silencio majestuoso, sagrado, como si el mundo hubiera muerto, como si el globo terrestre se hubiera detenido en su camino, y luego, de repente, por todas partes apareció una multitud desolada que lloraba, enferma de dolor, huérfana porque su Padre la había abandonado. Las iglesias habían cerrado las puertas para que nadie entrara en ellas; a Tolstoi lo habían excomulgado muchos años atrás. Pero la multitud las rodeaba, las ahogaba, las convertía en algo trivial ante el roble que había caído, la tierra había muerto, y Rusia lloraba. La visita a Sklovski es uno de los momentos más intensos, más líricos, más emocionantes que pueda recordar. Mucho tiempo después, en dos ocasiones, al hablar de Tolstoi ante mis alumnos, empecé a repetir las palabras de Sklovski, pero no pude terminarlas. Se rae nublaron los ojos, se me rompió la voz y tuve que sacar el pañuelo y fingir que me sonaba, carraspear, echándole la culpa a un resfrío, a una alergia, porque me parecía grotesco anunciarles que había muerto el escritor ruso y ponerme a llorar. A la una y media llegaron por mí. Desde hace años la Asociación ha estado dirigida por un puñado de estalinistas, cínicos, obtusos y rapaces. Fungen como brazo armado de la cúpula del Partido. Ahora bien, en la Asociación están registrados como miembros casi todos los escritores y traductores: los buenos, los malos, los pésimos, los nobles y los viles. Me recibió el capo, un hombre elegante, muy europeo, de unos sesenta y tantos años, con cinco "escritores" cuyos nombres yo no conocía. Esperamos más de media hora al ministro de la embajada, haciendo tiempo, hablando del clima, de mis experiencias en Moscú como consejero cultural, de los viajes en aquellos tiempos por algunas repúblicas soviéticas. Eran todos muy sociables, pero estaban fastidiados por la demora del diplomático mexicano. Llegó el momento en que pasamos a un elegante comedor privado en el que jamás había entrado, tomamos varias clases de vodka, todas excelentes, y le caímos con rapacidad a las mil maravillas —las zakushkas— que los rusos degluten como preludio a la comida de verdad. Un mesero quitó de la mesa el plato del invitante ausente. Varios detalles me hicieron entender que mi prestigio había caído al suelo por no estar acompañado de ningún

funcionario de la embajada. Markov ni siquiera disimulaba su desprecio, apenas hablaba, y eso oblicuamente, con su gente, sobre asuntos de la Asociación. Creo que cuando yo decía algo él bostezaba. Los otros me preguntaron por mis escritores favoritos: cité a Gógol y Chéjov sobre todos los demás, y luego a Tolstoi, Bulgákov y Bély. Ellos hicieron los comentarios de rigor, prescindibles, intercambiables, y desgranaron las citas adecuadas. De pronto hubo un movimiento, alguien entró y era la joven agregada cultural mexicana, que se disculpaba por llegar tarde y qvie llevaba los saludos del embajador, del ministro y de todo el personal de la misión de México. El capo esbozó una sonrisa gélida, la saludó sobriamente y la congeló durante toda la comida. Poco a poco nos fuimos acercando al asunto del día. Fingí una inocencia absoluta, los traté como si fueran agentes fundamentales del cambio y compartieran con igual celo mi entusiasmo. Los felicité. "Es un gran cambio, el mundo entero lo aplaude. En Checoslovaquia, como en Europa toda, se festeja el valor de los soviéticos para dar un paso tan decidido hacia la apertura. Los checos me informaron de que esta Asociación ha jugado un papel notable en la transición." Seguí hablando, como si estuviera seguro de que la Perestroika y la Glasnost eran producto de ellos; como si sintieran que con los cambios observados su vida sería más plena, su trabajo más fecundo y la literatura, la amada literatura, su auténtica razón de ser. Ni un músculo se contrajo en sus rostros. Añadí que ayer en Moscú me comentaron que estaban en vísperas de un congreso de la mayor importancia, que daban por hecho que sería tan importante como el celebrado hacía poco, el de los cineastas. El director evidentemente estaba furioso, los otros se miraban entre sí, desconcertados, sin saber qué comentar. Al fin Markov respondió a mis provocaciones diciendo que en la URSS el cine y la literatura tienen ámbitos diferentes, su infraestructura no es la misma, tampoco su espacio de recepción. La literatura rusa no requería transformaciones, era muy rica en su forma y también en su contenido. El exterior había logrado introducir gérmenes de desenfreno, desfiguros, una nube de anarquía peligrosa para el país; pero falacias como ésas no prosperarían en ningún momento. "Por supuesto", recalcó con énfasis, "no defendemos lo anacrónico, la sociedad no lo permitiría; estamos al día, sabemos estarlo, pero a nuestra manera y no a la de otros que creen saber mejor que nosotros lo que necesitamos." Y ya verdaderamente furioso, añadió, dirigiéndose a los escritores que nos acompañaban, como si los amonestara, que por fortuna la delegación ucraniana sería la más numerosa, por eso estaba seguro de que la literatura soviética jamás se doblegaría, que mantendría su dignidad, su alta misión, sus compromisos con la nación, como en sus mejores momentos. Y allí dejamos de beber el café, se levantó, se despidió de nosotros con distante cortesía y se fue, acompañado por tres de su cortejo, ellos sí indignados, tanto que ni siquiera nos tendieron la mano al despedirse. Los otros dos nos acompañaron a la puerta. Uno de ellos me dijo que había escrito un libro sobre Gógol y que le había interesado que un mexicano se entusiasmara tanto por él, el más ruso de los narradores. "De Dostoievski, Tolstoi y Chéjov se podría entender: son rasísimos, claro, pero sus problemas son universales. Gógol lo es también, pero menos evidente; es como un caracol pegado al muro más recóndito del laberinto eslavo. El mejor libro sobre Gógol es el de Bély", añadió. "Lo publicó en 1933, fue un milagro que apareciera entonces, el año en que el realismo socialista se volvió imprescindible, y el libro de Bély, por fortuna, era todo lo contrario, un chisporroteo de imágenes, de descubrimientos. Ojalá —añadió— que ahora que comienzan a caer los tabúes, reaparezca ese libro." Nos despedimos muy a gusto. Me imagino que estos dos miembros de la dirección no se unirán a los ucranianos. Dormí una siesta. Desperté

deprimido; tal vez fui demasiado mal educado. Si a alguien lo invitan a comer y acepta debe comportarse con educación. Si participa uno en un congreso, un coloquio, una mesa redonda, entonces uno está en su derecho de decir lo que piensa, aunque a los demás les resulte fastidioso. Pero luego recordé a Markov, esas carreras de inquisidores, de lucradores, de tiranuelos, los herederos de aquellos que torturaron y mataron a Babel, a Pílniak, a Mirsky, a Mándelstam, al gran hombre de teatro que fue Vsiévolod Méyerhold, y que persiguieron horriblemente a Pasternak, a Ajmátova, a Platónov, a tantos, y me sentí satisfecho de haber dicho lo que dije, y aún me pareció que fue poco. La Perestroika comienza a trabajarme.

La carta de Méyerhold

Entre 1933 y 1939 fueron detenidos en todo el territorio de la Unión Soviética centenares de miles de ciudadanos sospechosos de actividades terroristas; eran enemigos del régimen: trotskistas unos, agentes de los servicios de espionaje de Europa y de Japón, otros. Entre ellos, en la madrugada del 16 de mayo fueron arrestadas dos personalidades intelectuales de relevancia: el escritor Isaak Babel, a quien todos conocemos, y el director teatral Vsiévolod Méyerhold, el más importante renovador del teatro ruso. Méyerhold fue al teatro lo que Eisenstein al cine.

En la fase final de la Perestroika una comisión de escritores dirigida por Vitali Chentalinski inició, después de lidiar fatigosa, arduamente con los organismos policiacos y sus custodios, la revisión de los archivos literarios de la KGB. Son documentos horrendos, estremecedores, todo el terror de las grandes purgas está encapsulado allí.

Los detenidos, por lo general, estaban convencidos de que en los altos mandos del estado no se sabía lo que estaba pasando en el país, que su caída en prisión era el resultado de una provocación organizada por mentes perversas para desprestigiar al sistema comunista, y ejecutada por asesinos de la peor ralea.

Las inmensas purgas se iniciaron en diciembre de 1934, después del asesinato de Serguéi Kírov, miembro del Comité Central del Partido Comunista, cuya popularidad oscurecía la figura de Stalin. Durante el periodo de Gorbachov se comenzó a hablar abiertamente sobre la posibilidad de que el asesinato hubiera sido organizado por la NKVD y ordenado por el propio Stalin. La persecución a los enemigos de Kírov permitió acabar con todos sus opositores. "Hay que exterminar al enemigo sin cuartel ni piedad, sin prestar la menor atención a los gemidos y suspiros de los humanistas profesionales", exige un Gorki senil y perturbado, en Pravda de 2 de enero de 1935. La labor sistemática de exterminio, las llamadas purgas, disminuyeron a finales de 1939. Una de las grandes virtudes de Gorbachov ha sido su intento por asear el pasado. El comunismo carecería de una base moral si no se rechazara con vigor los crímenes cometidos. Jruschov fue heroico al denunciar los crímenes de Stalin, liberar a los prisioneros políticos falsamente acusados y devolverles su honor cuando todo el mecanismo del terror estaba eñ movimiento, cuando los criminales aún estaban vivos. El aparato se tardó unos años pero terminó por frenarlo. Gorbachov trató de dar el paso siguiente. Las viejas guardias le pusieron las mismas trabas con las que vencieron a Jruschov y aun a otros. Le imposibilitaron la tarea, lo hicieron fracasar. Y lo que lograron fue un suicidio. Los tiempos eran otros y ellos, ajenos a la realidad desde hacía mucho tiempo, sucumbieron y destruyeron lo poco que quedaba del sistema socialista.

En el expediente de Vsiévolod Méyerhold, Chentalinski encontró una carta dirigida a Viacheslav Mólotov, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, con la seguridad de que si llegase a sus manos él sería liberado y, además, terminarían los procedimientos criminales que se empleaban en la Lubianka.
Los oficiales de instrucción me aplicaron métodos físicos, y fui golpeado pese a ser un anciano enfermo de sesenta y cinco años. Me obligaban a tumbarme boca abajo en el suelo y me pegaban en los talones y la espalda con una porra de goma. También hacían que me sentara en una silla, para golpearme fuertemente las piernas con el mismo instrumento. Los días posteriores, cuando mis muslos y mis pantorrillas mostraban abundantes huellas de hemorragias internas, volvían a pegarme golpes en los cardenales rojos, azules y amarillos. El dolor era tal que sentía como si me echaran agua hirviendo en los puntos más sensibles de mis piernas. Lanzaba alaridos y lloraba de dolor.
Siguieron golpeándome la espalda con la porra y dándome brutales puñetazos, acompañados de "ataques psíquicos", que me producían un miedo tan terrible que mi personalidad se vio afectada hasta lo más profundo.
Mis tejidos nerviosos llegaron a rozar mi tegumento, mi piel se hizo tan tierna y sensible como la de un niño, y mis ojos vertían torrentes de lágrimas debido al insoportable dolor físico y moral. Tirado por tierra, con la cara vuelta hacia el suelo, se reveló que yo era capaz de retorcerme y lanzar agudos aullidos como un perro a quien su amo golpeara con un látigo. Tenía tales temblores nerviosos que uno de los guardianes, al devolverme a la celda después de uno de esos tratamientos, me preguntó: "¿Es que tienes paludismo?" Cuando me tumbé en mi catre de tablas y me dormí, después de dieciocho horas de interrogatorio y ante el temor de una nueva sesión, fue mi propio gemido el que me despertó: mi cuerpo se hallaba sacudido por estremecimientos similares a los de los enfermos que mueren de fiebres tifoideas.
La aprensión provoca miedo, y el miedo reacciones de autodefensa.
"¡La muerte (oh, desde luego), la muerte es mucho mejor que eso!", se dice el detenido. También yo me lo dije. Y me acusé a mí mismo con la esperanza de que esas calumnias me condujeran al cadalso...
Vsiévolod Méyerhold

22 de mayo

La mañana en el Museo Pushkin. Me quedé un buen rato en la sala donde están los Matisse, tanto al entrar como a la salida. Verlos de nuevo equivale a un premio. Quise luego ir al pequeño Museo Gógol. Fue en ese apartamento donde él pasó las últimas crisis, allí quemó los cuadernos escritos durante años, incluso la segunda parte de Las almas muertas, allí pasó su larga agonía y vivió su última escena, patética y grotesca como todo lo que a él atañe. El sacerdote que lo torturó por varios meses, el padre Matéi, una mente cruel y desvariada, le había clavado alrededor de las fosas nasales un racimo de sanguijuelas (para sacarle la sangre mala y las mucosidades fétidas que emitía); agonizaba ya, recobraba la conciencia de vez en cuando, y en una de ellas, muy alterado, se trató de arrancar aquellos repugnantes animales, horrorizado por creer que los dedos del diablo se estaban apoderando de su alma. Con esa convicción murió, y estuvo en lo cierto, sólo qvie el demonio se llamaba Matéi y él no lo sabía. El lugar es pequeño, me parece recordar que tenía pocos muebles, no en muy buen estado, todos de la época de Gógol, quizás realmente

suyos. No pude entrar porque está en reparación. Solamente fui a ese lugar una vez, cuando trabajaba en la embajada, acompañado por Kyrim. Eramos unos siete u ocho visitantes en aquel momento más la anciana encargada de explicar la vida, la obra y los objetos del autor; todos comenzamos a actuar como personajes de Gógol, como si alguien nos hubiera hipnotizado o dado cuerda. No era un público intelectual ni estudiantil. Eran personas de condición modesta; uno pensaría que sólo entrarían a un museo si estuvieran a un paso de la puerta y se desencadenara de repente una terrible borrasca. Pero ése no era el caso. Pasé tal vez una media hora, o poco más, en aquel lugar fascinado por la conversación disparatada que surgió entre el mínimo grupo de espectadores y la directora, al parecer la única empleada, con ese aspecto que sólo tienen las señoritas viejas: frágil, trémula, sofisticada y modesta, una caricatura de ademanes y gestos de Marlene Dietrich y de Kay Francis, una voz silbante por querer ocultar la carencia de un diente frontal superior; los demás, hasta donde recuerdo, eran un viejo robusto y malhumorado, otro hombre de su edad, tímido y empavorecido, un joven sordo y una chica de su edad, tal vez su novia, que le traducía con las manos la exposición de la directora, y dos señoras maduras que se movían como muñecas de cuerda, sin pestañear, sin respirar, pero con vida, eso se sentía de inmediato. Creo que éramos todos. La vieja señorita nos contaba episodios intrascendentes de la vida de Gógol, tiñéndolos de una tonalidad moralista y didáctica; lo convertía en un escritor "positivo", "realista en la forma y nacional en el contenido", "progresista como el que más". El anciano tímido se atrevió, con voz empavorecida, a preguntar si su influencia había llegado hasta la Revolución de Octubre, y el otro viejo, el malencarado, el que desde el primer momento había asumido el mando, rugió: Boprosipatom! (¡las preguntas al final!). Cuando Kyrim me traducía al francés algo que no entendía o cuando yo le hacía un comentario, nos miraba con ferocidad y exigía respeto para la cultura rusa y para la obra revolucionaria del imperecedero procer en cuya casa estábamos. En otro momento, el mismo viejo conminó a la joven que le traducía al mudo el discurso de la vieja con el lenguaje de las manos, a ser discreta, y tratar de no llamar la atención con tantos movimientos, porque eso equivalía a un boicot a la cultura. En unos cuantos minutos se creó una tensión que nada tenía de terrible. Estaba claro que la situación tendría que desembocar en un final bufo, y comenzamos soterradamente a provocarlo. La vieja señorita, al oírnos hablar francés, quiso demostrarnos algunos conocimientos que seguramente no derrochaba a menudo. De repente dijo que Gógol escribía de pie como Hemingway, para que la sangre le irrigara mejor el cuero cabelludo y la fantasía floreciera como en un jardín de manzanos. El atrabiliario quiso saber quién era ese personaje que escribía de pie, y la dama con una cortesía burlona le respondió que era nada menos que Hemingway, un escritor norteamericano amigo de la Unión Soviética. "Responda, ciudadana, ¿por qué lo ha comparado con Gógol?" Y ella, vengativamente le respondió con el Boprosi patom! con que el viejo había hasta entonces abusado, y siguió esbozando la imagen de Gógol, pero ya no era de ninguna manera "positiva": se refirió a la primera salida del joven escritor al extranjero, cuando al desembarcar en Hamburgo le escribió a su madre que había salido de Rusia para curarse de una enfermedad venérea, una purgación terrible, difícil de curar en San Petersburgo, para luego, al final de esa misma carta, desdecirse y pedirle que no creyera nunca esa falacia que estaban esparciendo en San Petersburgo sus malquerientes, para desprestigiarlo ante el mundo y especialmente ante los ojos de su venerado Pushkin para que lo alejara de sí con asco. "Ciudadana, usted está llegando muy lejos en la insolencia, tenga cuidado, la estoy previniendo, hará bien en

recapacitar", pero ella ya se había disparado del mundo y comentaba que algunos contemporáneos de Gógol, durante los años de Roma, insinuaban que era un depravado, no porque les temiera a las mujeres, que eso era lo de menos, sino porque estaba marcado por obsesiones terribles, como la de enamorarse de jóvenes agonizantes, de cuerpos señalados ya por una muerte casi inmediata, que sin eso no se podría uno explicar la creación maravillosa de aquel loco genial, y calló. Todos aplaudimos con entusiasmo. El vejete atrabiliario comenzó a patear el suelo. Abrió una puerta y dijo: "La conmino, ciudadana, a que me confiese qué guarda usted aquí", y en ese instante el mudo lo empujó y las dos mujeres de mediana edad, que no se habían manifestado de ninguna manera, cerraron la puerta. Todos salimos corriendo de la casa museo hasta el patio central del edificio. La señorita le pidió a un portero que se acercaba a nosotros que sacara a un loco del museo. Y vimos entonces salir al estrafalario despotricando solo, sin que nadie entendiera palabra. El viejo tímido fue interrogado, y contestó que aquel hombre furibundo se había lanzado contra la directora, amenazándola con castigarla si seguía aclarándonos la vida de Gógol y de otros escritores rusos, que lo único que deseaba es que le hablara de un escritor americano que escribía de pie, y de eso dieron fe las dos mujeres, y el loco fue conminado a no hacer más escándalos en lugares públicos, y que diera gracias de que a esa hora no había un miliciano de guardia, que si hubiera estado, ya vería cómo le habría ido por amenazar a aquella anciana, custodia de la cultura rusa. Ahora que escribo, creo que exagero, que todo entonces fue muy rápido, muy cotidiano, más loco y gogoliano, muchísimo más divertido, y no tan pretencioso, efectista, falso desde el principio como lo he escrito ahora. ¡Las preguntas al final! Almorcé hoy en el Bakú, con amigos diplomáticos, cuadros medios de la carrera, dos de ellos especializados en asuntos culturales. El Bakú es uno de los mejores restaurantes de Moscú, comida y música de Azerbayán, un público diferente al de los demás lugares, muchos rostros del Cáucaso, georgianos en especial. Me parecía qvie asistía a la réplica de alguna conversación sobre la Perestroika con diplomáticos en Praga. Más animada, desde luego, por estar en el centro de los acontecimientos. El anfitrión es un amigo brasileño, Antonio, conocedor de arte, coleccionista, con amplias lecturas, hijo de un maestro de estética; he coincidido en dos puestos con él pero por muy poco tiempo, cuando uno salía llegaba el otro; el gusto por las letras me unía a él más que a otros diplomáticos a quienes he tratado en varias ciudades por largos años. Estaba Angelo, también "cultural" a quien conocí en Hungría hace años en el Instituto Italiano de Cultura en Budapest, y al que volví a encontrar a mi llegada a Praga. Se fue pocos meses después, no lo imaginaba en Moscú. A él le debo dos escritores que me han sido fundamentales. En Budapest me habló con entusiasmo de un joven austríaco y sus obras y me envió de regalo Trastorno en italiano, fue mi primer contacto con Bernhard; y en Praga, a mi llegada, me dijo que la mejor clave para entender la cultura de Bohemia está en Ripellino, su tocayo Angelo María Ripellino, de quien también me envió Praga mágica. Por alguien de la embajada de México se enteró casualmente de que iba a pasar unos días en Moscú y le sugirió a Antonio, el brasileño, invitarme a ese almuerzo. La reacción ante lo que ocurre en el mundo es en buena parte una cuestión de biotipos: el pesimista, el escéptico, el optimista, el que sabe que en derredor suyo todos son ingenuos, por no llamarlos de otro modo más rudo, el que cree ser el único que posee la verdad, el que no se interesa en nada, el estudioso, el holgazán, el sensual, el adusto, etcétera. Dicen que de semana en semana cambia aquí la situación, las alianzas interiores se rompen con frecuencia, surgen otras imprevisibles, hay provocadores en las altas esferas

para crear pánico en las masas. Se mantiene una labor de zapa para que los alimentos se pudran en los campos y no lleguen a las ciudades, los trenes y aviones no partan a tiempo y los salarios no estén disponibles los días de paga. Parecería que hubieran pasado décadas si se piensa que apenas hace dos años Gorbachov comenzaba cautamente a introducir nuevos términos en el discurso oficial. En aquella época las repúblicas del Báltico eran sus mejores aliados, ahora hay conflictos con ellas. Las fuerzas se están radicalizando peligrosamente. En unos sectores todo es entusiasmo, en las universidades sobre todo, entre los intelectuales, pero en otros la resistencia es imponente. El país podría quedar parado con una huelga general de mineros. A varios escritores que en mis tiempos se movían en la esfera liberal, con posiciones críticas, como Valentín Rasputin, el siberiano, les ha asustado el ritmo de los cambios, cree que la influencia occidental es excesiva, y se ha aliado con un grupo deplorable. Como él, hay otros que en tiempos de Jruschov pasaban por liberales y ahora son lo contrario. Algunos de los diplomáticos de la comida no confían en Gorbachov, ni en la posibilidad de que algo serio suceda en el país porque piensan que es un farsante, que utiliza una fachada libertaría para confundir a Occidente, intenta que los americanos se descuiden para que cuando lo advierta, hayan ya firmado documentos sobre desarme que pongan en peligro al mundo entero; o porque sabe muy bien que la Perestroika no puede triunfar porque los rusos no están educados para la libertad, no la quieren, no es parte de su cultura. La Rusia profunda rechazará todos los cambios porque el elemento sagrado es aquí en esencia pagano, panteísta: la tierra, el bosque, los inmensos ríos, la Naturaleza sigue siendo la deidad mayor; Gorbachov sabe muy bien todo eso, pero esta excitación nacional le sirve para deshacerse de sus oponentes. A cada momento hay un funcionario que cae, un político poderoso que sale con una larga comisión técnica al Ártico o como embajador en África. Cuando se haya deshecho de todos, se olvidará de la democracia, de la creación sin censura y se convertirá en un zar como los otros. Ésos y otros argumentos escuché. Al terminar la comida, mi amigo italiano, Angelo, me dice que jamás hubiera pensado vivir un momento tan formidable como éste, tocar la historia con la mano. Le conté mi conversación de ayer con Markov en la Asociación de Escritores, lo de la bancada ucraniana que podría frenar cualquier novedad. "En efecto", dice, "están nerviosos, lo que pasó con los cineastas los tiene al borde de la histeria, jamás pensaron que algo así pudiera suceder. Nadie, absolutamente nadie podía prever que Bondarchuk hubiera tenido que irse con los brazos cruzados a su casa, ni siquiera los propios cineastas rebeldes. Tal vez los escritores no den pasos tan trascendentales en su congreso, pero es posible que obtengan una ampliación del espacio creativo. Si los literatos duros permanecen, que Dios no lo quiera, tendrán que hacer más concesiones de las que había en tus tiempos. Claro, gritarán, amedrentarán, parecerán más intolerantes que nunca, ya ahora sus lemas son atroces, los expresan groseramente, como si Stalin y su pistolero Zhdánov hubieran resucitado, pero eso, me imagino, es de boca para fuera. Han perdido muchísima fuerza." En la noche, Gógol de nuevo, esta vez en el Sovremenik, un teatro perfecto, una soberbia función de El inspector. Cuando los rusos son buenos en el teatro, nadie les gana, son supremos. Jlestiakov, el falso inspector general, es un joven perdulario, un imbécil y un frívolo, como lo requiere el texto; esta representación hubiera podido ser sólo un graciosísimo juguete cómico y estaría ya bien, pero en cambio adquiere una notable complejidad, se transforma en un juego de claroscuros sin dejar de ser inmensamente divertida. El supuesto inspector, a pesar de su insignificancia y su vacuidad evidentes, es una encarnación del mal. En la primera escena aparece subordinado a su criado sin darse

siquiera cuenta de ello, su cerebro a pájaros no se lo permite. Jlestiakov es anémico y descolorido, inexistente; el lacayo, en cambio, rotundo y activo. El es el cerebro y Jlestiakov su instrumento, un muñeco modelado con plastilina. Adquiere la forma que le imprimen los demás personajes; obedece a reflejos, se mimetiza de inmediato, las palabras que pronuncia son las que su interlocutor anhela oír. Es la voz de su amo, y el amo es Osip, el sirviente. En esta puesta en escena se acentúa el aspecto casi psicopático de esa relación, y el clima de terror que cualquier don nadie puede causar en un entorno. Estamos frente a un mundo aterrorizado por un orate grotesco, un pelele, manejado como un muñeco de cuerda, un gólem de pacotilla. En el vestíbulo del teatro hay una gran fotografía de Jlestiakov en una puesta en escena de 1926 realizada por Méyerhold. El actor se llamó Erast Garin, está caracterizado y vestido de manera ridicula y macabra, una figura expresionista, semejante al personaje que actúa Conrad Veidt en El gabinete del Dr. Caligari. Me recordó a momentos una versión genial dirigida por Erwin Axer en Varsovia de El irresistible ascenso de Arturo Ui, de Brecht, en donde muestra cómo una banda de pistoleros inventa a un capo y lo transforma en soberano absoluto de un estado. La escenografía muestra un mundo atestado de legajos oficiales amarillentos, rasgados, manchados de cagarrutas de moscas que añaden a ese espanto el marco burocrático. El ritmo es genial, acelerado, delirante. El joven, formidable actor que lo interpreta, se llama Vasili Michenko. Ha pasado un rato largo, estoy en mi cuarto, pero me parece no poder ni querer salir del teatro. Mañana volaré a Leningrado.

Retrato de familia. I

Arrebatados cuan lejos, Marina, y cuan dispersos aun en el más íntimo pretexto. Donadores de signos, no más.
Rainer Maria Rilke

He pasado los últimos meses leyendo a Marina Tsvietáieva. Entre mis libros rusos tengo las ediciones de Moscú de 1979 y 1984, todas las traducciones al castellano, debidas a la pasión de Selma Ancira, las italianas prologadas por Serena Vitale, la poesía en francés y un amplio volumen de prosa en inglés con texto preliminar de Susan Sontag, así como las biografías de Anastasia Tsvietáieva, su hermana, Simón Karlinski y Veronique Lossky. Los fui adquiriendo desde hace varios años, y sin embargo había leído sólo a trozos, sin continuidad alguna. En tiempos del deshielo, el periodo que sucedió a la revelación de los crímenes de Stalin, su nombre se me hizo familiar. Ehrenburg en sus memorias resalta su importancia en la poesía rusa y se convierte en el abogado de su sombra, de las de Mándelstam y Babel, para reeditar sus obras y mostrarlas a una generación que nada sabía de su paso por la vida y del esplendor que introdujeron al idioma. Durante mi estancia en Moscú, estuve presente en infinitas reuniones donde siempre había alguien discutiendo hasta la madrugada los enigmas que su vida y la de su familia concitaban. Si fue o no cierto que en su fase final en Moscú, en sus años de proscrita, de apestada, se había encontrado con Anna Ajmátova, y si lo fue, qué sucedió en aquellas visitas, de qué hablaron, en qué tono, con qué resultados. Unos decían que en una larga caminata por los bosques, una tarde de invierno, envueltas en chales de lana, Ajmátova le recitó de memoria su Réquiem, mientras Marina movía los labios y las manos simulando estar conversando, o discutiendo de algo, para confundir a sus observadores de oficio. Otros sostenían que esas veladas no

tuvieron ningún calor, que Ajmátova temía a Tsvietáieva, que conocía su temperamento destemplado, su arrogante imprudencia, de modo que en las dos únicas veces que se vieron, ella se mantuvo a la defensiva, la trató con educación, porque era una verdadera dama, y también con compasión por su tragedia, porque su corazón era inmenso, y así todos daban versiones diferentes siempre elogiosas de Ajmátova, una mujer adorada por todos, y juraban que provenían de personas absolutamente confiables: el médico de alguna de ellas, o una amiga de Anastasia, la hermana de Tsvietáieva, con quien compartía la casa, o un maestro que las conoció a ambas, y podían pasarse noches enteras en recorrer las listas de amores que se le conocieron a Tsvietáieva y lo calamitosa que podía ser en ese sentido, una peste, una ladilla, por la persecución a que sometía a jóvenes que la admiraban como escritora o por su personalidad irrepetible, por todo lo genuino que había en ella, pero que no podían ni querían responder a sus demandas ya que poseían una sexualidad diferente que los colocaba en situaciones imposibles. Y sobre ese tema podían extenderse hasta lo infinito porque algunos de mis amigos eran estudiantes de teatro y habían sido alumnos y de alguna manera también amigos de quienes fueron, medio siglo atrás, los efebos asediados por la libido desmedida de aquella intrépida amazona. Y si se hablaba de la familia Efrón, de Marina, de Serguéi el marido, de Ariadna, la hija que acababa de morir en aquellos días (cuando yo trabajaba en Moscú), de Mur, el hijo, era cosa de jamás acabar. Uno de los mayores enigmas que seguramente ya no lo ha de ser ahora, puesto que se pueden consultar los archivos de la KGB, es por qué, si Serguéi Efrón, el marido, era un agente importante del espionaje soviético, como algunos señalan, vivió siempre con su familia en una miseria que rozaba la mendicidad. Había yo leído poemas en antologías de la poesía rusa, algún relato y muchos artículos sobre ella. Por incitación de Selma Ancira comencé este año leyendo a la gran poetisa; me estrené con las pruebas de prensa de un libro de 1929 sobre la pintora Natalia Goncharova, que ella acababa de traducir, y he seguido leyéndola hasta hoy.

El siguiente libro en ese maratón de lectura fue Un espíritu prisionero, recién publicado por Galaxia Gutenberg, en Barcelona. El ensayo más relevante del libro es una espléndida semblanza de Andréi Bély, escrita en 1934, al enterarse de la muerte del célebre autor de Petersburgo. La escritura de Tsvietáieva en los años treinta alcanzó una distinción notable y su prosa fue absolutamente original; todo ensayo en su pluma se convierte en una búsqueda del propio ser y de su entorno, lo que, claro, no es novedoso, pero sí lo es el tratamiento formal, la segura y audaz estrategia narrativa. Ella inventa una construcción diferente del discurso. En su escritura de ese periodo, los treinta, siempre autobiográfica, todo se transforma en todo: lo minúsculo, lo jocoso, la digresión sobre el oficio, sobre lo visto, vivido y soñado, y lo cuenta con un ritmo inesperado no exento de delirio, de galope, que permite a la misma escritura convertirse en su propia estructura, en su razón de ser.

Un espíritu prisionero es el ejemplo perfecto de este tipo de ensayo que escribió en sus últimos años; consiste en la creación de una atmósfera, retratos incompletos, no le interesa hacer biografías, pocos datos, más bien tics, extravagancias, digresiones sobre la escritura, el entorno, fragmentos de conversaciones, un sentido del montaje tan efectivo como el de Eisenstein; nada parecería importante, pero todo es literatura. La relación de amistad entre Bély y Tsvietáieva fue breve, unos cuantos meses, dos o tres nada más, en el animado Berlín de 1922, mientras Marina espera a su marido al cual no ha visto en siete años, que deberá recogerla para irse a Praga donde él estudia filología en la Universidad Carolina. Bély le imploró conseguirle un cuarto cerca del suyo, porque Berlín lo deprimía, temía

morirse, le traía a todas horas malos recuerdos, su esposa se había fugado con alguien impresentable, decía, lo había abandonado para siempre, y a Moscú no se atrevía a volver, pues antes de salir había quemado para siempre todas las naves, de modo que un regreso podría ser peligroso, fatal. Tsvietáieva consiguió la habitación, pero él no recibió su carta porque en su desesperación había regresado a Rusia, de donde jamás volvió a salir. Tsvietáieva se enfureció por ese paso en falso, sin suponer que ella haría lo mismo, en circunstancias peores y, desde luego, con resultados fatales.

Las ediciones de Tsvietáieva, así como sus biografías, están ilustradas con fotografías de la escritora y los demás dramatis personae que la rodean. Ver los rostros de los personajes de esta tragedia, a través de las circunstancias temporales, significa leer una escritura más profunda. La primera foto que aparece en Un espíritu prisionero es la que prefiero; se trata de una pareja elegante, con una armonía interior que ilumina las figuras y el paisaje. Los personajes están sentados en la hierba de un bosque posiblemente cercano a Moscú. Parece ser un otoño muy entrado o el inicio suave del invierno. Llevan abrigos fuertes, bufandas de lana y cabeza cubierta. En ese instante evidentemente son felices; eso se deja ver en cada milímetro de la foto, desde luego por estar juntos en aquel hermoso bosque, me imagino, y, sobre todo, por volverse a reunir en su país natal, que habían abandonado muchos años atrás. Son un padre y una hija: Serguéi y Ariadna Efrón, es decir el esposo y la hija de Marina Tsvietáieva. La fecha de la foto es 1937, cuando la hija decidió regresar a Moscú a trabajar en una agencia de prensa, y también el año en que llegó Efrón, meses después, huyendo de la policía francesa que consideraba podía estar inmiscuido en un crimen político. Ni una sombra de preocupación se advierte en el cuadro rebosante de felicidad que revela la fotografía: un puro idilio. Menos aún se podría vislumbrar la tragedia que se iba a cernir muy pronto sobre ellos. En los momentos de esa dicha, Marina Tsvietáieva y Mur, el hijo menor, permanecen en Francia en condiciones económicas desesperadas, sin amigos, sin techo, rodeados por una hostilidad general. Pasan dos años y al fin la familia se reúne en una aldea, a un paso de Moscú. Dos meses después, Ariadna es arrestada y posteriormente condenada a ocho años de trabajos forzados en Siberia; a los pocos días Serguéi Efrón sigue el mismo destino, pero su condena es más dura: la pena capital. El segmento filomarxista de la familia desaparece sorpresivamente, y no en espacio enemigo, sino en el supuestamente propio. En cambio a Marina, la aristócrata, la que ha escrito poemas elegiacos a las guardias blancas, la que proyecta un poemario en el que cantaría la grandeza de la familia del zar, la enemiga de los bolcheviques, no se le toca; pero queda desprotegida en Moscú, con atroces dificultades económicas, en un mundo de terror, donde varios de sus amigos cercanos han desaparecido, secuestrados también por la policía política. El príncipe Sviátopolk-Mirski, su amigo, el más sutil historiador de la literatura rusa, el primero que la elogió en el extranjero y con eso concitó hacia ella el odio tribal de los rusos de París, retornado también a la patria y convertido al marxismo, desapareció como su hija, su marido y su hermana Anastasia, cuyo apoyo daba por seguro. Algunos otros amigos corren peligro, les han requisado sus casas, no pueden ayudarla. Ella no lo entiende. Supone, como la totalidad de los rusos exiliados en París, que cualquier intelectual que no combatiera abiertamente al gobierno tiene poderes especiales en el interior. Llega la guerra mundial; los alemanes cruzan las fronteras soviéticas. El caos es inmenso. Marina y su hijo pasan de un cuartucho a otro en un Moscú cada vez más precario. Gueorgui, el querido Mur, a quien ha tratado toda la vida como una mera extensión de su cuerpo y de su espíritu, se rebela: la acusa de destruir a su padre y a su

hermana debido a actitudes irreflexivas, falta de tacto y soberbia; de ese modo, seguramente dentro de poco acabarían con ellos. Es el golpe más fuerte. Aquel hijo envuelto siempre en papel celofán para no ser tocado ni por el aire le reprocha su poca intuición para sobrevivir, la hostiga, la hace responsable por hacer todo lo que no debía hacerse. En efecto no sobreviven, Tsvietáieva acaba por suicidarse en 1941 y Gueorgui es enviado como interno a una escuela para hijos de padres enemigos de la patria, luego se incorpora al ejército y marcha al frente, donde, por supuesto, sucumbe, parece que en 1944.

De ellos sólo Ariadna sobrevive y resiste con inconcebible energía los ocho años de campo de concentración. En 1948, al cumplir su condena, es liberada, para meses después ser arrestada otra vez y sentenciada de por vida a residir en una región atroz de la Siberia Boreal, en un clima donde los termómetros llegaban a registrar hasta cincuenta grados bajo cero, donde soporta aún seis años, hasta ser rehabilitada a la muerte de Stalin. En circunstancias infrahumanas, Ariadna comienza a establecer, desde aquel punto perdido en los mapas, contacto con familiares y amigos de su madre, escritores contemporáneos, editores, redactores, todos aquellos que pudieran tener conocimiento del paradero de los papeles de su madre. Tsvietáieva, antes de volver a Moscú había depositado en un instituto literario de Suiza algunas carpetas con escritos que podían poner en peligro a la familia, los poemas políticos en elogio de los blancos: Campamento de cisnes, Perekop, y los fragmentos de uno último aún no terminado: La familia del zar, o tan íntimos que le resultaría letal saber que hubiesen sido leídos por ojos enemigos, una mínima gota en el inmenso mar de su producción. Lo demás, todo, puede decirse, quedó desparramado en casas de amigos, o de gente que fue amiga y se volvió enemiga, o que le negó el acceso por miedo a comprometerse. Al volver del exilio, Ariadna hurgó las señas de redacciones de Moscú, Berlín, Belgrado, Praga, París, y se informó de ediciones difícilmente localizables y textos publicados en revistas y periódicos inexistentes desde hacía décadas, y también los inéditos. Gracias a la metódica y sacrificada actividad de su hija, el cuerpo de la obra quedó completo, salvo algunas astillas menores. Casi todo lo recuperado ha sido publicado. Ariadna, antes de morir, entregó en custodia a un Instituto de Literatura soviético varias carpetas que consideró inconveniente dar a conocer antes del año 2000. Este legado podrá darnos grandes sorpresas. Es posible que algunos enigmas queden aclarados. La respuesta a la obra de Tsvietáieva ha conocido en las dos últimas décadas un carácter de epifanía, una revelación inmensa e inesperada. Durante los años del comunismo de guerra, en época de hambruna, de caos, de incertidumbre, solas en un Moscú caótico, cuando Serguéi Efrón estaba fuera, adscrito al ejército regular zarista y luego al Ejército Blanco del general Wrangel, la pequeña Ariadna fue la amiga más cercana de su madre, su confidente. A ratos Marina se volvía niña y en cambio la hija se transformaba en un fenómeno raro que asombraba a todos; leía lo que leía la madre, hablaba como ella, declamaba a Rilke y a Homero; los amigos de Tsvietáieva se quedaban atónitos ante su presencia. Era la primera a quien la madre le leía sus versos, sus textos en prosa, las cartas a sus familiares, colegas, amigos. Y la niña opinaba como si estuvieran entre pares sobre el ritmo, o la eficacia de tal o cual efecto que podría perfeccionar su escritura. Una década más tarde, en Checoslovaquia, al nacer su hermano Gueorgui, llamado Mur desde la cuna en homenaje al fabuloso gato de Hoffmann, Ariadna quedó desplazada y durante algún tiempo estuvo en un internado para niños rusos en el campo checo. Al regresar a su casa, aquel fenómeno infantil que manejaba la retórica con virtuosismo inconcebible se había transformado en

una niña al borde de la adolescencia, casi normalizada. Se aleja de la madre, para quien Mur lo es todo, y cada vez más se acerca al padre, ese ser melancólico, delicado siempre de salud, relegado por todos, impotente ante la vida, o al que quería ver así. A partir de entonces, vivió a su sombra, y aceptó sus ideas. Para Efrón los años pasados en el Ejército Blanco fueron una pesadilla; quedó traumatizado por ellos. Por parte de padre era judío; su madre, aristócrata, fugada muy joven de su casa, militante de sociedades terroristas, pasó varios periodos tras las rejas, y terminó suicidándose, igual que su hijo mayor, al final de un juicio del que con seguridad hubiese sido condenada. El antisemitismo era una enfermedad endémica en los sectores reaccionarios del país; en Crimea, en la Galitzia ucraniana los progroms estaban a la orden del día. Cortarles las barbas a los judíos, destrozarles sus comercios, golpearlos era algo normal, un alegre deporte, sin importar que las víctimas fueran viejos, mujeres o niños. Si alguno moría de la golpiza, Nuestro Señor no se enojaría por ello, es más, hasta podría añadir indulgencias para rebajarle algunos pecados al golpeador. Incorporarse y vivir durante años entre esa gente que con toda naturalidad odiaba a alguien como él, judío, enfermizo, literato, no retirarse a tiempo, fue una de las mayores equivocaciones de esta historia. Por supuesto, hubo muchas otras más.

Durante siete años parece que se vieron sólo una vez clandestinamente, o de algún otro modo se valió él para darle a Marina noticias de su vida y anunciarle que derrotado el ejército del zar se incorporaría al Ejército Blanco en Crimea. La movidísima vida de Marina en Moscú en este tiempo es muy conocida; ella la tiene registrada en magníficos ensayos autobiográficos. Pasó miseria y hambre, aunque no parecía notarse demasiado porque medio mundo vivía de la misma manera. Por gestión de un conocido, después de morírsele su segunda niña por falta de recursos, consiguió una credencial para recibir una pequeña mensualidad y bonos alimenticios. Escribió varios libros que contribuyeron a afirmar su presencia literaria. Tuvo una vida amorosa variada, atropellada, intensa, exaltada y desdichada al mismo tiempo. Escribió un libro sin posibilidades de edición que consideraba el mejor de los hasta entonces escrito: Campamento de cisnes, poesía civil, épica, el saludo a los mejores, los blancos, los combatientes contra la hidra revolucionaria de mil cabezas, los caballeros del bien entre quienes se contaba su amado Serguéi. En tantos años de no verlo, lo había convertido en una figura épica, era Sigfrido, era Parsifal y muy rara vez el pobre y enfermizo Serguéi, esa bella y dócil criatura con la cual había contraído nupcias en la adolescencia, de quien no sabía si estaba aún vivo, combatiendo contra el mal y por el bien de Rusia o enterrado en el sur en una tumba sin nombre. Al encontrarse por fin en Berlín, ella le presentó de inmediato a Andréi Bély, el gran simbolista ruso, presintiendo que se harían buenos amigos. Tsvietáieva escribió la escena: "Recuerdo la deferencia acentuada de Bély hacia él [Serguéi Efrón], la atención a cada una de sus palabras, la avidez particular del poeta por el mundo de la acción, una avidez con una pizca de envidia... no olvidemos que todos los poetas del mundo han amado a los militares". A Efrón nada le parecía más repelente que su reciente pasado militar; no lograba olvidar las humillaciones recibidas durante esos años, las crueldades con las que convivió. Le costó a Marina entenderlo, y más aún oírle decir que el movimiento político que se desenvolvía en Rusia era muy complejo y muy difícil entenderlo desde Europa, por eso los rusos cultos, como ellos mismos y sus amigos, no lograban comprenderlo; todos estaban educados a la europea, insistía. Rusia es sólo parcialmente europea, la otra parte de su espíritu es asiática. Cuando llegó a Berlín él leyó esos poemas ditirámbicos de su mujer a esos cisnes que sólo con la elegancia de su plumaje hubieran podido derrotar a los

bolcheviques. Le dijo que nada de eso tenía sentido, ni estético ni ético. Publicar ese libro sería un error moral. Su prestigio quedaría manchado. Sería un agravio a los judíos asesinados por los cosacos, y a los mismos campesinos rusos despojados por los blancos, "sería un agravio a tu inteligencia y a la poesía", le dijo. "Lo mejor que puedes hacer", insistía, "es destruir, quemar esos papeles, y olvidarte de ellos. No son cisnes, Marina, son buitres, créeme." Marina se quedó muy perturbada, dejó de defender su obra en público porque Serguéi se lo impuso. Le encantó su tono militar, era una orden; pero no destruyó los poemas.

En los años de ausencia había inventado a un marido. No sabía después cómo tratarlo. El amor por él no era constante, se exaltaba y se diluía. Así fue siempre. En 1915 le escribía a su cuñada: "Amaré a Seriocha toda la vida, me siento infinitamente cerca de él y no lo abandonaría por nadie. Le escribo casi a diario. Él sabe todo lo que me ocurre. Trato de hablarle poco de la cosa más triste (la muerte de Irina, su segunda hija). Tengo un peso terrible en el corazón. Todas las mañanas me despierto con ese peso".

Y sin embargo en esos mismos días ella vivía una pasión tumultuosa y a la vista de todos con Sofía Parnok, una poetisa de segundo rango.

El reencuentro en Berlín fue difícil. El tiempo los había cambiado. Eran otros y desde entonces lo siguieron siendo hasta el fin. Serguéi descubrió que en el poco tiempo que Marina pasó en Alemania esperándolo, mantenía relaciones amorosas con alguien más. Se lo escribió a un amigo común, el poeta Voloshin, en cuya casa de campo en Yalta se conoció la pareja. En esa carta decía que había descubierto que Marina tenía un amante; ofenderse por eso no tenía sentido, siete años habían pasado sin verse y en todo ese tiempo ella había sido libre como lo habían convenido al casarse. Le escribía por algo más serio, anunciarle que primero había pensado disolver el matrimonio, y decidido abandonar a Marina. Lo enfermaban sus estúpidos amoríos, que el último amante, del que ella decía estar apasionada como nunca, era un hombre deleznable, un Casanova de segunda categoría; que su pasión de joven por ella había desaparecido, que había pensado dejarla sola, pero reflexionando más tarde decidió sacrificarse, pues sabía que Marina era débil y no lograría sobrevivir esas malas experiencias sin ayuda suya. Marina, por su cuenta, le escribía a una amiga que le era imposible vivir con Serguéi, que su sola presencia le corroía el alma. Pero sabía que sin ella él perecería, "después de todo, vine desde tan lejos para reunirme con Serguéi. Sin mí se acabaría, por la sencilla razón de que es incapaz de manejar por sí mismo su vida". Ambos se convencieron de haberse sacrificado el uno por el otro para salvar su matrimonio. Para Marina la crisis fue intensa, grave, salió de ella destrozada en alma y cuerpo, pero como era sabido, cada uno de esos desastres invariablemente potenciaban sus poderes creativos. A partir de entonces, el matrimonio revistió otra forma. Efrón perdió cara ante sus compañeros en Praga; la cercanía del amante de Marina le resultaba extremadamente violenta, habían sido amigos desde jóvenes, ambos oficiales en el Ejército Blanco, y en Praga estudiaban juntos en la Facultad de Filología. A partir de entonces se inicia la intimidad entre padre e hija. Un pacto tácito de solidaridad para toda la vida.

No deja de ser paradójico que, desaparecidos todos, y de la manera atroz como se consumó el fin, el legado literario de Marina Tsvietáieva perdure gracias a esa hija tan alejada de ella en los quince últimos años de su vida, y que ella haya puesto toda la energía que le restaba después de sufrir quince años de castigo, para ordenar su archivo, reunirlo y clasificar los textos inéditos y su correspondencia. No se convirtió en una vida vicaria, sino

triunfante. En sus últimos veinte años, Ariadna fue la madre de Marina, su conductora, el ama de su destino. Sin ella, no la podríamos leer.

23 de mayo

Sí, otra vez en Leningrado. Contra todo lo previsto el tiempo es magnífico, perfectamente luminoso y casi tibio. Me instalaron en el Europeiski, el hotel imperial donde estuve alojado la última vez hace siete u ocho años, para estar presente en la inauguración de la muestra de Orozco en el Ermitage. A media mañana hice una visita de cortesía a la Unión de Escritores de la ciudad, un palacio bellísimo con interiores rococó que combina fatal con los muebles de oficina soviética y sobre todo con las funciones de ese cementerio. En ningún momento pude acercarme a un tema actual. Se me ocurre que de Moscú habrán informado lo mal que me porté allí y que hayan dado instrucciones para que en la reunión con escritores locales me mantengan callado. Los escritores que me recibieron sólo hablaron de literatura (por así decirlo) y tan sólo sobre la importancia del paisaje en la narrativa rusa. Hablaban y gesticulaban con brío; aún no terminaba uno su monólogo, cuando ya otro salía en su relevo, un juego de preguntas y respuestas. Alguien hacía una pregunta retórica y artificiosa como ¿no es, acaso, la literatura rusa soviética la que más ha enaltecido a la naturaleza, desde la revolución hasta nuestros días?, cuando el de enfrente respondía: Pero, claro, desde luego, el bosque, el río y el mar son los temas que nosotros más cultivamos, también el desierto, la estepa, la tundra, lagos tan grandes que parecen océanos, todo lo tenemos y a todo le cantamos. Y sólo faltaba que aparecieran balalaikas y se pusieran a cantar en honor de cada una de esas conformaciones de la costra terrestre y también, de paso, de la fauna y los minerales; y entre tanto bebíamos café, comíamos galletas, postres; y cuando los platos se vaciaron, se pusieron de pie, me agradecieron la visita, me acompañaron al portón y cuando me di cuenta estaba ya en la calle. Por la tarde, una obra de teatro rusa contemporánea sobre problemas familiares, la incomunicación entre generaciones; me aburrió tanto que aproveché el intermedio para escabullirme. Me lancé a la calle y caminé, caminé, caminé durante varias horas. ¡Qué esplendor! ¡Vaya!¡Nada tan espléndido, intenso y trágico como esta ciudad! ¡Qué melancolía! Un trozo del paseo lo hice conversando con un periodista uzbeko, a quien conocí en la librería de lance de la calle Gorki. Hablamos, hasta donde me daba el ruso, de literatura y de ciudades. Se asombró de que conociera su país: Tashkent, Samarcanda, Bujara. Tampoco él quiso hablar sobre la actualidad política y social del país, y desvió las pocas preguntas que aventuré, como si no tuviera el menor interés por lo que sucedía en esos días, lo que significa que los movimientos actuales no le resultaran gratos, o que fuera excesivamente cauto y, al no conocerme de nada, lo mejor sería mantenerse en silencio para evitar un conflicto en su trabajo, por ejemplo. Llegué a mi cuarto hace una media hora. Leí unas cuantas páginas de La nave blanca, de Chinguiz Aitmatov, y subrayé algunas líneas: "Se dice, y no en vano, que la gente no perdona a quien no se sabe hacer respetar. El no lo sabía... Era un buenazo, y a primera vista se le notaba esa ingrata calidad humana". Luego entresaqué de una revista italiana otra cita de un diario de Canetti. El día que la escribió cumplía cincuenta y cinco años: "Quiero aprender otra vez a hablar, a los cincuenta y cinco años: no se trata de aprender una nueva lengua, sino de hablar. Desprenderme de los prejuicios, aun cuando no quede otra cosa importante. Volver a leer los grandes libros, los haya leído o no. Escuchar a la gente, sin desear vencerla, sobre todo a la que nada tiene que

enseñar. Dejar de pensar en el miedo como medio de consumación. Combatir a la muerte, sin dejar de llevarla en la boca durante todo el tiempo. Con un único lema: valor y honradez..." Yo, el que transcribe esos pensamientos, cumpliré dentro de tres años los cincuenta y cinco... los que tenía Canetti cuando escribió esas palabras... Aprender el lenguaje, aprender a hablar, y aprender que no tiene uno que desear ser respetado... que la vida es otra cosa mucho más misteriosa y más sencilla... por ahí debe estar el camino. Me esforzaré en el intento, con valor y honradez, hasta donde pueda. ¡Ojalá!

24 de mayo

Amanecí con un mal humor del carajo. Aún no acabo de saber si iré a Georgia, y de ser así, cuándo y por cuántos días. Hice un largo recorrido por las partes del viejo Leningrado. Advierto que no sé nada de la ciudad, o muy poco. Me pasa lo mismo cuando vuelvo a Roma, en donde viví unos meses en plena juventud, a Venecia, a donde he ido en muchas ocasiones, y a Praga, donde resido desde hace tres años. Me emociono al llegar y me quedo atónito ante el esplendor de esas ciudades deslumbrantes, me doy cuenta de que sigo enamorado de ellas, pero descubro también que estoy muy lejos de conocerlas, que no he logrado traspasar el umbral, que a duras penas voy acercándome a ellas, y a veces ni eso. Se me ha vuelto una necesidad inaplazable releer Petersburgo, de Andréi Bély, tal vez la novela rusa más importante de este siglo. Mann la leyó en su juventud y esa lectura lo marcó para siempre. Detestaba entonces que la novela no se hubiera quedado en Stendhal, Tolstoi o Fontane. Eran extraordinarios, quién podía dudarlo, pero en Bély encontraba una forma paródica, casi secreta. Las escenas cumbres, los climax violentos en que abunda el relato están bañados de una suave sorna que casi nadie percibió en su tiempo. Él sí, y comenzó a estudiar la construcción de situaciones que pudieran combinar el pathos con la caricatura. Las manchas de la tuberculosis en los pulmones de Mme. Chauchet contempladas en una radiografía por Hans Castorp y el espasmo verbal, la riquísima retórica con que ese joven nos pone al tanto de su pasión amorosa a través de esas manchas, son un ejemplo. Me gustaría leer las otras novelas de Bély: Las palomas de plata y Kotik Letaev, la más experimental, un monólogo intrauterino que lucha, a través de balbuceos, por alcanzar algún sentido, y más aún, empaparme de la literatura asombrosa de principio de siglo al final de los diez y los veinte: Ajmátova, Rozánov, Kuzmín, Tsvietáieva, Mándelstam, Tiniánov, Pasternak, Platónov y Jléknikov, para algunos este último es el poeta formalmente más radical de la época. Tanto Sklovski como Ripellino, que lo han estudiado a conciencia, están acordes en que es el auténtico transformador de la lírica rusa, que la libera del simbolismo y la dirige a la vanguardia, al futurismo concretamente. Por la tarde, una excursión agradable a la casa museo de Repin, pintor de fin de siglo; los rostros que conocemos de las grandes figuras del XIX se los debemos a él: Tolstoi, Turguéniev, toda la flota. La casa está en la península de Karelia, a unos cuantos pasos de la frontera de Finlandia. Me aburrí en la excursión, seguí rumiando mi pesar de haberme distanciado de los rusos. Hay sólo un libro mío que no me hace ruborizar, Vals de Mefisto, tal vez porque cuando lo escribí, el dilatado periodo que viví en Moscú me había sumergido de tiempo completo en esas aguas. Y en la noche en el Teatro Mali, un Eugenio Oneguin perfecto. De Tchaikovski lo único que realmente me interesa son sus óperas. Orquesta, voces, dirección musical y de escena, escenografía, todo resultó notable en esa ópera maestra. Salí del teatro refrescadísimo. Feliz por descubrir que mi amor a la ópera

no se ha extinguido, como a veces había temido. ¡Qué bodrios tuve que soportar en México en los últimos años! Recuerdo unos Puritanos de Donizetti, que me llevó a ver Luz del Amo en Bellas Artes para tranquilizarme la noche anterior a mi examen de regularización en el Servicio Exterior, y aún se me repiten los escalofríos al recordar tal función. Pero también en Praga puede uno conocer esas amarguras: por abulia, por desolación, por haraganería, la ópera se ha convertido en algo tedioso, salvo cuando llega una figura internacional importante, entonces los cantantes y la orquesta dan de sí todo lo que pueden y la mejoría es evidente. En el intermedio se oía tanto finés como ruso. Se me antoja ferozmente salir a la calle. Pero me contengo. Pienso en las ciudades: en Praga, en Moscú y en Leningrado. Praga es una de las ciudades más hermosas del mundo, de todos es sabido, la más hermética. Pero la desesperanza de sus habitantes crea una atmósfera gris que todo lo permea y se le introduce a uno hasta la médula. Moscú tiene maravillas, las iglesias del Kremlin, San Basilio, antiguos barrios, pero también grandes zonas de arquitectura horrenda. Las monumentales torres que construyó el estalinismo son verdaderos espantos, la megalomanía del hormigón y el cemento armado. Una arquitectura que evidencia un desprecio absoluto a los sueños, a cualquier juego. Sin embargo la ciudad está viva, por todas partes se siente su respiración. En el mismo momento en que escribo esto habrá millares de moscovitas enfrentados abiertamente, discuten, se solidarizan, querrán asesinarse. Leningrado, la ciudad de Pedro, es también una maravilla, mucho más que eso, ¿no es cierto? Pero en estos dos días no he sentido su palpitación. Claro, allá tengo amigos, o conocidos, y aquí ninguno y eso hace una diferencia capital. Pero allá si se toca un tema político, hasta los desconocidos dicen lo que les parece. Son partidarios o enemigos de algo. Aquí cuando he tratado cautamente de hablar de lo que pasa en el país encuentro evasión, silencios, corteses cambios de tema...

25 de mayo

Salí de Praga ya un poco resfriado. Al despertar, lo primero que hago es tomar un analgésico, y repito la dosis durante el día, según me vaya sintiendo. Anoche tomé frío y esta mañana me descubrí vencido por la rinitis. ¡Qué espasmos!, tengo las fosas nasales obturadas, dificultades para respirar, una migraña como para aullar. Desayuné y me fui caminando al Ermitage. Subí hasta las salas de Picasso y Matisse, para iniciar la visita desde allí. Esas obras fueron adquiridas antes de la revolución para vestir los muros de los salones palaciegos construidos por los industriales y financieros de la época; gente de nuevo cuño, riquísimos, con estudios y curiosidades muy amplias, carentes de prejuicios ante las vanguardias, posiblemente aconsejados por maestros de estética, conocedores de las corrientes contemporáneas. Y ellos las aceptaban sin esfuerzo, es más, con placer. Aquí se encuentran La danza y La música, en formatos inmensos; cada uno de esos geniales cuadros podría cubrir la pared más grande de un salón. Todos los otros cuadros, docenas, son también de altísima calidad. A la burguesía francesa y en general a la europea esa pintura les producía horror, gestada por fieras, para divertir a las fieras. En el centro de un salón de exposiciones se erguía un magnífico bronce de Donatello. A ese espacio le tocó albergar una muestra de la nueva generación: Matisse, Bonnard, los puntillistas. La gente cruzaba la sala con rapidez y con los ojos semicerrados para evitar que la mirada se detuviera en aquellos esperpentos. En un periódico importante, un crítico que pasó por aquel salón escribió un artículo con el encabezado: Donatello entre las fieras, y los pintores jóvenes se sintieron felices y se apoderaron del nombre: fieras (fauves). La aristocracia

rusa abominaba visceralmente esos objetos, aún más que los burgueses franceses. Fueron los nietos y los bisnietos de sus antiguos siervos, la novísima clase pudiente, quienes se sentían cómodos rodeados de las formas y el color de las fieras en su entorno; lo que explica que muchos de los mejores Picassos y Matisses estén todavía en Moscú y en San Petersburgo. Eran parte integral de las villas art nouveau de los magnates rusos. Me quedé un buen rato en esas salas y luego me fui deslizando abúlicamente ante las otras, sin ver casi los cuadros debido a una nueva embestida de la jaqueca. Por fin encontré la Virgen María niña, de Zur-barán, que conocía sólo por fotografía, pero que en mis visitas anteriores estaba siempre de viaje, y ahí comencé a revivir... A la hora de comer le relaté a una empleada de la Asociación de Escritores, que me acompañaba en las comidas y en los espectáculos, mi visita anterior al museo, enmarcada en condiciones privilegiadas: debe haber sido en 1980 o 1981. Había llegado a Leningrado una delegación de México, Juan José Bremer, Rafael Tovar, Carmen Beatriz López Portillo y Fernando Gamboa, y de Moscú el embajador Rogelio Martínez Aguilar, Elzvieta, su esposa, y algunos funcionarios de nuestra misión diplomática, entre ellos yo, para inaugurar al día siguiente vina exposición monumental de Orozco. El director del Ermitage tenía preparado un recorrido por algunas de las salas del museo. Era lunes, día en que los museos cierran las puertas al público. Nuestra comitiva, una docena de personas, semejaba un grupo diminuto de orugas perdidas en la majestuosidad de los salones. Recorrimos inmensos corredores, subimos y bajamos escaleras imperiales. Sin público, el edificio volvía a ser el Palacio de Invierno, la morada de los zares; las dimensiones se multiplicaban y escapaban al infinito. Difícilmente alguien podría gozar de aquellas condiciones para disfrutar lo que le esperaba: la Venus de Táuride, el amplio elenco de italianos primitivos y renacentistas, los Cranachs, la inmensa sala de Rem-brandt, los españoles, los impresionistas, hasta encontrar en el último piso a Matisse y Picasso. De aquella soberbia fiesta visual me regocijó sobre todo que al final de una marcha de varias horas frente a toda la historia del arte occidental, al llegar a la planta noble, donde Gamboa y su equipo daban los últimos retoques a la exposición mexicana, las obras de Orozco no se disparaban de la tradición de la gran pintura sino que la continuaban. El efecto fue espléndido y revelador. Nuestro gran artista pertenecía, como Matisse y Picasso, aunque con una poética distinta, al gran legado artístico del siglo XX. Por la tarde una visita relámpago a la casa de Alexander Blok, que acaba de convertirse en museo. Muy emotiva, pero me faltó alguien con quien hablar de Blok, de su tiempo, de la poesía en general, de los escitas, a quienes Blok reverenciaba, de todo eso. En Leningrado no conozco a nadie y a pesar de que la belleza de la ciudad es cierta, de su mayor contacto con el turismo extranjero y sus usos (en los restaurantes, en la ópera, en el museo, en los anticuarios y librerías se oye hablar tanto el finés casi como el ruso y, también, bastante sueco y alemán), de sus ricas tradiciones culturales, de su fastuoso pasado, su sofisticación, también es cierto que de repente desprende un aromita pretencioso y provinciano que para nada se percibe en el bárbaro Moscú, cuya vitalidad ha sido arrolladora, si uno se atiene al testimonio de dos siglos de crónicas y novelas. Tal vez la segunda guerra mundial haya puesto un punto final al auge intelectual de esta capital imperial. Gran parte de sus escritores, artistas, científicos, murieron durante el sitio o fueron evacuados a lugares menos inseguros, y al hacerse la paz ya no volvieron. Era una ciudad rota. Muchos se instalaron en Moscú, donde seguramente habría entonces mejores condiciones: las editoriales, las universidades y centros de enseñanza, las bibliotecas, los centros de investigación, la prensa literaria, los estudios cinematográficos. Para que esta ciudad

notable fuese de verdad perfecta —perfecta para mí, se entiende—, necesitaría la existencia, inserta en los pliegues y grietas de sus barrios más antiguos, de una Kitai-gorod, esa invisible ciudad asiática añorada por Borís Pílniak, la que según él está escondida en el interior de todas las ciudades auténticamente rusas, donde una infinidad de ojos, meras hendeduras horizontales trazadas en una superficie facial inescrutable, contemplaran todo, lo estudiaran, lo interpretaran, y donde en las tinieblas de las zonas más sórdidas se macerara sin tregua una mezcla indescriptible de emociones feroces, terrores atávicos, misterios insondables, aventuras desorbitadas y montañas de polvo, capas de innumerables manos de pintura incrustadas en los viejos muros; en fin, que se escuchara el eco de los escitas invocados por Blok, vina apetencia mongólica que maculara a la ciudad europea...
Por la tarde, una lluvia torrencial pero breve. Al descargarse el cielo se desvaneció el peso plúmbeo sobre la presión atmosférica, mi nariz comenzó a abrirse y la jaqueca se desvaneció de inmediato. Fui al teatro a ver La boda de Gógol. Función menos que discreta, una dirección de escena excesivamente alambicada, los encajes refinados, inútiles e insoportables en los que ha llegado a convertirse Stanislavski según algunos directores cursis. ¡Imposible comparar esta Boda con la inteligencia de El inspector Visto hace unos días en Moscú! Salimos del teatro bajo una espesa lluvia. Trataré de leer algo de El viaje a Armenia, de Mándelstam, que comencé después del almuerzo. He abusado del pan, las cremas, los pasteles, los bilnis y el caviar. Siento la ropa estrecha. A partir de mañana comenzaré a tomar precauciones... Después, perdí las ganas de leer, ni siquiera a Mándelstam. A la media noche no resistí la tentación y salí a pasear bajo un cielo enteramente blanco. Recorrí la Perspectiva Nevski, desde la estación del ferrocarril hasta el Ermitage; la gran avenida es un escenario recurrente en la literatura rusa, de Pushkin a nuestros días. Estoy y no estoy en Leningrado. ¿Estoy? ¡Claro que estoy! Parece que jamás me hubiera marchado de aquí. ¡Qué falsedad! Mi corazón está en otro lado.

Peces rojos

Estaba en segundo año de secundaria. Mi abuela me había regalado un pequeño portafolio rígido de cuero para guardar libros, cuadernos y demás utensilios escolares, con la esperanza de que dejase de perderlos a cada rato. A mi casa llegaba regularmente una revista médica muy bien ilustrada, de cuyo interior se podía desprender la reproducción de una obra maestra del arte. Yo recortaba esas páginas para guardarlas en una caja de tesoros personales.
Un día, al abrir la revista me quedé aturdido. Nada había visto tan deslumbrador como aquella página colorida. Un cuadro bañado de luz, iluminado desde arriba, pero también desde el interior de la tela. En una pecera nadaban unos cuantos peces rojos cuyo reflejo se mecía en la superficie del agua. Era el triunfo absoluto del color. El cubo que contenía a los peces formaba parte del eje vertical del cuadro y se apoyaba en una mesa redonda sostenida por un solo pie. Estaba, claro, en el centro. Todo el resto de la tela era una selva de hojas hermosas y de flores; estaban en el primer plano, en el fondo, se las veía a través del cristal del recipiente, enardecidas, arracimadas, luminosas, perfectas. Si hubiese vivido en la Antártida, o en el corazón de Sonora, o del Sahara, donde nadie nunca ve flores ni peces ni agua, podría comprender que aquella precipitación florida me hiciera enloquecer. Pero vivía en Córdoba, al lado de Fortín de las Flores, en medio de jardines suculentos, y aun así aquello me parecía un milagro. Fijé la página con pegamento en la parte interior

dura de mi maletín. Algunos compañeros colocaban allí fotos de Lucha Reyes, de Toña la Negra, las grandes voces del momento, o de boxeadores, escenas de películas, perros, Vírgenes y santos, modelos de aviones o automóviles flamantes; otros, nada. Conviví con mis peces rojos y su entorno fascinante durante tres años. Fue mi mejor amuleto; una señal, una promesa. Vi después reproducciones de obras de su autor, pero no ésa. En el Museo de Arte Moderno de Nueva York me detuve con asombro ante formidables óleos suyos. Años después, al entrar en una sala del Museo Pushkin de Moscú, la que alberga algunos de los óleos más extraordinarios de Matisse, me encontré de golpe con el original de aquellos Peces rojos míos. Más que una experiencia estética fue un trance místico, una revaloración instantánea del mundo, de la continuidad del mundo.

26 de mayo

En ningún lugar he soñado tanto como en Rusia. Los apuntes en mi época de agregado cultural así lo prueban. Despertaba en la noche y anotaba el bosquejo de un sueño, me subía en un coche y, aunque el trayecto durara sólo diez minutos, soñaba algo, soñaba en la siesta, en una reunión aburrida, en una mala película, en cualquier parte, los sueños aparecían a granel. En el tope de la extravagancia. Vals de Mefisto, née Nocturno de Bujara, surgió de aquellos sueños. Y en este viaje va pasando lo mismo. Ya en el avión, al venir de Praga soñé que me encontraba con un compañero de la Facultad de Leyes, un muerto haciéndose pasar por vivo, lo que no me hizo ninguna gracia, y anoche tuve otro que interrumpí para ir al baño, y que compendié al volver a la cama en una capsulita de cuatro o cinco líneas. Al levantarme en la mañana leí lo que había escrito y me pareció muy divertido. No veo por qué. Podría haberlo sido, me parece, si en el sueño yo fuera un mero testigo de lo que ocurría y no el protagonista. Trataré de describirlo parcamente, eliminando las fiorituras que tanto han dado en aplastarme en los últimos años. Estoy en Moscú, desayuno en el restaurante del Nacional. Reconozco a tres o cuatro figuras internacionales famosas en medio de un grupo amplio de escritores. De repente veo a la escritora Catalina D'Erzell, dramaturga mexicana, y me dirijo a ella para saludarla. Nunca la conocí en vida, tal vez hubiese visto alguna foto suya en un periódico, pero no recuerdo para nada su aspecto. Tuvo cierta fama por los años cuarenta y quizás a principios de los cincuenta. Nunca vi sus obras, ni las he leído. Melodramas lacrimosos y blandengues. Sus títulos son ya una definición: Lo que sólo un hombre puede sufrir, El pecado de las mujeres, ¡Esos hombres! En el sueño la fui a saludar y me dijo que ese día comenzaba el congreso de literaturas eslavas, que nosotros, los únicos mexicanos, ¡qué gloria, qué homenaje!, abriríamos la primera sesión y que estaba un poco nerviosa por no haberme visto en esos días. Ella sola no hubiera podido traducir al lenguaje corporal la historia de Chéjov que habíamos elegido; ni aunque la premiaran, ni aunque la amenazaran con encerrarla de por vida en una mazmorra siberiana ella no lo haría sola. ¿A quién iba a tener como pareja? ¿Quién sabría expresar todos los registros de Un asesinato? Dudaba de que fuera de nosotros hubiese alguien competente. En el autobús me explicó la señora D'Erzell que se había preparado desde hacía meses para interpretar con formas intensísimas de expresión corporal el genio de Antón Pavlovich Chéjov. Un asesinato es una de las novelas cortas más difíciles de expresar. "Hay mucha filosofía, no crea, en ese combate entre un cristiano que está convencido de que Nuestro Señor nació y murió para enseñar a los hombres a vivir con dignidad y felicidad, mientras que su hermano, el que

pasa todo su tiempo en ceremonias religiosas, y roba con toda clase de trampas a sus parroquianos, cree que Cristo es un equivalente del dolor y del castigo. Ésa es mi lectura, plena de filosofía como ve usted. Es lástima que ayer no haya llegado al auditorio de la Universidad. Hice yo sola el final, me lo pidieron. No pude rehuir el compromiso y como usted no estaba, qué iba a hacer. Expresé con todo el cuerpo la revelación cristiana, la verdadera epifanía, el hermano que pena su crimen en una cárcel siniestra, donde lo despojan de todo, le pegan, lo insultan, ha comenzado al fin a amar a Dios, a entender que El desea que nos queramos, que nos ayudemos, lo que también coincide con mi filosofía. No sé cuál sea la suya, pero sea cual sea, le ruego que en el largo desolato del final, que es tan arduo, me apoye firmemente: un paso largo y tres minúsculos, uno largo y tres pequeños, ¿me entiende?" Yo no entendía nada, lo que se dice nada. ¿Qué inmenso desfiguro íbamos a perpetrar ante el público?... ¿qué sarta de disparates?... De pronto estábamos ya en el centro del escenario. Se hizo la música, era Falling in Love Again, la canción insignia de Marlene Dietrich. Mi compatriota, vestida enteramente de negro, con un corsé que le hacía un cuerpo de delfín en salto vertical, pero al fin cuerpo, dio varias vueltas por el escenario, a veces con la lenta ferocidad de una pantera, otras con esa ternura que el espectador siempre asocia con un arrullo de palomas. Yo estaba casi escondido en un costado del escenario, a veces se aproximaba a mí, me hacía una reverencia, extendía su brazo, me señalaba y luego giraba hacia el público con un amplio ademán que nos envolvía a mí y a los espectadores. De repente, de los magnavoces surgió una voz aterciopelada, pero firme, grave, hasta severa podía uno pensar, que nos presentó como los dos más grandes conocedores de la literatura rusa, y en especial de Chéjov, no sólo de México sino de toda América. Los elogios a la dama eran desmesurados, un tanto extravagantes, diría yo, por ejemplo la anunciaron como "la máxima emperatriz de Chéjov a nivel internacional". ¿Qué quería decir eso? Descubrí entonces que no estábamos en un auditorio universitario, sino en un circo, y que el público no era de académicos o intelectuales sino más bien el que uno puede encontrar en los circos, familias, muchos niños, ruido, felicidad, y dentro de esa muchedumbre popular se veían las caras de las glorias internacionales. Una mujer en uniforme militar abrazó a mi compañera por la cintura, la tomó del brazo para saludar al público al mismo tiempo que exigía un aplauso ardiente, un aplauso cósmico que reconfortara el corazón de esa mujer mexicana que tanto había sufrido y que tantos tumbos había dado en la vida, así lo dijo. Yo, en cambio, no era nadie, una sombra, un cero a la izquierda. Si alguien ha sufrido un accidente de automóvil muy aparatoso podrá entenderme: todo ocurre al mismo tiempo, todo es simultáneo, un poco como en El Aleph, pierde uno la capacidad de asegurar qué fue primero y qué posterior. Las visiones en el sueño cambiaban sin tregua, se imbricaban unas en otras, se convertían en una metamorfosis permanente. Trataré de hacer una semblanza de orden, un relato con forma más o menos sucesiva, a pesar de las infinitas sacudidas, de esa vocación por el caos tan presente en los sueños. Un maestro de ceremonias anunció con voz divina el primer acto del Congreso, la lectura de esa asombrosa y enigmática joyita de Antón Chéjov: Un asesinato, realizada por una insigne actriz rusa (no sólo insigne sino la más insigne, me dijo en un susurro mi compatriota), cuyo nombre no mencionaron, lo que me pareció raro, e interpretado corporalmente por la no menos eminente fisiculturista Catalina D'Erzell y su asistente, mexicano también como ella. La D'Erzell entretanto me ordenaba: "respirar hondo, relajarse, creer en Dios sobre todas las cosas, ágiles los pies, la cabeza fría, todas las cosas en su lugar", mientras al escenario subían dos largas filas, una de hombres, por la

derecha, y otra de mujeres por la izquierda. "¡Coro de bajos y contraltos, de barítonos y mezzos, de tenores y sopranos!", anunciaba el locutor, "¡Voces de cañón y de miriñaque, como es debido!", susurró con voz de pajarito mi compatriota. Una mujer majestuosa, toda dignidad y hermosura, subió al estrado y se sentó en un trono. Un haz de rayos nos bañó de luz. Se inició el acto. La actriz comenzó a leer con una voz absolutamente maravillosa, cadenciosa, sobrehumana, el relato de Chéjov; minutos después, los coros empezaron a repetir melodiosamente sus palabras. La prosa se hizo música; la actriz dejó de hablar, cantaba el texto y el coro cantaba con ella, con brío, con esplendor. A momentos el estruendo llegaba a ser ensordecedor, como para enloquecer a cualquiera, menos, por supuesto, a los congresistas de las literaturas eslavas, que estaban fascinados. De quién sabe qué parte surgió otra orquesta, menor, de balalaikas, que nos rodeó durante la interpretación corporal y siguió todos nuestros pasos, leales hasta el fin. Mi compatriota me ordenó: "¡Ya vas, cañón!", y fui: me hizo dar saltos de todos los calibres, caer al suelo en cuclillas, levantar una pierna, luego la otra, caerme como muerto y resucitar, correr con mi pareja alrededor del escenario, levantarla, lanzarla al aire, por encima de mi cabeza y detener su caída a unos cuantos centímetros del suelo, obligándola después a mantener una posición vertical con la cabeza hacia abajo y los pies en alto. Nuestro mayor triunfo fue una serie de vueltas que dimos en el escenario a una velocidad escalofriante, pero también con una precisión absoluta porque si se hubiera soltado se habría estrellado contra el público, y tal vez ella y algunos espectadores hubieran pasado a mejor mundo, pero nuestra habilidad fue extraordinaria y no se presentó ni el más mínimo incidente. Hubo momentos para bailar de puntas y otros en que saltábamos alegremente y nos comprimíamos como acordeones al caer en el suelo, para de inmediato proyectarnos en el aire por medio de resortes. Como en las danzas rituales africanas llegamos al éxtasis, al delirio, a otro cielo cuya existencia no sospechábamos, por lo menos yo. Fui Nijinski por unos momentos, lo juro, y ella, nada menos, Tepsícore. La oía gemir de repente, como si no pudiese más, como si estuviera por rendirse, para luego exigirme trémulamente mayor velocidad, más ritmo, más músculo. De golpe cesó todo, desaparecieron los músicos con sus balalaikas, silenciosos y cabizbajos bajaron por las escaleras los coros de bajos y contraltos, de barítonos y mezzos, de tenores y sopranos, ligeras y absolutas, y hasta la magistral actriz cuyo nombre no conocimos, que había leído con tan bella dicción el relato de Chéjov. Sin decir una palabra caímos como perros apaleados. Nos pasaron toallas empapadas con vinagre por la cara; comenzaron a acercársenos los admiradores. La multitud, enloquecida de entusiasmo, rodeaba a la D'Erzell. En mí nadie reparó. Logré escurrirme del escenario y deambular por un inescrutable laberinto de corredores y escaleras, un escenario parecido a las cárceles de Piranesi, que paulatinamente se convirtió en vm pasaje desvencijado, y luego en una calle gris, anodina, fea. Un instante después caminaba yo por un barrio desconocido. Unos jóvenes se detuvieron a mi lado, me observaron y uno de ellos me gritó con grosería: "Lávate la cara, payaso cabrón, o te la lavo yo con lejía". Una chica de ojos preciosos, cubierto el resto de su rostro por el cuello de un abrigo, puso un espejo frente a mi cara, y casi vomito. El rostro que vi, putrefacto, descompuesto, me anunciaba sólo unas horas más de vida. Lo que no puedo entender es por qué, entonces, desperté tan alegre y escribí con regocijo en la madrugada el primer bosquejo del sueño. ¿Por qué horas después, ya por entero despierto, seguí pensando que había tenido un sueño muy divertido por la noche, y ahora, mientras lo transcribo, me produce una angustia insoportable?

27 de mayo

Ayer estuve desasosegado por el sueño, donde me vi bailando desaforadamente con la señora D'Erzell a quien jamás conocí. Durante el día recordé escenas del baile, que me hacían reír alegremente, pero en la noche al escribirlo detecté una conexión con sueños muy viejos, una absurda floración de remordimientos allá por mis treinta años, cuando llevaba una vida proclive a la juerga, al vacilón, a la llamada mala vida, y llegaba a mi casa de madrugada para infaliblemente dormirme y soñar que había perdido el paso, que si no me corregía no sería sino basura, y en esos sueños de madrugada me veía a menudo degradado en la opinión de mis maestros y sobre todo de mis compañeros de letras, mis contemporáneos disciplinados y eficientes, golpes bajos que por fortuna al mediodía siguiente cuando despertaba desaparecían en un instante, para dejarme en libertad de actuar como me diera la gana. Una vez revisado el sueño, encontré que su sentido era del todo opuesto a aquellas juveniles moralinas oníricas, una forma que me permitía la posibilidad de reírme de mí mismo, de entrar con pie derecho al corazón del carnaval, vivir el destino del rey feo y recibir la merecida paliza con la que termina esa ficción monárquica. El carnaval en pleno. Pero estoy furioso porque he tenido problemas con los representantes de la Asociación de Escritores que por lo visto no quieren dejarme ir a Georgia, y sobre todo por un episodio terrible, una comedia de equivocaciones que me hizo sentir un pánico extremo y acercarme a una pesadilla peor que las conocidas. Comienzo: a la hora del desayuno llegó un empleado de la Asociación de Escritores, muy untuoso, muy locuaz, preguntando si me sentía bien en la ciudad, que ellos, la Asociación y sus dirigentes, estaban felices de mi visita y me invitaban a participar pasado mañana a un importante simposio en la ciudad de Tula sobre la obra de Turguéniev con especialistas extranjeros, que ya habían hablado sobre eso a mi embajada y que a la agregada cultural le había parecido una idea perfecta. Le contesté con acidez que la embajada no tenía por qué decidir por mí; mi visita no es oficial, insistí en que había hecho este viaje en respuesta a una invitación de los escritores georgianos y por lo mismo no entendía por qué se me proponían otras actividades. El mensajero pareció estar de acuerdo en todo, pero dijo que un embajador de un país en otro país no deja de tener una connotación oficial, y que en la URSS todas las asociaciones de escritores, de pintores, de aviadores, de médicos, de cualquier profesión eran organismos autónomos, sí, pero oficiales al fin y al cabo. Era un diálogo de sordos; yo seguí insistiendo: ¿por qué esa obstinación en impedirme hacer el viaje a Georgia?, que les dijera a sus superiores que esta tarde regresaría a Praga, que me comunicaría también con mi embajada para informarles de las circunstancias en que se desarrollaba esta visita. Dijo que lo haría, pero no por el momento, porque en la mañana estaba programada una excursión a varios lugares pushkinianos en la ciudad y en sus alrededores, que estaba seguro que la visita a Pushkino me resultaría fascinante. Rehusé, le dije que preferiría descansar y tener todo preparado para el viaje, que me avisara a qué hora saldría el avión a Praga. El empleado no se inmutó, tomó los últimos sorbos de su taza de café, miró hacia todas partes, luego fijó los ojos en el libro que está en la mesa, que es Ginzeng, de Mijaíl Prishbin, en una traducción italiana, y junto al libro una tarjeta en donde acababa yo de tomar unas notas. Había llevado el libro para entender la relación tan estrecha que guarda la literatura rusa con la naturaleza que siempre me ha impresionado. En la nota había escrito: "Si, nel mió romitaggio io mi convinci, una volta per sempre, che le saponette profumatte e gli spazzolini non representano che una Ínfima parte de civiltá, la

cui essenza risiede nella forza creatrice del comprenderse e del formare un légame tra gli uomini..."*
"Sí, en mi ermita me convencí, de una vez para siempre, que los jabones perfumados y los cepillos para la ropa representan sólo una ínfima parte de la civilización, que la esencia de la civilización reside sobre todo en la fuerza creativa de comprenderse y de formar un vínculo entre los hombres..."
Señaló el libro. Quería seguir hablando, pero evidentemente no sabía bien de qué, ni yo le ayudaba, comía queso blanco y pan... Por fin dijo que había aprendido en la universidad como segundo idioma extranjero el italiano, que le gustaba mucho, pero que estaba muy por debajo de sus conocimientos del español. Buscaba argumentos para convencerme de ir a la celebración de Turguéniev pero no lograba encontrarlos. Me levanté de la mesa y le dije con frialdad que me llamara por teléfono tan pronto como hubiera arreglado mi salida de Leningrado. Al regresar a mi cuarto me entró una racha de ira imponente. Llamé a la embajada en Moscú y a Luz del Amo, en México. Me eché a la cama. Me sentía exhausto. Traté de dormir un rato más y olvidarme del personajito gris que me había visitado para desviarme de Georgia. Me dormí y antes de hacerlo del todo sentí una bonanza en espera de que Catalina D'Erzell me invitara a bailar con ella ya no Un asesinato sino una pieza más larga, con efectos más brillantes que me permitieran lucirme en grande ante el respetable, como El jardín de los cerezos, por ejemplo. Desperté una hora después, sin recordar ningún sueño, pero de mucho mejor ánimo. Eso sí, decidido a no doblarme. Salí a la calle, fui a la librería de viejo de la Perspectiva Nevski, a unas dos o tres calles del hotel. Al llegar a la librería me arrepentí. ¿Qué tal si en esos momentos los escritores me llamaban para anunciarme que todo estaba listo para salir al aeropuerto y volar a Tbilisi o a Praga, que ya lo mismo me daba? Y que luego me dijeran que me habían buscado, que tenían todo arreglado y por no encontrarme en mi cuarto como habíamos quedado tuvieran que anular el vuelo y entonces me vería obligado a acompañarlos a Tula e improvisar una charla sobre el autor de Padres e hijos. La preocupación me obligó a hacer una visita de médico, sin detenerme a hurgar en las estanterías el tiempo que hubiera querido. Encontré el libro de Karlinski sobre la oscura sexualidad de Gógol que había buscado desde varios años atrás, una antología de cuentos de Borís Pílniak, donde aparecía uno espléndido, virulento original sobre el que he estado pensando desde mi llegada a la ciudad: "Su Majestad, Kneeb Piter Komandor", una diatriba casi demencial por su empecinamiento contra la occidentalización impuesta por Pedro el Grande a Rusia, y en la sección inglesa, Mr. Byculla, una novela policiaca de John Linklater, que leí en la adolescencia en El Séptimo Círculo de Borges y Bioy Casares, y que en aquel tiempo me fascinó, una historia complicadísima de una secta religioso-criminal que se va deslizando a través de los siglos. Dos veces había comprado después la edición original inglesa, para perderla casi de inmediato en ambas ocasiones. La de hoy, la tercera, fue la más acelerada. Al llegar al cuarto de hotel encontré en la bolsa sólo los libros de Karlinski y Pílniak. En la librería no podía haber dejado a Mr. Byculla porque lo iba hojeando con fruición en la calle. Bajé al café, señalé la mesa en que me senté y me respondieron que ningún mesero había recogido un libro. "Como usted ha visto —me dijo el empleado—, esta mañana hemos tenido mucha gente, alguien pudo habérselo llevado"; pregunté luego en la recepción, donde me había detenido antes un segundo para preguntar si no me había llamado alguien por teléfono, y no, nadie lo había hecho ni tampoco dejado algo. Subí a mi cuarto, le pedí la llave a la tosca matriushka que custodiaba el piso, una de esas mujeres

robustas y pétreas enfundadas en un horrendo uniforme paramilitar, encargadas de la vigilancia y control de los huéspedes. Le pregunté si no habría dejado allí un libro cuando le pedí la llave cinco minutos antes. No movió un rasgo de la cara, sólo los ojos duros se le abrieron hasta volvérsele redondos como los de un muñeco siniestro, abrió el cajón de su mesa, sin dejar de mirarme y sacó dos revistas pornográficas finlandesas, evidentemente una era de Tom of Finland, porque la línea genial de las figuras era inconfundible. En la portada dos policías jóvenes se entretienen en juegos rudos, uno le está desabotonando los pantalones del uniforme a su compañero y con la otra mano se extrae de su propia bragueta un instrumento capaz de destrozarle la vagina a una elefanta. A los dos polizontes les brillan los ojos y parecen la merse los labios de placer. Al monumento al cuerpo policiaco que tengo enfrente el rostro se le tiñó de un color morado, como un gran tomate oscuro, al mirar la portada, y con una vocecita aguda que no se compadecía con la estatura y el vigor de su cuerpo, en vez del vozarrón de bajo profundo que uno esperaría, me dijo que a la policía hay que respetarla, y que quien difunde propaganda subversiva en la Unión Soviética, especialmente cuando trata de degradar a los valientes hombres y mujeres que integran los cuerpos de seguridad del estado, tiene que pagar la pena correspondiente a su desvergüenza criminal. Y terminó: "¿Así que tú fuiste quien los dejó en el cuarto? ¡Y todavía tienes la desvergüenza de reclamarlos! Dame la llave, dame la llave de tu cuarto, si opones resistencia te vas a arrepentir. Dámela —me tuteaba con la voz finita pero firme y con aspecto marcial—. Me la das por las buenas o te rompo la crisma." Se puso de pie y me tendió la mano. Decir que estaba aterrado no significaría nada. Me di cuenta de que me habían preparado vilmente una trampa. Al día siguiente saldría mi foto en los periódicos envuelto en una nube de escándalo; me expulsarían del país, en medio de vejaciones pavorosas. ¿Todo eso por haber querido ir a Georgia y no a las celebraciones de Turguéniev? ¿O por haberme portado con irreverencia el día en que me invitó a comer el presidente de la Asociación de Escritores? Le di la llave. El monstruo vio el número, se sorprendió, cambió de tono, me preguntó mi nombre, se lo di. Se dejó caer en su silla con una expresión de estupor. Me pidió con suma corrección un documento de identificación que no fuera el pasaporte. A Dios gracias ya no me tuteaba. Cubrió con una toalla las revistas de Tom of Finland. Estudió escrupulosamente mi tarjeta diplomática, y luego dijo con una voz que era un trino temeroso: "Perdóneme ciudadano, ha habido un error. Me dice que vino a rescatar un libro; pero nadie me ha entregado un libro perdido, ésta es la hora en que los turistas desocupan sus cuartos y dejan todo hecho una porquería, las camas, los muebles llenos de libros de propaganda antisoviética, sí, y en todos los idiomas del mundo". En eso, apareció por el corredor una pareja de ancianos, gente muy elegante, la mujer cubierta con un súper lujoso abrigo de piel, con paso y ademanes indiscutibles del gran mundo, él, un poco deteriorado, se apoyaba en un bastón ortopédico, y a su lado un traductor, o secretario, también muy bien vestido. Se detuvieron en la mesa, muy sonrientes, como si estuvieran muy satisfechos de su estancia, y hablaron en finés con su acompañante. Este le dijo algo seca, autoritariamente a la mujer, y ella les entregó las revistas pornográficas. El intérprete le habló con un tono de autoridad implacable; cuando ella entregó sumisamente las publicaciones, él sonrió burlonamente, con condescendencia, casi con desprecio, y ella, la terrible guardiana del orden que tanto me espantó, se hizo chiquita como alumna de escuela reprendida, y subió un poco los hombros, como para excusarse. Y yo no entendí nada. ¿Quiénes eran esos ancianos? ¿Por qué reclamaron esas revistas pornográficas? ¿Qué poderes tenían? Misterios del más allá. Recordé una novela

de Highsmith, a quien últimamante le soy muy afecto: El rescate de un perro, donde un joven policía es aterrorizado por un maleante, un siniestro pobre diablo, quien lo acusa una vez que ha sido descubierto por un delito, de exigirle, a él, el policía, un porcentaje de todo lo que obtiene en sus fechorías. Y pensé lo vulnerable que alguien, cualquiera, puede ser cuando otro hace una acusación absurda, levanta una calumnia y la sostiene sin amedrentarse. Me tendí de nuevo en la cama, me tomé un sedante, lo único que en ese momento quería era volver a Praga lo más rápidamente posible, en tren si acaso no había cupo en los aviones, y pensé que bailar con Catalina D'Erzell me había transmitido una mala suerte pavorosa. Tal vez en vida había sido gafe, y en las evoluciones de aquel baile inacabable me fue permeando de una esencia que era gettatura pura. Mis maletas estaban listas, tenía que guardar sólo los medicamentos que tenía en la mesa de noche y algunos libros. Me llamó la intérprete para decirme que no me preocupara, ya estaba reservado el pasaje; no, no sabía a qué hora exacta debíamos salir del hotel, pero que por favor me que dará en el cuarto, alguien pasaría a la agencia a recoger los pasajes y a acompañarme al aeropuerto. Todo listo. ¡Qué des-can so! ¿Un pasaje para dónde?, me pregunté después de haber colgado el teléfono. ¿Serían tan hijos de puta de devolverme a Praga? ¿Y por qué no me dijeron a qué hora exacta pasarían a recogerme? ¡Todavía podía ver mil cosas en la ciudad! Pasar al museo ruso, que estaba a un paso, o acercarme, aunque fuera sólo para ver la fachada, a la casa donde vivió y sufrió Ana Ajmátova, que por lo que sé está también muy cerca, en la Fontanka. Lo último que leí ayer, durante varias horas, fueron las fantasmagóricas Veladas de Dikanka de Gógol: leí y releí ese relato prodigioso titulado "Iván Fedorovich Schponka y su tía", escrito apenas llegado a Petersburgo de una aldea de Ucrania, un jovencito de quien todos se burlan y con razón porque no hace sino decir disparates, y actúa como un loquito, pero que con ese cuento (él no lo sabrá nunca) se ha anticipado por lo menos un siglo y medio a la mejor literatura de vanguardia. Cada vez que lo leo me embriagan la alegría y el asombro. Es único en su género. Lo escribió en la adolescencia; los otros relatos que le hacen compañía en ese libro le son por entero ajenos. Lástima haber leído estas Veladas apenas hasta anoche cuando debí haberlas comenzado a la llegada a Leningrado. Habría abierto una vía paralela y antagónica a mis recorridos. Brujas, sangre derramada por todas partes, demencia, fantasmas a granel y de variados órdenes, toda la proterva estirpe del maligno. Hubiera resultado un eficaz anafrodisiaco para no caer arrodillado de amor por la extrema perfección de la ciudad. Basta pensar que esas historias fueron concebidas allí mismo. Y no sólo en Leningrado debí haber comenzado con Gógol, sino desde el mismo momento de subir al avión que me llevó a Moscú... Me encantaría escribir un pequeño libro: cinco efigies sobre el fondo de la ciudad imperial: Pushkin, Gógol, Blok, Ajmátova, Bély: cinco infiernos personales. U otro, con temas diversos y muy libres, como los apuntes casuales de Mándelstam en Armenia, que son digresiones en torno a mil cosas distintas que las más de las veces nada tienen que ver con Armenia, y recordar la figura monumental de Marietta al entrar en el salón de la Biblioteca Internacional de Moscú, donde leí mi conferencia, las comisuras de sus labios, sus rictus, la distancia que mostraba al mundo, y la busca de los trabajos de su marido, donde, según decía, había maravillas que nadie conocía sobre fiestas de México, algunos ritos arcaicos, entre los cuales el más apasionante tenía que ver con la defecación infantil, una auténtica consagración de la primavera, un renacer del mundo.

Retrato de familia. II

Soy una sombra de la sombra de alguien. Marina Tsvietáieva

Me impresiona la veneración actual de las mujeres por Tsvietáieva. Les entusiasma su obra, pero subjetivamente, me parece que les fascina más su persona. La rusa Irma Kúdrova, en el prólogo a Un espíritu prisionero, les gana a todas:

Marina Tsvietáieva es el astro más brillante en el firmamento de la poesía rusa del siglo XX. No nos referimos sólo a su talla literaria; tanto su obra como ella misma se pueden considerar como un milagro. Dotada de una personalidad capaz de encarnar en la palabra la rara riqueza de su alma, con una inteligencia ajena al miedo, un carácter independiente y firme, su talento y su ser se han fundido en una sólida amalgama. Y, tal vez para ella, de cada uno de sus versos brota una corriente contagiosa de la más pura y alta tensión.

Muy diferente de lo que en vida de ella pensaron otras mujeres de letras que la trataron de cerca. Nadiezda Mándelstam la conoció en 1922, poco antes de que emigrara de Moscú; la recuerda de esta manera:

En aquella época me produjo una impresión de absoluta naturalidad y de estupefaciente originalidad. Su cabellera corta, sus movimientos ligeros casi de muchacho. Su rostro, que parecía salido del retrato de un paje renacentista... después cuando leí sus poemas y cartas encontré en su vida una rara nobleza; pero lo que de ella me perturbaba era su eterna indiferencia hacia las personas que en un momento dado no le eran necesarias, o que de un modo u otro no le servían para el festín de los sentidos".

En las memorias de Nina Berberova hay dos testimonios, uno en Praga, de 1923, y otro en París, de 1937:

Todo lo que dice Tsvietáieva me interesa, en ella entreveo una amalgama de sabiduría y capricho, bebo sus palabras, pero en ella y sus palabras hay casi siempre un dejo morboso que me es extraño y me irrita, una nota de exaltación, curiosa, inteligente, pero de algún modo histérica, carente de equilibrio, tal vez peligrosa para nuestras futuras relaciones, como si ahora pudiese proporcionarnos alegría atravesar juntas olas y corrientes, para un instante después disgustarnos y hacernos mal; yo advierto eso, pero ella evidentemente no, y tal vez piensa que en el futuro sólo podríamos hacernos amigas o si no combatirnos.

Y años después, poco antes de abandonar Francia:

Vi por última vez a la Tsvietáieva en los funerales de Volkonski, el 3 de octubre de 1937. Después de la ceremonia salí a la calle. Tsvietáieva estaba aún allí sola en la acera y nos miraba con los ojos llenos de lágrimas, envejecida, con los cabellos casi blancos, despeinada y los brazos apretados contra el pecho. Fue poco después del caso Reiss, en el cual había estado implicado su amigo, Serguéi Efrón. Era como una apestada, nadie se le acercaba. Y también yo, como todos, la ignoré.

Eran escritoras de gran fortaleza moral, objetivas, no como la mayoría de las rusas en los círculos de París, como por ejemplo la imposible Zenaida Gipius, esposa de Dimitri Merejkovski, quien se consideraba una reina rusa desterrada en Francia, y para la cual una escritora que admiraba a Maiakovski y a Pasternak no podía ser sino escoria.
Un admirador y defensor suyo, amigo paciente y leal desde los tiempos de Praga hasta el final, Mark Slonim, crítico e historiador de la literatura rusa, uno de los primeros entusiastas de su obra en Occidente, quien junto con Sviátopolk-Mirskí la anunció como una de las mayores figuras poéticas de su tiempo, y no sólo en términos rusos, nos presenta la imagen de Marina, escarnecida por la mediocridad y mezquindad de los rusos desterrados:

En el París de la emigración resultó claramente fuera de lugar. En el mejor de los casos, la toleraban en algunas redacciones de periódicos y revistas donde le permitían publicar algo, y sus colaboraciones a menudo se producían en condiciones que a ella le parecían ofensivas. No llegó a ocupar ningún lugar dentro de la "sociedad" del exilio, con sus salones literarios y políticos, donde todos se conocían... Ella era un bicho raro, una sombra ajena, expulsada del grupo, alejada de las relaciones personales y familiares, y se destacaba poderosamente, con su rostro, sus palabras, su vestido gastado y su imborrable sello de pobreza...

Tsvietáieva diseñó a los diecinueve años, aun antes de publicar su primer poemario y de casarse con Serguéi, el estudiante de literatura de diecisiete años, un exaltado proyecto de vida libre, sin cadenas, sin limitaciones, semejante al de los románticos. El desprecio que desde su juventud le mereció Chéjov se debe posiblemente a que el universo creado por él ejemplificaba el eclipse del héroe. Los personajes que pueblan los relatos y dramas chejovianos son antagónicos a los protagonistas románticos, recorridos por una electricidad febril, los héroes de Pushkin o de Lermontov. Los románticos rusos inventaron al escritor como héroe, una figura central, sagrada, y cuando se dice escritor debe entenderse poeta. Tanto la vida y la muerte de Pushkin como la de Lermontov tienen un sentido idéntico a las de sus personajes: Oneguin, Pechorin. La revolución es el fenómeno romántico por excelencia. A lo determinado se sobrepone lo indeterminado, lo irracional. La pasión es el punto de donde parte la revolución. A la tiesura estática de regímenes paralizados se rebela lo fluido, lo etéreo, lo que requiere una forma nueva y un discurso nuevo. Habrá que destruirlo todo y también descubrirlo todo. He ahí la concepción romántica del poeta decimonónico como el único ser que mantiene relación con el universo, que ausculta lo desconocido y que desde allí pronuncia las palabras secretas. Es el único que tiene derecho a hablar con la naturaleza y con los dioses, porque como ellos conoce todos los secretos y posibilidades de la lengua. Sin embargo Marina detesta la revolución. Su romanticismo requiere el poder. Napoleón fue uno de sus héroes juveniles. Desde muy joven, supo cuál era su lugar en la poesía. En el lenguaje encontró los signos que buscaba. Su poesía es diferente a la de sus contemporáneos. Utiliza sustantivos fuertes, claros, nombra las cosas de manera precisa, pero las palabras al acercarse unas a otras se transmutan en atmósfera, sombras, dolor, desesperanza. En su última década escribe, sobre todo ensayos, y juega con los géneros a placer. Un ensayo suyo es siempre un relato y la cápsula de una novela y una crónica de época y un trozo de autobiografía.
Llegó a París en 1925, precedida por un halo misterioso. Rilke, ¡nada menos!, la había cantado. Los críticos se rindieron a ella, a su prestigio, a la originalidad de su persona. Sus

lecturas públicas congregaron a lo más importante de la comunidad literaria rusa en Francia durante tres o cuatro meses. Pero bastó la exaltación de dos príncipes rusos, intelectuales ambos, para derribarla. El príncipe Dimitri Sviátopolk-Mirski, un entusiasta de su poesía desde los inicios, quien la siguió desde el principio y la vio explotar como una revelación, declaró en París y por escrito que ella era el mejor poeta ruso en París en ese momento; el otro príncipe, el joven Dimitri Shajovskoi, quien dirigía y pagaba una revista de enorme belleza donde todo escritor deseaba publicar, la invitó a colaborar en el tercer y último número; el príncipe deseaba que ese número fuera excepcional porque con él no sólo concluía la revista sino también su estadía en el mundo.

Había ya preparado su ingreso a una orden de silencio en un monasterio en el Monte Athos. Su artículo se llamó "El escritor y la crítica"; allí Tsvietáieva minimizó a los críticos rusos de París, señaló su ignorancia y aldeanismo; descalificaban la poesía moderna por desinformación, por incultura. Era un ensayo arrogante e inclemente, pero estaba sustentado por verdades literarias y conceptos objetivos. Fue el final del culto a Tsvietáieva. Nunca se pudo recuperar, sino al contrario, aquél fue el primer paso en el descenso al silencio. Serguéi Efrón, quien jamás en la vida había trabajado, fue invitado por el príncipe Mirski a colaborar con él y algunos otros rusos destacados para publicar una revista literaria titulada Verstas, donde publicarían tanto a los rusos del exterior como a los del interior, es decir los del infierno, la Rusia soviética. Pasternak, Babel, Esenin, Tinianov, un cuadro notabilísimo en cualquier panorama literario del mundo, fueron calificados en París por el crítico más influyente del exilio, Peter Struve, como "mera carroña".

Sabemos, y Tolstoi lo ha recordado con palabras soberbias, que cada familia infeliz lo es de una distinta manera. Las causas de infelicidad pueden ser infinitas. Desde afuera se observan los efectos, los gestos, la epidermis; en el gossip cotidiano nos enteramos de infinidad de casos de separación, de fugas alucinantes, de divorcios color de rosa u otros infinitamente sórdidos. Nos manifestamos a veces a favor de uno u otro de los cónyuges. El macho violento, la mujer casquivana, la excesiva codicia de uno de ellos o de ambos, la intervención de los suegros, de los parientes, de los amigos, la tontería, los celos, pueden ser algunos elementos negativos. Sabemos eso y más, muchísimo más, pero jamás lograremos medir el desacuerdo silencioso de los sentidos, ni esas minucias ocultas en los pliegues interiores que son derivaciones de lo físico, la lucha de los sexos en todos sus aspectos, y aunque uno u otro de los cónyuges nos haga confidencias, que es lo peor que le puede suceder a uno, y que esos abusos contra la amistad sean horripilante, minuciosamente fisiológicos y nos hagan creer que lo sabemos todo, de ninguna manera es cierto. Todo lo que nos dicen, aun deformado por la pasión y la ira, puede ser cierto, pero no es sino un cerco a la verdad, una aproximación. Las biografías de Tsvietáieva, la de Simón Karlinski y la de Veronique Lossky, no dan sino mínimas luces de la vida conyugal de los Efrón. Por una parte se les agradece, pero en este caso tan oscuro un poco de intimidad podría aclarar algunas cosas, sobre todo porque en la poesía de Tsvietáieva lo físico juega un papel importante.

Cuando Serguéi Efrón decide en un primer impulso terminar el matrimonio, y la misma Marina, después de una separación de pocos días, se inclina también a esa decisión, pero terminan por no separarse ya que ambos consideran que cada uno tiene obligación de cuidar al otro cónyuge, puesto que sin esa protección no podrían orientarse en la vida, ambos han decidido establecer un pacto tácito o expreso para no separarse. Ambos tienen

una experiencia excepcional para la sobrevivencia, la prueba está a la vista: las situaciones atroces que enfrentaron durante los siete años de separación, la guerra, amenazas de todo tipo, la pérdida de la seguridad económica, la muerte por hambre de una hija, veinte mil peligros de los que han escapado, él en el frente alemán y luego en los intermitentes combates de Crimea donde se sabía amenazado por dos frentes enemigos, los bolcheviques y los blancos, y habían salido con vida y en plena forma física, o casi, y él estudia una carrera de filología con una beca del gobierno checoslovaco, y ella se ha revelado como una figura literaria de primera clase; cuando todo eso lo han vivido y están en plena actividad, el argumento de no separarse para no dejar sin protección al otro suena a falso, a trivial. Para ella las frecuentes crisis amorosas implicaban un ulterior renacimiento, de cada historia desastrosa nacía un haz de espléndidos poemas. El pacto establecido en Praga se mantuvo hasta el final. A la larga, la solución fue la peor, la más despiadada que pudieron inventar. Ninguna de las partes se movió del hogar, pero a saber qué cantidad de energías perdidas, de limitaciones se pudrieron en su seno, qué toxinas se acumularon. Serguéi tuvo que desempeñar el papel más desairado. En el círculo intelectual de los rusos en Praga todos se enteraron de esa aguda crisis matrimonial. Marina hizo pública su pasión desmedida por aquel Casanova de segunda clase y las mujeres del círculo intensificaron su simpatía por el marido agraviado y la frialdad a su mujer. ¿Podía haber sido humillante para él esa conmiseración? ¿Le habría podido dar alguna satisfacción? Helo ahí, al héroe que luchó con las armas por la restauración del orden, embaucado por una mujer terrible; el joven oficial a quien su amigo traicionó seducido por una mala pécora, una antipática, pedante y extravagante mujeruca. Con Efrón es difícil orientarse. Poco después, nació un nuevo hijo, Gueorgui, a quien Marina, desde el primer momento, amó con desesperación, aisló del mundo, envolvió en papel transparente y declaró propiedad suya por entero. En una foto borrosa, en una escalera de madera de un lugar visiblemente miserable, se ve a una vieja mujer, sentada al lado de un muchacho rubio. La fotografía está fechada en 1935, de modo que el niño tendría apenas diez años, pero su aspecto es ya de adolescente, del tipo ruso deportivo, con un ceño de pocos amigos; la mujer, que está a su lado, mal peinada, desencajada, mira al fotógrafo con ansiedad y con algo parecido a la desesperación. Son, ya lo habrán adivinado, Marina Tsvietáieva y Gueorgui Efrón, el famoso Mur. Los biógrafos de ella, los cronistas del exilio ruso, están todos de acuerdo en que la madre había marcado un cerco invisible, de donde al hijo le fuera difícil salir; lo adoraba, lo mimaba, estaba orgullosa de él, pero le era imposible dejarlo respirar fuera de su alcance. Era suyo por entero. La fotografía es deficiente, y la reproducción peor. Nada tiene en común con una escena de plenitud familiar, de armonía entre madre e hijo. Viéndola, sabemos que Mur es ya quien manda y la vieja angustiada, que cree ser el ama, su víctima. El joven Teseo junto al Minotauro, el cual, por una extravagante metamorfosis, se ha convertido en un ser híbrido. Es un periodo terrible de Tsvietáieva; vive en la miseria desde que llegó a París, pero cada vez más exacerbada porque de todos los costados se la hostiga. En contraste radical con los otros dos miembros de la familia que, sentados en un bosque, en su amistad han logrado la armonía. Sus ideas son enemigas de las de Marina. Se han vuelto, como mucha gente en Francia, en Europa, en el mundo entero, desde la crisis económica del veintinueve, filosoviéticos.

El personaje más difícil de adivinar es Efrón. Inicia proyectos que no termina nunca. Los amigos de su mujer lo consideran poco inteligente. Parece no interesarle lo que piensen de él. Seguramente hoy ya su expediente de la Lubianka haya aclarado todos los misterios.

Allí estarán clasificadas las piezas que pueden formar el rompecabezas. Pero tan sólo pensar en él, resulta un personaje narrativo muy sugestivo. Es posible que las hermanas mayores que lo educaron después del suicidio de su madre y el hermano mayor, y el trauma correspondiente, lo hayan convertido en un ser dependiente, un hombre superfluo como tantos hombres buenos y desgraciados que pueblan el mundo literario ruso, que tuviera temor a la soledad, que preferiría sufrir todas las humillaciones que sus superiores antes, y su mujer más tarde, le infligieran con tal de permitirle vivir a su sombra. Ella era una de las grandes figuras del exilio y él se había quedado en nada. Mirski ya a principios de los años veinte añadió una página sobre su poesía a la espléndida historia de la literatura rusa que publicó en Inglaterra. Su fama crecía con rapidez; tenía en su haber una decena de libros de poesía, Checoslovaquia había sido para ella un espacio fértil para la creación. Al parecer nada le interesó del país ni de su cultura, por estar arraigada hasta lo más profundo en su idioma y tener como interés ancilar la literatura alemana. Estaba preparada para dar el gran salto: París. Es posible que tales circunstancias pudieran serle gratas al marido, pero también podría ser que ocultara en su interior una cápsula de rencor sin siquiera tener conocimiento de su existencia. Y su efecto se manifestaba en convertirse en un peso muerto para la familia, en ese caso Marina. No llegar a terminar nada, como sus estudios en Moscú, ni la carrera de filología en Praga, o posteriormente tampoco la de estudios de cine en París. Su mujer sería famo sa, la aplaudiría con estruendo después en sus lecturas. Su mujer se acostaría con quien quisiera, y sostendría por correo relaciones platónicas con las más altas luminarias de Europa; él, entre tanto, leería periódicos y conversaría con su hija, cada vez más próxima. Dejó en libertad a Marina para que partiera a París, en donde él la alcanzaría meses más tarde, para instalarse a su gusto y ocupar el lugar que le correspondía. Le esperaba el reconocimiento, y en los primeros meses lo tuvo. Bastó sólo que Dimitri Sviátopolk-Mirski declarase en su revista la primacía de Tsvietáieva sobre todos los poetas en el exilio, y que ella escribiera un artículo literario, para demostrar que los críticos desterrados rusos no estaban capacitados para juzgar la nueva poesía, para que fuera ana-temizada por la casi entera comunidad rusa en Francia. Su arrogancia hizo lo demás. Serguéi Efrón llegó después a París y fue invitado por Sviátopolk-Mirski y algunos otros intelectuales para editar una revista de cultura rusa diferente a las del destierro, distinta sobre todo de como la concebían en los círculos parisienses. Para ellos nadie que se hubiera quedado en la Unión Soviética podía merecer el nombre de escritor, mucho menos de poeta. No eran sino basura, canalla, como Eisenstein en el cine, como Méyerhold en el teatro. La revista de Sviátopolk-Mirski y Efrón llevó por nombre el título de un libro de Tsvietáieva: Verstas. Esa cercanía bastó para que la escritora fuera considerada por los más necios como una voz al servicio de los bolcheviques. ¡Ella que en sus apariciones públicas no dejaba de leer algunos de los himnos a las guardias blancas! Tan temprano como en 1927, es decir al año y medio de estar en Francia, ya se lamenta: "En París, fuera de unas cuantas personas, los demás me detestan, escriben sobre mí toda clase de inmundicias. Según ellos yo escribo poemas al estilo 'Juventud comunista' y recibo un 'salario de los bolcheviques'".

En París los Efrón vivieron siempre en condiciones de miseria, en los barrios pobres de la periferia, y cambiarse de lugar significaba ineludiblemente descender a otro aún más escuálido. En temporadas durmieron los cuatro en un solo cuarto, sin servicios sanitarios. Y en esas condiciones, aplastada por los menesteres del hogar, escribió sin cesar. La conciencia de su genio no la abandonaba. La intensa correspondencia que mantuvo con

Rilke en el año veintiséis, y la elegía que aquél le escribió poco antes de morir, eran para ella la más alta calificación que merecía su esfuerzo:
¡Olas, Marina, mar somos! ¡Honduras, Marina, cielo! ¡Tierra, Marina, tal somos, mil primaveras, alondras a lo invisible lanzando un canto que irrumpe! ¡Lo emprendimos como júbilo: ya nos rebasa del todo!
Que Rilke la cantara en una de sus grandes elegías le permitía ser insensible a los grajos que la insultaban. Hacia 1933 todos los sectores estaban en contra de ella: los comunistas por sus desmedidos elogios a la vieja Rusia, a la corona, al zar y a su familia; y los conservadores, en cambio, por su admiración a Pasternak y a Maiakovski. Simón Karlinski anota: "Había llegado demasiado lejos por la izquierda y por la derecha al mismo tiempo. Al final nadie le hablaba". Muy al final de la estancia en Francia Efrón comenzó a trabajar en una oficina soviética de repatriación a rusos desterrados, con lo cual los rusos del exilio no tuvieron ya ninguna duda de sus actividades.
¡Luego, la gran sorpresa! En Lausanne se encontró el cadáver de un agente soviético que había desertado. Uno de los asesinos fue detenido. Había testigos de que en ciertas ocasiones lo vieron entrar en la agencia de repatriación donde trabajaba Serguéi Efrón. Este es citado a una delegación de policía para ser interrogado, luego desaparece y meses después reaparece en Moscú, donde Ariadna estaba ya instalada. Los servicios de espionaje soviético dirigieron esa fuga para protegerlo, según dijeron; tal vez temían que diera detalles sobre ese caso, y quizás de otros. ¿No parecería todo ese desarrollo de vida una venganza, aunque inconsciente, por la humillación sufrida años atrás en Praga, por acumulación de agravios, por la postergación en que lo mantiene Marina en todos los terrenos, el intelectual y el sexual?
Mientras Serguéi y Ariadna están cada vez más cerca del comunismo, Marina escribe ya sin tregua homenajes a los blancos. Al inicial, Campo de los cisnes, siguió otro concebido en París, Perekop, un largo y oscuro poema sobre la última batalla librada por aquellos cruzados que tanto la fascinaban y su rendición final en Perekop, y en los últimos años tomaba notas para escribir una elegía larga en memoria de la familia del zar, de la cual quedaron algunos fragmentos. Las dos figuras del matrimonio paulatinamente radicalizaron sus posturas. En el periodo final de París, no puede ya publicar. Comienza por primera vez a sentirse desvalorizada y fuera de sitio. Las pocas cartas que envía a amigos distantes reflejan su desencanto. Sus condiciones de alojamiento son atroces, sórdidos cuartos de hoteles miserables; está sola, comienza a sentir que hasta la poesía misma la abandona. Y en esa condición de desvarío, sin ver salidas en Francia, sin amigos, sin medios de subsistencia, comete el peor error de su vida: volver a Rusia, convivir con una sociedad a la que odia y donde es odiada, aunque allí estén su familia, algunos amigos de juventud, Ehrenburg, Pasternak, el mismo príncipe Sviátopolk-Mirski, quien, convertido al marxismo, se reintegró a su país, su hermana Anastasia, las Efrón, sus cuñadas y, sobre todo, Serguéi y Ariadna, y da el fatídico paso, la vuelta. Vive con su marido e hija sólo unas cuantas semanas, después ambos son detenidos, como también su hermana Anastasia, y durante dos años lleva en Moscú una vida fantasmal, sombra de otras sombras. Mur se rebela. La acusa de ser culpable de las desdichas de la familia, de la prisión de su padre y su hermana, de la carencia de destino que le está construyendo. Después llegó la guerra, y ella se suicidó.
En vida suya algunos de los que la trataron, quisieron y admiraron se asombraban por la liga establecida entre su genio y la incapacidad para percibir la realidad.

Pasternak, uno de sus amigos entrañables, traza algunos rasgos de Marina en su Ensayo de autobiografía:

Durante toda su vida, Marina Tsvietáieva ha podido evitar lo cotidiano gracias a su creación. Cuando esta última se convirtió en un lujo que no se podía ya permitir y comprendió que por el momento le era necesaria a su hijo: sacrificó esa pasión devoradora con el fin de ver la realidad cara a cara, y entonces vislumbró un caos que jamás había pasado por el crisol de la creación, un caos extraño, petrificado y sin vida. Retrocedió aterrada. Y al no saber hacia dónde volver para huir con la mayor rapidez de aquel horror se refugió en la muerte. Como si reposara la cabeza en una almohada, metió la suya en la soga que la esperaba.

28 de mayo
En el hotel Iberia. Llevo un día entero en Tbilisi. Mi habitación está en el séptimo piso. La vista es soberbia. Hice hoy infinidad de cosas y me siento cansado. Ayer, aún no sabía que llegaría a Georgia. Pero les mandé a decir a los alcaldes de la literatura que estaba harto de sus imprecisiones y misterios, de modo que lo mejor sería interrumpir el viaje por la URSS y regresar a Praga. Me dieron a entender que así sería, pero un rato después llegó un mensajero con un pasaje, sí, para Tbilisi, un empleado de escasa jerarquía, así se calificó a sí mismo, no sé si para disculparse o para reprocharme mi ingratitud, pues como me dispensaron tantas atenciones a las que en nada correspondí, tenía ahora lo que me merecía, es decir su humildísima compañía. Ni siquiera en el avión lograba creer que me dirigía a Tbilisi, Tiflis en español (nombre obsoleto, pues aún en sus publicaciones en castellano los georgianos escriben sólo Tbilisi), adonde llegué a las diez de la noche, con una luna espléndida. ¡Sensación de pisar tierra real! Por lo que pude vislumbrar a la luz de la luna, es una ciudad espléndida, diferente a todas las soviéticas. Hoy inicié el recorrido, empecé a tocar los estratos que la componen, una operación constante de construcción y deconstrucción mental, un viaje a través de varias capas culturales que se han sobrepuesto en la región, dejando vestigios de lo que ha sido. La Hélade, Bizancio, Persia, los eslavos del primer milenio, las iglesias cristianas del siglo V, la influencia del Asia Central, el sufismo. Visualmente, bañada por la luz nocturna, Tbilisi es una ciudad andaluza enclavada en el Cáucaso. La presencia persa equivale a la árabe en España. Ya de día tiene otros atributos, una orografía majestuosa, una ciudad de colinas y barrancas cruzada por un río que se ve en todas partes. Las casas parecen precipitarse en el vacío, las terrazas y los balcones volar por el aire, sobre los acantilados, por entre los cuales fluye el caudaloso Kura. Acabo de estar con los escritores en la sede de su organismo. Son verdaderamente la insurrección; por lo menos el puñado de ellos con quienes conversé. Me invitan a un banquete a las dos de la tarde. Anoche, desde que llegué al aeropuerto, supe que mi estancia en Georgia sería una maravilla. A pesar de los disgustos y molestias pasadas puedo decir que ha sido un viaje memorable, y que las trabas para llegar a la meta hicieron un efecto notable, acrecentaron mi interés por la región. En La tempestad, Próspero ha arreglado mágicamente una intrincada trama para que Miranda, su hija, y el heredero del reino de Ñapóles se enamoren. Es el primer paso para que sus enemigos sean desenmascarados y pidan perdón por haberlo destronado y exiliado. Han pasado muchos años, y ya es tiempo de restaurar las heridas. El amor de los jóvenes y su posterior matrimonio será el lazo que una a las partes segregadas. Bastó que los dos jóvenes se vieran a los ojos para quedar

hechizados. Próspero está feliz porque ese movimiento es parte fundamental de su estrategia, pero, como hombre inteligente, decide entorpecer el coloquio de los enamorados, castigar su amor, pues sabe que cuando los triunfos de amor son fáciles, su valor decrece. De haber leído bien a Shakespeare, los escritores rusos no me habrían puesto tantas trabas y dificultades para llegar a Georgia. Su estrategia fue errónea. Me destinaron a encontrar todas las virtudes del universo en este lugar. Ya en el aeropuerto advertí que el nivel de vida es muy superior al de las dos más importantes ciudades rusas: Moscú y Leningrado. Apenas salí del aeropuerto mi sinusitis desapareció. Y toda la mañana de hoy he respirado maravillosamente.

29 de mayo
¿A qué mundo he llegado? Anoche no pude escribir nada sobre la visita a la casa de los escritores, mis paseos, el banquete al lado del río, y algo más que me es un poco difícil describir. Volví a disfrutar por la mañana la espléndida vista que me da el balcón. Antes de bañarme ya había pasado allí un rato. Es un clima perfecto, como el de Cuernavaca. Alrededor del hotel abundan casas de dos o tres pisos de ladrillo con tejados rojos, que contrastan con la arquitectura de hormigón o cemento armado que se estila ahora en el mundo y de la que se abusa en los países socialistas. A lo lejos, por todos lados, destacan torres con techos cónicos de metal. Sobresalen algunos edificios con elementos moriscos, posiblemente del siglo pasado, de aspecto más bien artificial. Las torres de las iglesias y monasterios ortodoxos tienen aquí algo de minaretes truncos a la mitad de su crecimiento. Ayer pasó por mí un intérprete, que será mi guía, para llevarme a la Casa de los Escritores. Entré a un salón donde había una docena de georgianos; luego se añadieron unos cuantos más. En las mesas hay unos grandes cuencos de cerámica colmados de frutas. Durante nuestro diálogo nos invitan a comer peras y manzanas gigantescas; las pelan con navajas con ademanes lentos y precisos, las cortan, elegante y ceremoniosamente se ofrecen unos a otros trozos de fruta como si cumplieran un rito antiguo, y luego también nos ofrecen a mí y a mi guía. Me entero de que el primer libro literario escrito en georgiano data del siglo v, una fecha remotísima, y que la literatura eclesiástica es aún más antigua. Les pido que me repitan la fecha, pues me parece casi imposible que los georgianos tuvieran ya libros en su idioma en la época final del imperio romano, cinco siglos antes de que las lenguas romances hubieran producido un texto literario. ¿No sería el siglo XV? Vuelvo a preguntar, y me dicen que no. Me explican también que la época de oro de la literatura georgiana es el siglo XII en que se escribe el gran clásico de la nación, El caballero de la piel de tigre, de Shota Rushtavei. Deduzco por la conversación que tanto la literatura como el cine y el teatro georgianos actuales se basan en tres elementos: un sentido estricto de la forma, un esfuerzo de imaginación que de ninguna manera desdeña lo mitológico, y un apego a la realidad y al mismo tiempo la crítica a esa misma realidad. Se quejan reiteradamente de que durante largo tiempo los georgianos no han sido considerados como seres pensantes sino sólo como un grupo nacional que manifiesta vacuamente su felicidad cantando, bailando y bebiendo vino a toda hora. "Para muchos ha sido un deslumbramiento saber que los escritores y cineastas georgianos pensamos y que somos severamente autocríticos. Pero no sólo somos una nación hedónica, hay que recalcarlo, sino también trágica", dice el escritor que preside el encuentro. Otro, un hombre sesentón, de baja estatura, regordete, de boca sensual y piel cruelmente castigada por la viruela, o por un acné juvenil tan pernicioso que le destrozó la cara, protesta con voz sofocada, porque el bello sexo, las benditas damas, sobre todo las

nórdicas y las alemanas, consideran a los georgianos como meros objetos sexuales y no como sujetos capaces de emitir poesía, y eso para el prestigio de la nación ha sido ruinoso. "Pasternak fue un gran entusiasta de nuestros poetas, escribió sobre ellos y tradujo a los mejores. Los franceses se han basado en esas traducciones, las han publicado en Francia y en Suiza, y ha sido muy difícil sacarles de la cabeza que son buenos sólo debido a Pasternak y no a los autores mismos, a quienes consideran como pura materia prima. Pero qué podemos hacer, vienen sus mujeres, sus hijas, y al regresar a sus países de lo que quieren hablar es de la potencia muscular de nuestros muchachos, de lo que tienen entre las piernas, y no de que leyeron poemas por aquí y por allá. Vienen en el verano, no como langostas, ¡qué va!, vienen como jaurías de panteras, y se arrojan hambrientas y feroces sobre nuestros cuerpos indefensos; ni a los viejos siquiera nos perdonan. Las sufrimos durante tres meses, los del verano, y nos dejan convertidos en esqueletos. El cerebro se nos seca y nos lleva tiempo recuperar la savia y volver a recordar el idioma tal como es debido. Hay una falta de respeto en ese modo tan crudo de proceder, ¿no le parece? A un primo mío más viejo que yo, con las piernas amputadas desde la guerra..." Y allí le detienen todos el galope. Se queda como aturdido, se excusa, todos ríen entonces, hablan entre sí, dicen algo que el intérprete no quiere traducirme, pelan más manzanas y peras, las cortan en pedazos y vuelven a compartirlas. "Tal vez —dice un dramaturgo, Shadim Schamanadzé, el más joven del grupo-en ningún país del mundo se siente como en Georgia la insatisfacción por lo logrado. Lo que les asombra de nosotros lo califican como experimentos de vanguardia, que si somos hijos de Beckett, o si de los surrealistas, o de los minimalistas; pues sí, puede ser que alguno lo sea, pero me parece más bien que es el resultado de una tradición distinta, que viene de muy lejos en el tiempo." Alguien explica que la nueva generación se nutre en la antigua literatura georgiana, y por eso resulta tan nueva. "Lo que hoy se escribe —insiste el dramaturgo— es una literatura trágica, caracterizada por su aceptación del dolor. El reconocimiento de un código moral que viene de la antigüedad. Lo que nos diferencia de Occidente —termina— es nuestro deseo de construir." Antes de salir de la Unión de Escritores me mostraron una lista de libros mexicanos traducidos al georgiano en los últimos diez años, Vamonos con Pancho Villa, de Rafael Muñoz, Los de abajo, de Mariano Azuela, y La muerte de Artemio Cruz, de Carlos Fuentes, junto a algunos fantasmas del realismo socialista, que en México ya nadie lee. Menos que nadie la izquierda: Lorenzo Turrent Rozas, José Mancisidor y otros... Tuve luego unas cuantas horas para iniciar el recorrido por la ciudad y mi aprendizaje básico en las cosas de Georgia. En el año 337 (la fuente está en los textos informativos de los museos), el cristianismo fue aceptado oficialmente en Iberia (la Georgia oriental), es decir, sorprendentemente mucho antes que en Roma. El gran arte religioso se desarrolla del siglo VIII al XI. Me mostraron iconos maravillosos, en uno de ellos San Jorge mata con una lanza al emperador Constantino, evidentemente antes de su conversión al cristianismo. Se han encontrado relaciones lingüísticas entre el georgiano y el idioma vasco. Uno de los nombres antiguos de la comarca fue Iberia. Este primer día en Georgia equivalió en intensidad a un trimestre de mi vida habitual. ¡Qué radiante representación de vida! ¡Qué rostros, qué ojos, qué movimientos al caminar, qué voces! Ningún ditirambo es suficiente para describirlos, con seguridad resultaría parco. Lo que más impresiona es su naturalidad. Es gente que pisa fuerte y bien. La calle lo demuestra. Las mujeres y los hombres, los viejos y los niños, todos parecen ser dueños del espacio en que les tocó vivir, quizás del mundo entero. El grupo que se reunió en el restaurante al mediodía lo formaban

los escritores conocidos en la mañana más algunos otros y artistas plásticos. Había varias mujeres jóvenes muy bellas que nadie me supo aclarar quiénes eran, si esposas o hijas de los presentes, o escritoras o actrices; la verdad, todas parecían actrices en un único papel, el de Carmen la de Triana. Comparo ese encuentro con la comida de los "escritores" moscovitas y aquéllos me parecen momias sombrías, pomposas caricaturas frente a la gente de carne y hueso con quienes me encuentro. Hice antes de comer un pequeño discurso de agradecimiento. Hablé de la felicidad que había advertido en la ciudad, y concluí diciendo que sólo eso, un estado que lograra hacer feliz a su población, que tuviera a la mano los recursos para responder a las necesidades físicas y espirituales de la sociedad, justificaba un sistema político y social. El mismo joven dramaturgo de la mañana me contestó que ese aspecto solar de país del Sur no debía engañarme, que los georgianos estaban lejos de ser el enjambre de paganos voluptuosos que el mundo se complacía en ver, sino gente pensante, crítica y severa con sus propias deficiencias. Me gustó la respuesta, pero ya para entonces todo lo que se decía en la mesa me regocijaba. Fue un banquete hiperpantagruélico, que duró cinco horas. Solemne a momentos y divertido siempre. El villano de todas las historias era el realismo socialista, su sola mención provocaba carcajadas estruendosas. Se contaron anécdotas malignas y jocosas de algunas figuras literarias del Asia Central soviética, glorias locales que en su juventud habían escrito algunos poemas o novelas, y que en las últimas décadas no escribían sino discursos en congresos como el que se estaba preparando. Las botellas de un vino casi negro circulaban sin cesar. Hubo un momento en que todo mundo hablaba sin saber con quién. Mi intérprete vertía al francés frases sueltas de aquí y allá, palabras que no se enlazaban con nada, o en lugar de traducirme cosas que me interesaban, lo que hacía era describirme los gestos y movimientos de los personajes, lo que me hacía sentir en un escenario actuando en una pieza de Ionesco: "¿Qué es lo que dijo esa señora joven que hizo reír a todos?", preguntaba yo, y él respondía: "aquella mujer no es tan joven como usted podría creer, ya acabó por sentarse, mire, al fin se llevó la cuchara a la boca", o, a la pregunta de sobre qué hablaba en su brindis el director de la Asociación, él respondió: "el tamadá levanta el cuerno de la abundancia con la mano derecha; a su vecino le sirvieron caviar y ahora se pasa la mano por la chaqueta para sacudir de la manga los residuos". "Pero, ¿qué es lo que dice el tamadá en este momento?", insistía yo. "Dice que la naturaleza se venga de nosotros, y que cada día que pasa su venganza será mayor. Mire usted a la señora de aquí enfrente de nosotros, es arquitecta, aunque no lo parece. Se ha vuelto a servir hojas de vid rellenas de carne molida. Habla con la boca abierta sobre una confusión de los sexos, porque una americana que estuvo hace poco aquí se peinaba como un cowboy y no permitía que le dijeran girl sino boy, y hablaba en masculino; decía, por ejemplo, 'Nosotros los muchachos de Oklahoma...'" Me puse a hablar en un ruso pésimo con otro vecino de mesa. Me pareció entender que acababan de estar comiendo con ellos hacía muy poco en ese mismo restaurante Bob Dylan y otros amigos suyos, entre los cuales estaba la mujer que insistía en que era un boy, invitados por Evgeni Evtuchenko, con quien debían estar ahora en su villa, en alguna de esas playas famosas: Batumi o Sujumi, lugares que me gustaría conocer como mero turista. Volví la vista al otro lado de la mesa y vi que era ya un tumulto el que se había agregado al banquete. Han añadido mesas y sillas y el grupo se hacía inmenso, nos habíamos apoderado de la terraza entera, a ratos los músicos se nos acercaban, tocaban sus instrumentos junto a nosotros y todos cantaban hermosa e interminablemente. La risa era explosiva y contagiosa. Contra todas las advertencias del doctor Rody, mi médico de Praga, bebí como

un descosido, sin sentir la menor molestia. Aveces me irritaba el excesivo nacionalismo de algunos comensales puesto que a medida que el licor se imponía el sentimiento de raza crecía en ellos y me provocaba a hacer escenas, a citar a Thomas Mann y mencionarles su concepto de ciudadano del mundo. Ya la pureza de la sangre de que se pavoneaban yo hacía elogios desmesurados al mestizaje, les recordaba que Pushkin era mulato y brindé por él. El protocolo, la concepción misma del banquete georgiano, no favorece la comunicación a dos. Sólo el tamadá puede conceder la palabra, y en esa ocasión era el director de la Unión de Escritores, hombre de muchísimas tablas y autoridad aceptada por los demás. Cada vez que yo intentaba participar, él me permitía decir cuatro o cinco palabras, seis a lo máximo, yjovialmente me interrumpía para dársela a otro que contaría una historia en la que todos alternativamente participarían con algún comentario. Claro, se podía siempre conversar con los vecinos de mesa privadamente, pero también por poco tiempo. El desarrollo de una comida puede ser apasionante. La mesa tiene que estar siempre servida, las copas llenas y el ambiente mantenerse vivo y cordial. Los anfitriones son príncipes... Comencé a sentirme fatigado, me urgía orinar y lavarme la cara, bañármela, empaparme la cabeza, y busqué el servicio para caballeros. Una empleada me dejó entender que durante ese día iba a estar clausurado, me mostró un letrero y me dijo en ruso que debía yo bajar, al lado del río estaba la gran toilette. El escritor cacarizo cambió de asiento y se sentó a mi lado.

En un italiano macarrónico me siguió contando las persecuciones de que había sido objeto en los veranos; dentro de poco se retiraría a la montaña, en una aldea de difícil acceso, allí estaría más tranquilo, se iría con otros viejos a descansar, aunque ya el año pasado tuvo que vivir encerrado en un granero donde sus nietos le llevaban clandestinamente los alimentos, "porque las alemanas y las finlandesas suben como cabras, se lo juro, estoy seguro de que treparían al Hi-malaya sí supieran que allí había un georgiano extraviado, y aunque estuviera agonizando ellas se lo cepillarían, imagínese usted lo que harán aquí en nuestros lugares que no son tan inaccesibles; las guía el olfato dicen que el semen de los georgianos es dorado; no, no es cierto, pero eso es lo que dicen, y también que es el más aromático del mundo, de manera que andan como los cerdos husmeando el suelo, en busca de trufas, sólo por el aroma, así son ellas". Se ofreció a acompañarme y a devolverme después al restaurante. Me es imposible escribir más. La experiencia fue casi traumática, me perturbó más de la cuenta, los olores excrementicios me descomponen físicamente, y yo había bebido una bestialidad. Salí del mingitorio solo y llegué al restaurante como pude a buscar a mi guía para que me condujera al hotel, creo que ni siquiera me despedí de nadie. Tendré que disculparme. Una joven bellísima me detuvo para decirme que el hombre que salió conmigo a la calle era su padre, y que no había vuelto. Me preguntó si no me dijo que se iría directamente a la casa. Le dije que no sabía, sólo que sí, que ya se había marchado, lo vi salir a la calle. "¿Hacia la derecha o hacia la izquierda?", quiso saber. Respondí que no me había fijado, que más bien me parecía que se había ido hacia el río. De haber sido veraz habría tenido que decirle que el último lugar donde lo dejé fue en el mingitorio, y que se estaba bajando los pantalones mientras hablaba con algunos muchachos que lo recibieron con regocijo.

30 de mayo

Vuelta al día de ayer. Llegué al hotel muy achispado por los hectolitros de vino tinto ingerido. El espectáculo me dejó bastante perturbado. Fue, sobre todo, un golpe al pudor.

Desde niño he tenido horror a contemplar ese tipo de actividades corporales. Las he seguido evadiendo toda la vida. Enfrentarme a esa sorprendente verbena excrementicia me desquició. Más que el hedor, lo que en verdad me alteró fue la naturalidad con que eran realizadas esas funciones. Me imagino que aquel escritor asediado por la insaciable brama de las damas de Occidente se propuso acompañarme a los mingitorios para disminuir el efecto si hubiese entrado solo al lugar. Salimos del restaurante, bajamos por una calle-escalera que iba a dar al río, y antes de llegar al malecón entramos en una pequeña puerta. Me parece que ni siquiera había una señal aclaratoria en el exterior, aunque no estoy seguro. Lo cierto es que no era un lugar clandestino, para nada. Apenas cruzado el umbral, sentí un fuerte golpe en el estómago, un mareo, una repelente racha de aire pútrido. Bajamos aún un tramo de escalera hasta llegar a un espacio amplísimo. Por el bullicio que se oía, el local debía ser un lugar muy concurrido. Tal vez, la letrina central de la ciudad. La luz era pésima. En un momento empecé a vislumbrar tras la fétida neblina una larga hilera de hombres de todas las edades, sentados en una banca interminable. Era un mingitorio colectivo, lo que jamás habría imaginado que existiera, fuera de las instalaciones penales, si acaso. Unos cuantos leían el periódico, todos hablaban y discutían. Mi acompañante dijo que ese día había sido de fútbol, por eso tanta gente, y tanta bulla. Me dio la espalda para saludar a alguien. En la otra parte de la sala gigantesca corría de pared a pared un canal metálico: el urinario, hacia donde me dirigí. El pudor colectivo era inexistente. Se oían carcajadas al mismo tiempo que ruidos de vientre. La pestilencia del antro era intolerable. Temí desmayarme. Busqué a aquel loco Virgilio que me había conducido a ese círculo fecal del infierno para pedirle que me sacara inmediatamente de allí, y lo vi feliz, como si hubiera llegado al agora en el momento cenital, conversando alegremente con unos muchachos y saludando a otros, mientras se desabrochaba los pantalones y se dirigía a uno de los agujeros para defecar. Salí como pude, llegué al restaurante, pedí a la guía que me llevara en un taxi al hotel y caí como una piedra en la cama. Desperté, ya lo he dicho, creo, con pesadez, me bañé y cambié de ropa, y las escenas que había vislumbrado bailaban en mi cabeza como algo lejano, vago, trozos sueltos de una pesadilla. Decidí no hacer de aquello un drama. Las aspirinas habían hecho ya su efecto. Tomé un par de expresos en el hotel y me eché a caminar por la avenida Rushtaveli, la más importante de la ciudad. Llegué al teatro del mismo nombre, y recordé la fabulosa representación del Ricardo III de Shakespeare que la compañía de este teatro había presentado en el Festival Cervantino unos tres o cuatro años atrás. Una representación que tenía algo del expresionismo alemán más radical y también de las marionetas populares, muy coloridas, muy marcados los rasgos, los gestos, todos los movimientos. El teatro está rodeado por un parque muy arbolado. Caminé por un sendero. La primavera estaba en su mejor momento. Los árboles comenzaban a florecer y el aroma era maravilloso, un perfume de... iba yo a decir durazno, creo, pero de pronto, ante mi estupefacción, abro la boca y pronuncio en voz alta: "Sal mojón /de tu rincón / hazme el milagro / niño cagón". Y repetí ese estribillo dos o tres veces, y vislumbro un patio, al lado de una escalera, o en el descanso de ella, con macetas grandes de hortensias blancas, sentado en una baciniquita, con mis pantalones bajados hasta los tobillos, y una sirvienta muyjoven, casi una niña todavía, que repetía estos versos, una y otra y otra vez, enseñándome a defecar en ese lugar determinado y no en la ropa. Debe ser el recuerdo más antiguo, o uno de los dos más lejanos que haya rescatado de mi memoria. ¿Qué edad podría yo tener? Tres años, cuando mucho cuatro. Lo volví a recitar. Estaba yo en Puebla, en casa de unos tíos, donde

pasábamos una temporada. Todo era nítido, transparente, una dicha me rodeaba. En alguna de las habitaciones arriba de la escalera estaría mi madre, y mi tía Querubina y mis primas Lilia y Olga, que eran casi de la edad de mi madre) y seguramente vivía aún mi padre; todo era felicidad, sí, pero sobre todo vaciar el vientre en aquel momento y repetir las palabras que la jovencita me enseña, y golpearme los muslos con los puños al ritmo de las palabras, y mi mamá seguramente me espera y me abrazaría tan pronto me viera en el vano de la puerta, me sentaría en su regazo, me besaría porque la joven le decía que ya había yo hecho en la bacinica. "No puedo soportar tanta realidad. / El tiempo pasado y el tiempo futuro, / lo que pudo haber sido y lo que ha sido / tienden a un solo fin, presente siempre." Una felicidad me abrazó en el parque que rodeaba al teatro Rushtaveli y salí del hechizo y advertí que tal recuerdo no se hubiera revelado de no ser por ese shock sufrido horas atrás. Salí del parque, me detuve frente al teatro a ver los programas del mes y las fotos de las nvievas producciones, y luego llegué al hotel y tomé otro café y una tostada y volví a mi cuarto y recordé a la señora que asistió a mi conferencia sobre El Periquillo Sarniento de Fernández de Lizardi en la Biblioteca de Lenguas Extranjeras de Moscú, quien me habló de los estudios antropológicos de su marido, de las festividades de primavera donde se reverenciaba a un niño cagón, o algo así, si no deliro, y luego establecí un parecido entre esa mujer con otra que vi hace muchos años en un restaurante de Estambul, que de pronto comenzó a cantar "Ramona", aquella canción de los años veinte interpretada por Dolores del Río, y los rostros se sobreponían, y supe entonces que estoy a punto de escribir una novela que recogerá todo esto cuando llegue a Praga.

Hoy, durante el día, he visto rincones espléndidos de Tbilisi, he salido de la ciudad, he visto prodigios, he hablado con gente interesante, comido platos deliciosos, bebido vinos oscuros como sueños, y soñado visiones de ebriedad. Mi acercamiento a todas estas actividades es real, pero al mismo tiempo vive en mí el proyecto de la novela del bajo vientre. Ansio llegar a Praga, a la estantería donde se encuentra el libro de Bajtín sobre el carnaval y las funciones del bajo vientre en la cultura popular a finales de la Edad Media e inicios del Renacimiento. La señora de la biblioteca y la turca que cantó en un café de Estambul serán una misma persona, una caucasiana, georgiana o armenia. Tal vez el narrador venga a Tbilisi, o a los sofisticados balnearios georgianos del Mar Negro, Sujumi, Batumi, y visite a esta dama que cuida como un tesoro los papeles de su marido. Debe haber cierta ambigüedad en cuanto a la personalidad del antropólogo, podrá ser un genio o un charlatán, ambigüedad que siempre existe cuando las viudas hablan de sus maridos difuntos: pueden enaltecer a unos badulaques de miedo, y eso les da importancia, fama, status, saben que el mundo está convencido de que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer, y con el tiempo van forzando el proceso, construyendo un edificio virtual hablan de cómo surgió la idea central, la que ha hecho famoso al occiso, y modestamente insinúan que de una conversación familiar, o de algo que ella comentó una vez, una súbita iluminación que tuvo en la cocina, o en el baño, o en el parque, quizás fue una triple iluminación y, cuando conversó de ella con su marido, a él se le iluminó el cerebro y comenzó a trabajar en una dirección determinada, la que ella señalaba, y ya al final, en plena vejez, después de muchos años de viudez, lamentaba haberse casado con un hombre que si bien era bueno y generoso, también era limitado, sobre todo mediocre, que lo poco que hizo fue gracias a ella, sí, claro, pero que si hubiese tenido talento, si hubiera logrado entender lo que ella era, intentado siquiera comprenderla, se habría convertido en un Einstein, un Nietzsche, un Borges. Bueno, sería interesante investigar cuál era realmente la

impresión que de su marido tenía este personaje f emenino en el que pienso: Marietta se va a llamar, Marietta Karapetián. Y sé que deberá tener un contrincante, un enemigo, tal vez secreto, a lo largo de toda su vida. Y la parte central de la novela será sobre su viaje a las selvas mexicanas con su marido y la celebración de la primavera con un festín fecal en el que participará como protagonista final un niño. Y en la tramoya del relato, en el substrato del idioma estará, por supuesto, la instantánea visión de la letrina de Tiflis, pero sin hacer nunca mención a esa circunstancia en la novela. Alguien, su marido, o tal vez su contrincante, o varios de sus amigos, se referirán a ella como La divina garza.

Cenando con unos periodistas georgianos comenté el incidente del restaurante de la Asociación de Escritores, años atrás, cuando llegó Ajmadulina, en un momento difícil, del brazo con el ministro de Cultura de la República de Georgia, y la seguridad que eso le daba. 'Ya desde entonces sentíamos aquí la necesidad de abrir ventanas, de que corriera el aire. Sabíamos que tendría que llegar el momento, que nos acercábamos a él y que si no procedíamos a tiempo se nos escaparía." Me explica que el actual ministro de Relaciones Extranjeras Edvard Schevernadze era entonces el dirigente del Partido Comunista en Georgia, el hombre fuerte, pues. Schevernadze comenzó a elaborar una protoperestroika a nivel local desde hace más de diez años. Con pocas declaraciones y una acción firme se estimuló una cultura más cercana a la de Polonia o Hungría que a la imperante en la URSS. Y eso fue posible debido a la buena administración económica, a los niveles alcanzados, y a una política cauta y a la vez segura; tranquila pero audaz. Parece muy difícil, pero se ha logrado. Schevernadze es quizás el político más cercano a Gorbachov, el que goza de su mayor confianza. "¿Y la población apoya esta transformación política y social?", le pregunto. "Me parece que sí, por varias razones. Los estalinistas, que constituirían el frente enemigo más duro, más visceral, no se han manifestado en contra. Pienso que ellos avizoran como solución a largo plazo la autonomía, la independencia. Salir de la Federación y constituir un Estado Georgiano independiente, una república o monarquía, les daría lo mismo; se han cansado de los rusos, se sintieron intensamente traicionados después del XX Congreso. Georgia fue diezmada por el estalinismo; y sin embargo, el pueblo no daba crédito a los crímenes denunciados por Jruschov. La situación aquí era extremadamente delicada. Fue un milagro que no estallara una revolución. Revueltas sí las hubo, a veces sangrientas, pero sin trascendencia. Ahora vamos a ver. El futuro se ha abierto. ¿Qué traerá para nosotros?"

31 de mayo

He recorrido museos, algunas iglesias, tesoros artísticos de Georgia. Su pintura medieval y renacentista. La pintura bizantina es de calidad excepcional, comparable a las piezas de Rubliev, en la Rusia del Norte. Ayer por la tarde viajé a la antigua capital, donde hay dos iglesias portentosas. Una del siglo vi luce en un frontispicio de piedra labrada una Ascensión de Jesús, practicada por dos ángeles, con una ligereza que muy pocas veces se logra en piedra. El viento ha tenido su participación al devastar los rostros; bajo la cabellera sólo se divisa una boca en uno de ellos y de la cara del otro ángel sólo resta un ojo, lo que da un carácter casi abstracto a la pieza. Y otra del siglo XI: la iglesia de San Joveli (¿San Jorge?), en cuya fachada, entretejido en piedra, resalta un gran árbol de la vida. Una vez en el interior se tiene la sensación de haber entrado a una amplia caverna, existente en el seno de una montaña. Estamos milenio y medio atrás de nosotros. Los señores y los pastores, guerreros todos, reunidos por devoción a la fe verdadera, la de Cristo resucitado,

piden en sus oraciones la victoria, pero casi aún más la exterminación de los turcos, de los persas, de todos los infieles. El recinto crece hacia lo alto. En la base tiene cuatro ángulos, que se van cerrando a medida que los muros ascienden; en la segunda tregua ya hay ocho costados, y más arriba dieciséis, y al final la cúpula se cierra en una bellísima corona de treinta y dos costados. Una réplica del templo de San Jorge en Jerusalén, me dicen. En uno de los muros hay un gran fresco, cuya antigüedad nadie logra precisar y donde se advierten visibles remiendos. Abundan, en él, las naves, deslizándose entre sirenas, tritones e hidras de siete cabezas. No veo ningún santo conocido. Todo parece pertenecer a un orden religioso diferente. Las figuras renacentistas y barrocas de la hagiografía católica: San Cristóbal cruzando un río con el niño en brazos, San Jerónimo con un libro al lado de un león, San Sebastián atado a un árbol y flechado, Santa Lucía mostrando en un plato los ojos que le han sido arrancados, San Antonio sumido en la melancolía de sus tentaciones, no existen en estos cielos. En la pintura ortodoxa apenas existen santas, o si las hay no las vi en estos lugares, ni recuerdo a ninguna prominente en mis antiguos paseos por las galerías y museos de Moscú. Lo más cercano a las santas son los ángeles, de aspecto epiceno, de masculinidad casi inexistente. Hay arcángeles flamígeros, armados y belicosos, y muchos otros santos a caballo, con cascos y corazas que ni por el aspecto, la vestimenta o el nombre puede uno asociar con los nuestros. Un San Francisco de Asís sería aquí la negación del culto. El aspecto marcial está marcado en la pintura de todas las épocas, y también en la calle, en los restaurantes, en donde quiera que usted mire por la ciudad. Son, además, uno de los pueblos más longevos del mundo. Los escritores rusos han escrito sobre la dignidad de los diversos pueblos, razas y culturas que pueblan y florecen en el Cáucaso. La atracción de esta larga faja de tierra montañosa que va del Mar Negro al Caspio ha sido proverbial, ininterrumpida desde Pushkin y Griboyedov hasta los de hoy día. Acercarse a esa región, convivir con sus aborígenes ha sido para ellos, más que conocer y deleitarse con una región física rica en paisajes, una experiencia espiritual y una educación sentimental. El Cáucaso ha sido desde siempre un lugar excepcionalmente atractivo para los jóvenes rusos. Pushkin lo canta; de alguna manera encuentra allí una naturaleza humana semejante a la de los gitanos, inmaculada, no dañada por una rígida educación protocolaria, sino regida por el instinto. Desde los niños hasta los ancianos, las mujeres y los hombres son naturaleza. Naturaleza dentro de la naturaleza. Por eso el hombre allí no teme, como el del Norte, al instinto, ni lo reprime; por el contrario, hace de él su guía. Pushkin pasó algunos años de su juventud desterrado, por haber escrito una "Oda a la libertad", en las inmediaciones del Cáucaso, en Besarabia, sobre todo, donde escribió uno de sus primeros grandes poemas: El prisionero del Cáucaso, y al cumplir los treinta años hace por propia voluntad un viaje de placer a Georgia. De Moscú a Tiflis, en un viaje que fue calificado como rapidísimo, hizo veinticinco días. Recuerda esas jornadas en sus diarios como intensamente felices. Su llegada a la capital georgiana lo impresiona. Al entrar a la ciudad coincide con un cortejo fúnebre resguardado por altos oficiales georgianos y rusos. Pregunta quién es el difunto y de dónde lo trasladan. Y se queda petrificado al enterarse de que es su amigo y contemporáneo Alexander Griboyedov, diplomático en Teherán y autor de una comedia sarcástica de corte iluminista, La desgracia de ser inteligente, que nunca en vida suya pudo representarse ni publicarse, pero que toda la inteligencia rusa conocía de memoria. La embajada en Teherán fue asaltada por una turba y el personal entero asesinado. Pushkin, impresionado por esa nota luctuosa, redujo a dos semanas la estancia en Tiflis, apenas la mitad del tiempo que le lleva el regreso a Moscú. La curiosidad sexual de Pushkin comenzó

a ser inclemente con él desde la pubertad, hasta convertirse en una compulsión venérea. Al día siguiente de haber llegado se dirigió a los baños de Tiflis, dispuesto a relajar los músculos del inmenso viaje; allí se sorprendió al ver a más de cincuenta mujeres, jóvenes y viejas, sólo con ropa interior o totalmente desnudas, bañándose junto a los hombres, y que no sucediera ningún oleaje sexual visible; el único alterado era él, pero nadie parecía percibir su excitación genital. "Sentí que había entrado a esa sala como un hombre invisible", escribe. El joven conde Tolstoi, años más tarde, harto de la vida cortesana se lanza al Cáucaso, y desde el principio queda rendido. Las tensiones que le producía la vida social desaparecen. Ha encontrado una tierra donde la Naturaleza crea las leyes y los hombres se someten a ella y no a la inversa. Todo acto humano que esté acorde con la naturaleza deja de ser pecado. Y esa vida natural se rige por un Eros radiante y vigoroso. El Cáucaso para él es la tierra de la poesía, la verdad y la pasión. En fin, un edén terrenal; un vigor semejante a los días inicia les de la creación. La primera verdadera novela de Tolstoi, Los cosacos, escrita a los 35 años, y la última, Hadji Murat, escrita a los 76, pero publicada postumamente, están situadas en el Cáucaso. Son libros de amor por los paisajes que lo asombran y devoción a sus personajes. Para él, espacio y protagonistas son en estas novelas lo mismo: verdad, dignidad humana. La peregrinación al Cáucaso, en especial a Georgia y Armenia, se vuelve una obligación literaria. Lermontov, Bulgákov, Mándelstam, Pasternak, tantos más. Pero no todo ha sido felicidad en "la Perla del Cáucaso", como ineludiblemente las guías turísticas llaman a Georgia. En una de sus aldeas nació uno de los hombres más temibles del siglo XX, un demonio, José Stalin, una encarnación condensada del mal, quien mandó vejar, torturar y liquidar a millones de sus aterrorizados súbditos. Si tierra de felicidad para los escritores fueron las repúblicas del Cáucaso, Georgia, Armenia, Azerbaiján y otras regiones autónomas como Chechenia y Da-guestán, la relación con la tierra rusa era visiblemente menos feliz y voluptuosa, pero igualmente intensa. Es una relación que el pobre ser humano, el sufrido, el humillado ruso establece con lo sagrado. La tierra rusa es la Madre. La naturaleza se disimula en beneficio del misterio de aquella zona que para cada uno de nosotros es imposible captar con la razón, sino sólo con el sentimiento, con el corazón, con la piedad. Cioran, uno de los pensadores que más se han acercado a lo ruso, ha escrito: "Un pueblo no representa tanto una suma de ideas y de teorías como de obsesiones: las de los rusos, de cualquier parte que sean, aunque no siempre sean idénticas, guardan un parentesco. Un Chadaiev, occidentalista, que no le encontraba ningún mérito a su nación, o un Gógol, eslavófilo, que la escarneció sin piedad, estaban tan ligados a ella como Dostoievski. El más furibundo de los nihilistas, Netchaiev, estaba tan obsesionado por ella como Pobiedenestsev, reaccionario violento procurador del Santo Sínodo. Sólo esta obsesión cuenta. Lo demás es pose..." Me emociona y sorprende siempre la asimilación de Rusia con el cuerpo de Dios. En Gente de catedral, de Leskov, el novelista ruso que Walter Benjamin prefería a otros más nombrados, un sacerdote se emociona al saber que un anciano muy pobre, casi un pordiosero, ha recogido a un niño huérfano, con quien comparte sus mínimos bienes, y apenas oye la noticia exclama: "¡Oh, tú, mi querida Rusia, qué hermosa eres!" Y en el más terrible relato que uno podría imaginarse, En el barranco, de Chéjov, un anciano encuentra a una joven que lleva en brazos a su hijo muerto. La invita a subir a su carretela y le dice:

—Tu desgracia no es más que una desgracia a medias. La vida es larga y habrá de todo en ella, bueno y malo. ¡Qué grande es la madre Rusia! —añadió mirando a ambos lados del camino—. La he recorrido toda, la he visto toda, y puedes creerme, hijita, habrá de todo:

bueno y malo. Yo he atravesado a pie Siberia: estuve en el Amur, en el Altai, me fui a Siberia de colono, labré aquellas tierras; y terminé echando de menos a la madre Rusia y volviéndome a mi pueblo. Regresamos a pie. Recuerdo que una vez, atravesando un río en un pontón, iba yo descalzo, desarrapado, aterido de frío, más seco que una vara, royendo unas cortezas; y un señor que también iba en el pontón —Dios le tenga en su gloria si ha muerto— me miró con lástima y se echó a llorar. "¡Ay —me dijo—, tu pan es tan negro como tu vida!" Llegué a mi aldea, como el que dice, sin tener dónde caerme muerto. Era casado, pero mi mujer quedó enterrada en Siberia. Desde entonces soy jornalero. Y no vayas a creerte, he visto de todo, bueno y malo. Pero no deseo morirme, hijita. De buena gana viviría otros veinte años. Quiere decirse que lo bueno ha sido más que lo malo. ¡Qué grande es la madre Rusia! —terminó mirando de nuevo a su alrededor.
¡En un solo párrafo ha invocado tres veces la grandeza de la Madre Rusia! No sólo un ruso es susceptible de sentir el latido de la Madre Rusia. Rainer María Rilke, a quien la rusa Lou Andreas Salomé acompañó durante varios meses como guía, musa, amante, maestra, escribe el 31 de julio de 1900, a bordo de un vapor por el Volga: "Todo lo que había visto en mi vida era tan sólo un simulacro de la tierra, del río o del mundo. Aquí, en cambio, todo puede ser apreciado en su magnitud natural. Me parece como si hubiera sido testigo del trabajo del Creador". ¡Qué tal!

2 de junio
El viaje está por terminar, ¡oh, desventura! Ayer pasé un largo rato sentado en la terraza del hotel. Tomé muchas notas de mi estancia en Georgia. Fui muy temprano al Museo de Bellas Artes, sólo para ver de nuevo los cuadros de Niko Pirosmani, un pintor georgiano de principios de siglo, que vivió de pintar tablas que anunciaban las tiendas, los talleres, los restaurantes y las tabernas. Si se le compara con la pintura georgiana de la época, se dispara de inmediato muy por encima de todo lo demás. Pero no sólo en Georgia, en cualquier lugar del mundo donde se los ponga, sus cuadros se harían notar. Fue un gran pintor, pero él no lo supo. Allá por los años veinte, viejo, alcoholizado, miserable, fue descubierto por algunos conocedores de arte. Sus cuadros más notables giran en torno al banquete, esa pasión de los georgianos: mesas colmadas de manjares, botellas de vino, comensales en actitud ceremonial, como esculturas de sí mismos, y la pequeña orquesta judía al fondo o al costado. El trazo del dibujo es poderoso, las líneas son amplias, son una de las partes más importantes de la estructura. Inmediatamente después me llevaron al aeropuerto, y a las cuatro de la tarde caminaba por las calles de Moscú. El regreso ha sido sensacional. Pleno verano, 34° de temperatura. Anoche hice un paseo por el centro durante varias horas. Hoy por la mañana lo mismo. Buscaba la casa-consultorio del doctor Chéjov. Me perdí, tomé otro rumbo y llegué al viejo barrio de mi embajada; valió con creces la pena. Es un sitio donde abundan villas art nouveau muy bien mantenidas precisamente por ser sede de embajadas. Pasé por la Librería Internacional situada frente a la embajada de Italia, muchos libros en español en las vitrinas, la mayoría de Seix Barral. Bajo este sol, casi he vuelto a adquirir color. Ciudad fascinante cargada de literatura, sólo apta para ser apreciada por quien está ya de regreso. Recuerdo el entusiasmo de Pepe Donoso cuando nos encontramos a un lado de San Basilio hace años. Y la sorpresa que me produjo al decirme que se sentía mejor aquí que en Leningrado. Leningrado, en eso coincidimos ambos, es una ciudad construida toda en una misma época, regida por un canon arquitectónico único. Eso le imprime a su belleza una indecible monotonía, una

artificiosidad que carece de los misterios de Venecia, de Praga. "Haber conocido el interior de San Isaac —me dice Pepe— lo dice todo, me reveló otra ciudad. La vacuidad del poder." ¡Estoy tan feliz de haber vuelto! Ver y sentir el inicio de esta resurrección. El progreso de la ciudad resulta evidente en su limpieza. Han restaurado muchos edificios durante mi ausencia y las editoriales traducen más. Se publican libros que hace apenas cinco años parecía imposible imaginar en Rusia. El hombre sin cualidades, de Musil, Mrs. Dalloway y Al faro de la Woolf, Retorno a Brideshead, de Evelyn Waugh, Los sonámbulos, de Hermann Broch. Es evidente que un nuevo deshielo ha comenzado. ¡Lástima que en el campo de los hispanistas, de los latinoamericanistas, no se advierta la misma intensidad! Por lo visto nuestras literaturas no cuentan con defensores capaces. Inna Terterián, que acaba de morir, ha hecho el prólogo para las obras de Borges. Queda Vera Kuteshikova. Quizás haya nuevos jóvenes que desconozco. Por lo pronto, el momento de nuestra literatura aún no ha llegado, pero se acerca. Pronto aparecerá Rayuela y el libro de Borges. En el hotel vi por televisión la inauguración de la Copa Mundial de Fútbol. Nuestro presidente no pudo hablar; fue interrumpido por un público vociferante que lo obligó a callarse. Hago listas de personajes en mi novela. Tres o cuatro grupos familiares. Todos tienen hermanos o hermanas, no me explico por qué, pero así lo requiere la trama. La lectura de Gógol es indispensable. Será la columna fuerte de la estructura. Gógol, sus biógrafos, sus personajes... La figura fundamental tiene que ser la mujer, la viuda del antropólogo que estudia las fiestas indígenas en México. Y he resuelto que su contrincante existencial sea un licenciado que resuma todas las miserias humanas que detesto: la avaricia, la mezquindad, la inautenticidad, otras cositas de este tenor, y que es un fanático (inconcebiblemente) de Gógol. Concibo como un homenaje al autor de La nariz y del Diario de un loco.

Hazañas de la memoria

"Unos veinte años después emprendí un viaje a Lausanne para ver a la vieja señora suiza que había sido institutriz de Sebastian y después mía. Debía de tener casi cincuenta años al dejarnos en 1914; había cesado la correspondencia que nos unía, de modo que no estaba seguro de encontrarla viva en 1936. Pero la encontré. Había allí, como pude descubrir, una unión de viejas damas suizas que habían sido institutrices en Rusia, antes de la revolución. Vivían 'en su pasado', como me explicó el amabilísimo caballero que me guió; aguardaban la muerte —y muchas de esas damas eran decrépitas o estaban chochas— comparando notas, riñendo entre sí y denostando las condiciones de Suiza, que habían descubierto después de los muchos años vividos en Rusia. Su tragedia consistía en el hecho de que durante todos aquellos años pasados en un país extraño se habían mantenido totalmente inmunes a su influjo (hasta el punto de no aprender la más simple palabra rusa). Hostiles, en cierto modo, al mundo que las rodeaba —cuántas veces había oído a Mademoiselle lamentarse por su exilio, quejarse del abandono y la incomprensión en que se la tenía, anhelar su tierra natal—, cuando esos pobres seres errabundos regresaron a su patria se encontraron como extranjeros en un país cambiado, y un capricho de los sentimientos hizo que Rusia (que había sido para ellas un abismo arcano, un retumbar remoto, más allá del rincón iluminado de un cuarto apartado, con fotografías en marcos de madreperla y una acuarela con la vista del castillo de Chillón), la desconocida Rusia, adquiriera ahora el aspecto de un paraíso perdido, un lugar vasto e incierto, pero —retrospectivamente—

acogedor, poblado de pensativas fantasías. Encontré muy gris a Mademoiselle, pero tan llena de energía como siempre, y después de los primeros y efusivos abrazos empezó a recordar menudencias de mi niñez, tan deformadas o tan lejanas a mi memoria que dudé de su pasada realidad."
Vladimir Nobokov, La verdadera vida de Sebastian Knight, traducción de Enrique Pezzoni, Anagrama, Barcelona, 1988.

3 de junio

Martes, último día de mi estancia en la URSS. No sé si sea día festivo, al menos en las escuelas; me parece ver más gente joven en la calle que anteayer, domingo. Antes del desayuno hice mis maletas; basta llegar después y guardar las medicinas, algunos libros, los cuadernos donde he escrito estos días. Caminé un poco, visité las librerías de viejo. La de la planta baja del hotel Metropol sigue siendo estupenda. Me encantan los encuentros ocasionales, sentarme en la banca de un bulevar o de una plaza, iniciar conversaciones con viejas parlanchínas a las que apenas logro comprender, con jóvenes, fumar con ellos un cigarrillo, y listo, levantarme, dejarlos estupefactos por haber conocido por primera vez a un mexicano. Me di cita con Kyrim en el bar interior del Metropol, ese que parece una locación de cine negro americano, donde la mezcla de visitantes jamás parece tener coherencia con el hotel ni con Moscú. Desde el primer día que entré ahí, hace años, quedé fascinado. ¿Quiénes podrían ser aquellos rusos y quiénes los extranjeros tan extravagantes que aterrizaban en ese lugar? Son las preguntas que jamás les interesa plantearse a los politólogos, los kremlinólogos, por eso me daba tanto fastidio leerlos o escucharlos cuando cenaba con ellos en alguna embajada. Claro, ahora a la distancia pienso en excepciones notabilísimas: algunos italianos muy brillantes y, sobre todo, en dos polacos sin parangón, Ryszard Kapuszinski, el más culto, inteligente y penetrante cronista del mundo soviético, y K. S. Karol, ambos extraordinariamente capacitados para sopesar la gama amplísima de elementos, de detalles, sin dejarse capturar por los hechos escuetos, esos que por sí solos, muy rara vez constituyen verdades. Cuando trabajé en la embajada tuve oportunidad de oír hablar a corresponsales de periódicos extranjeros sobre la sociedad soviética, como si fuera igual a la época estalinista. Kapuszinski y Karol saben leer otros signos y por lo mismo proponen versiones más ricas y mucho más atinadas. A ningún "especialista" podría convencérsele de que abajo de la plana superficie examinada había distintas corrientes combatiéndose entre sí, aun en el mismo Kremlin, como las había en todo el mundo socialista, con excepción tal vez de Albania y Rumania. Ahora la Perestroika les ha mostrado una trama diferente y de nuevo no entienden nada. Soterrados en una superficie engañosamente homogénea existían intereses varios, alianzas difícilmente concebibles y fobias y odios brutales donde se suponía una unidad monolítica. Kapuzsinski señalaba hace poco en una entrevista que "la gente, aun antes de la Perestroika, solía expresarse con el silencio, no con las palabras, los lugares en donde se presentaban y los que evitaban, la manera en que miraban algo, las palabras neutras en un comentario tenían su sentido. A pesar del desprecio y de la arrogancia hacia la sociedad, el poder no dejaba de prestar atención a la clase de silencio que ésta practicaba". A eso se debía la publicación de los autores castigados de antaño, los clásicos, digamos, los ejecutados, los silenciados, los desterrados a Occidente. Mándelstam, Pasternak, Ajmátova, Tsvietáieva, Babel, Bulgákov, Pílniak, Remizov, Bunin, otros más, cuyos libros en Moscú y Leningrado se vendían en

tiendas de moneda extranjera, pero que los miembros de las Asociaciones de Escritores podían adquirir en rublos y a un precio muy reducido; y también, y sobre todo, los libros de autores contemporáneos que rozaban temas políticamente escabrosos, como La nave blanca de Chinguiz Aitmatov, o La casa sobre el río y El viejo, de Iuri Trifonov, y otros más que, publicados en ediciones limitadas y a regañadientes, llegaban a las librerías donde se agotaban en menos de una hora, pero que en los días siguientes habían sido ya devorados por millares de lectores, y el teatro de la Taganka, dirigido por Iuri Lúbimov con público internacional y colas de kilómetros de rusos en busca de entradas para ver la versión teatral de El maestro y Margarita de Bulgákov. El cine de Klímov, de Guerman, y el cine extranjero no anunciado en ninguna parte que se proyectaba a las diez u once de la noche, en un cine sin carteleras, con la fachada sin luces, ante un público exigente y entusiasta de cineastas, actores, escritores, gente de cultura, que se enteraba por amigos, quién sabe cómo, o los talleres de los pintores que uno visitaba para adquirir cuadros de la nueva guardia, especialmente abstractos, y muchas cosas que formaban parte de mi vida cotidiana cuando fui agregado cultural y de las que les fastidiaba a los corresponsales extranjeros enterarse, porque era más fácil continuar con una visión implacable que mantenía un clima de guerra fría. Sigo trabajando en el esquema de mi próxima novela. Se situará en varios lugares: Estambul, Roma, Cuernavaca o Tepoztlán, y un paraje en medio de la selva tabasqueña. Tengo también esbozos de los personajes. De los sueños absurdos de estas dos semanas y las extrañas coincidencias fecales que se coaligaron entre aviones y cuartos de hoteles ha surgido un título posible: Señora la Divina Garza. Hace diez años, un joven cineasta casado con una chica colombiana me habló en Moscú sobre las tendencias que él percibía en el pensamiento de sus contemporáneos, jóvenes universitarios o profesionistas, artistas o científicos, amigos suyos o primos, o amigos de sus amigos, gente con un nombre, con rostro conocido, no la abstracción de las encuestas, y esas tendencias por orden de importancia eran las siguientes: a) berdiaievistas, quienes seguían el pensamiento cristiano de Berdiaiev; b) neoeslavistas, o sea nacionalistas de derecha; c) pluralistas, demócratas de diversas tonalidades, a una de las cuales él se adscribía; d) zen-budistas y e) cheguevaristas; estas dos últimas categorías, minoritarias. Le pregunté por Trotski, ¿no hay trotskistas?, y la respuesta fue categórica: "casi ninguno". "¿Por qué?" "Porque se piensa que de haber ganado la pugna ideológica, hubiera seguido el mismo camino totalitario de Stalin, quizás sin la bestialidad del monstruo. Sus tesis sobre arte y literatura no tienen para nosotros ningún atractivo, se siente el tono militar, la brutalidad de la época, quizás. Algunos nos hemos preguntado: ¿Cómo fue posible que hayan sobrevivido a las purgas los formalistas: Sklovski, Eijenbaum y Tinianov, o aun los menos vistosos: Tomachevski, Propp, otros? Y la única respuesta que uno encuentra es que se salvaron gracias a la violencia verbal con que fueron atacados por Trotski. Fue un salvoconducto para toda la vida. Si eran despreciados de esa manera, alguna virtud debían tener. Bujarin, en cambio, ejecutado durante las purgas después de un juicio estruendoso, por ser trotskista, en estos tiempos, no sé por qué razón, comienza a tener estudiosos y discípulos. Ahora, muchos como yo hablamos de memoria, de lo que oímos, yo personalmente no he leído a Trotski, nunca." No todos los rusos respondían como una aplanadora, los había, y no eran pocos, de amplísimos conocimientos y excepcional sensibilidad artística. Bastaba ir a un concierto en Moscú de algún gran artista para contagiarse con la intensidad de recepción. Desde su asiento uno se sentía en un templo, inmerso en una especie de halo religioso que procedía no sólo del artista que ejecutaba una

pieza en el escenario, sino también de la sala, de la respiración de los varios centenares de feligreses que seguían nota a nota con todos sus sentidos, su inteligencia y su espíritu, el desarrollo de un concierto. Y al final se producía la apoteosis, la ascesis, la unión mística con el misterio. Pocas veces he vivido con tanta pasión la ópera como en el teatro de ópera de cámara de Moscú, una mínima sala perdida en un barrio anodino de la ciudad, que ni siquiera tenía derecho a anunciarse en las carteleras, ni en la prensa, ni a manifestar su existencia en la fachada del edificio. Sin embargo, a pesar del silencio oficial, obtener entradas en ese local era una hazaña complicadísima. Se compraban, y muy difícilmente, por lo menos con dos meses de anticipación. No era un lugar prohibido, ni clandestino, de ninguna manera; pero su existencia era sólo tolerada. Entrar allí era sentirse como un cristiano sumido en las catacumbas en tiempos de persecución. Era un santuario, un lugar protegido adonde se iba a celebrar un rito sagrado. Allí vi El progreso del libertino, de Igor Stravinski. No existía ninguna distancia física entre cantantes, orquesta y público. Éste se sentía ligado por la falta de espacio y la pasión del momento. Jamás recuerdo haber sentido una emoción y una angustia tan intensas como en esa función, y tampoco he sentido júbilo comparable al que experimenté en una delirante presentación de La nariz de Shostakovisch, sobre el cuento de Gógol, presentada en aquel mínimo teatro. Todo esto era posible en una sociedad tan compleja, irreal, gogoliana, kafkiana y dostoievskiana como era la moscovita a finales de Brezhnev. Los politólogos convertían la sociedad en una página sin relieves; su posición, por lo general, era reducir cualquier fenómeno a lo estadístico y a lo ideológico. Lo que decían de Brezhnev y Suslov, el pavoroso ideólogo del Comité Central, y de toda aquella caterva de ancianos decrépitos era cierto, así como era cierto que existía una censura de múltiples formas y enormes deficiencias, pero había también gente de primera, rusos sabios, refinados, imaginativos, y también individualidades espectaculares. ¡Ah, y la cuestión del alma! ¡Del alma rusa! Cioran comentaba: "Después de la guerra, Laurence Olivier y su compañía fueron a Moscú para representar Romeo y Julieta. Concluido el espectáculo, en el colmo de la emoción, los rusos se abrazaron como durante la noche de Pascua. Eso es tener un alma". Lo podía decir Cioran, pero uno no. A algunos amigos mexicanos les preocupaba mi ingenuidad, mi estupidez cuando comentaba esos fenómenos de la vida rusa. Y en España era imposible abrir la boca. En una ocasión, al final de una fiesta estupenda y divertida en Barcelona, comenté algo relativo al alma eslava, y un amigo entrañable se enfureció violentamente. Me insultó como si adulcorara yo la brutalidad de los campos de castigo, como si quisiera levantar una fachada color de rosa que disimulara los crímenes de Stalin. Creo que jamás me he sentido tan herido, tan injustamente juzgado. Bueno, las cosas han cambiado, la historia se ha movido... En el Metropol estaba ya Kyrim esperándome. Me dio una sorpresa magistral. Había localizado a algunos de mis amigos, la mayoría estudiantes de teatro ya en los últimos cursos cuando vivía en Moscú y comenzaban a hacer como ejercicio mínimos papeles en los teatros normales. E hizo una reservación en el restaurante privado más sofisticado que existe hoy día en la ciudad, una dacha amplia con varias salas, frente al monasterio de Novodievitshi, en cuyo cementerio se halla la tumba de Chéjov. El ancho río Moskvá nos permitía una perspectiva soberbia del monasterio y sus murallas. Los había citado temprano, debido al poco tiempo que me quedaba en Moscú. Fue el momento más grato de todo el viaje. Todo lo que me dijeron, la emoción que hubo en el encuentro, la alegría inmensa, la risa, porque todos, desde que los conocí, fueron bendecidos por un sentido formidable del humor, cada quien con un diapasón diferente; gracias en buena

parte a ellos mi visión de Rusia, de su gente, de su cultura fue distinta a la de muchos otros diplomáticos. En el almuerzo que organizó Kyrim éramos catorce o quince amigos: dos Serioyas, Oleg, Vitia, Asim, Alioscha, Sonia, Alexandra, algunas esposas o maridos que desconocía, dos bebés, dormidos a nuestro lado en sus carritos. Faltó Arutón, el de mayor personalidad, el de más mundo, el eje del grupo en el pasado, hijo de actriz célebre, nieto y sobrino de actores eméritos, de músicos y eruditos, en fin, parte de un clan célebre en Armenia, y luego llegaron los dos Sachas, el del mar Caspio y el de los Urales. Se sienten bien. Son jóvenes que hacen hoy en su trabajo lo que años atrás parecería una utopía. Están llenos de entusiasmo; de fuego, me atrevería a decir. Hablamos de Georgia, que para ellos es terreno sagrado; me abochornaron por no haber visto el nuevo cine que se hace allá, y luego, durante un buen rato, la conversación se ciñó a Arutón, y salieron a la luz infinidad de anécdotas y también señales de orgullo por ser amigos de aquel pequeño genio, que ya hizo Romeo y Hamlet y el Cid, y el estudiante de El jardín de los cerezos, y el joven escritor simbolista de La gaviota, y fue con la compañía nacional de Erevan al Festival de Edimburgo, y, en cambio, Oleg, talentoso ruso de Estonia, galán joven del teatro de Riga, tuvo que emigrar a Moscú, porque los rusos fueron desplazados de la república de Estonia y el teatro se cerró y ahora lo pasa mal en Moscú. Recordamos muchos momentos del pasado y luego, cuando me despedí de ellos, esos adioses abrumadores de los rusos que no terminan nunca, donde hay abrazos y lágrimas, y frases estrambóticas y dulces, me sentí el huérfano universal, un perro perdido en un mundo hostil, como el de Bulgákov en Corazón de perro, pero también con una felicidad inmensa por ver lo felices que ellos son. Walter Benjamin, después de una catastrófica relación amorosa en Moscú, decepcionado de muchas cosas, considerado allá excesivamente ortodoxo y sectario en sus opiniones políticas, llega a su patria y lo primero que añora es el calor humano, el roce con los otros. "Para quien llega de Moscú —escribe en su diario—, Berlín es una ciudad muerta. Las personas fuera de casa parecen desoladamente aisladas, cada una lejanísima de la otra, solas en el mundo."
Salí de Moscú con un calor tórrido. Sí, ya lo dije, creo, 34° a la sombra. Acaban de anunciar por el magnavoz que la temperatura de Praga es de 12°. Y que además llueve.

Iván, niño ruso

Mi madre había muerto unos meses atrás; yo comenzaba a ir a la escuela, una modesta casa privada donde éramos ocho o diez alumnos. Aún no me había atacado la malaria, de modo que podía hacer una vida más o menos regular. Cantábamos casi todo el tiempo, pero también aprendimos a contar, a leer, a dibujar. Todos éramos allí felices, me parece. La maestra se llamaba Charito, era muy gorda, pero maravillosamente ágil para bailar y lo hacía con frecuencia. Mi abuela me pasó un libro para que practicara en casa la lectura; lo más posible es que haya sido de mi madre, cuando niña. En la primera página había una plana con algunos rostros, cada uno enmarcado en un cuadro y con unas palabras de identificación. La página tenía como título Razas humanas, y contenía fotos o dibujos de niños de distintos lugares y diferentes razas. Una de esas criaturas tenía labios abultados y pómulos salientes, rasgos que le daban un aspecto animal, y ese carácter lo potenciaba un espeso gorro de piel que le cubría hasta las orejas y que yo suponía era su propio pelo. Al pie se leía: Iván, niño ruso. Por las tardes, cuando la casa se sumergía en el sueño, hacía yo una larga caminata. Era la temporada muerta, esos largos meses de inactividad

inmediatamente posteriores a la zafra; la enorme fábrica quedaba entonces vacía, salvo, tal vez, durante algunos días en que revisaban la maquinaria. En la tarde no había ningún trabajador, sólo uno que otro vigilante. Si me preguntaban qué hacía allí, ineludiblemente respondía que en mi casa se había descompuesto el reloj y mi abuela me mandaba a consultar el reloj de la fábrica. Y entraba. Atravesaba el cuerpo central del ingenio, recorría sus diversas naves, salía de los edificios y caminaba hasta un monte de bagazo de caña que se secaba bajo el sol. No logro saber de qué modo llegué a conocer ese

sitio solitario ni quién me enseñó a orientarme en aquel laberinto obstruido a cada momento por máquinas gigantescas. Una vez allí, me sentaba o tendía sobre el bagazo tibio. Desde una altura regular contemplaba una cañada que terminaba en un muro de árboles de mango. Sabía yo que detrás de esos árboles corría el río Atoyac, el mismo en donde, unos cuantos kilómetros más abajo, se había ahogado mi madre. Nadie pasaba por ese lugar, o en el caso de que alguna rarísima vez sucediera eso me enroscaba en el bagazo, creyendo que me mimetizaba como las iguanas y me volvía invisible. Un día apareció un chico, unos cuatro años mayor que yo, un absoluto extraño. Era Billy Scully, recién llegado a Potrero. Billy era hijo del ingeniero en jefe del ingenio, y se convirtió, desde el primer momento, en un caudillo nato, pero jamás un tirano, a quien todos admiramos al instante. Ante la firmeza de sus movimientos y la libertad que emanaba de todo su ser, me sentí aún más disminuido. Me preguntó quién era yo, cómo me llamaba.

—Iván —respondí.

—¿Iván qué?

—Iván, niño ruso.

Por intuición, presiento que mi relación íntima con Rusia se remonta a esa lejana fuente. Por supuesto, Billy no me creyó, pero no logró hacerme rectificar. Era yo un niño bastante loco, muy solitario, muy caprichoso, me parece. Los problemas de mitomanía me duraron unos cuantos años, como defensa ante el mundo. A veces, más tarde, con unas copas volvían a surgir, lo que me encolerizaba y deprimía a un grado desproporcionado. La única excepción fue la de mi identificación con Iván, niño ruso, que aún a veces me parece ser auténtica verdad.